

LA CUESTION DE CUBA.

ORÍGEN, CARÁCTER, VICISITUDES Y CAUSAS DE LA
PROLONGACION DE AQUELLA GUERRA.

MEMORIA POLÍTICO-MILITAR

escrita por

UN TESTIGO PRESENCIAL.

*Navita de ventis, de tauris narrat arator;
Innumerat miles vúlnera, pastor oves.*

(Propertio, lib. II, eleg. 1.º)

MADRID: 1878.

Establecimiento tipográfico de A. Bacaycoa,

á cargo de E. Viota.

Pez, 6. pral.

J. V.

À LOS LECTORES.

Publicada la presente Memoria en *La Integridad de la Patria*, y habiendo manifestado gran número de lectores vivos deseos de que se coleccionasen los artículos en que apareció, formando con ellos un libro, para que su lectura pueda ser más fácil y completa, nos dirigimos repetidas veces á su autor, suplicándole que nos autorizase para publicarla con su nombre. Nuestros esfuerzos no han tenido resultado. El autor, por motivos que respetamos, nos ha negado la autorizacion. Para satisfacer, pues, los deseos de dichos lectores, la publicamos tal cual apareció en el mencionado periódico, seguros de que de este modo, hacemos á la patria el servicio que su autor se propuso prestar al escribirla.

LOS EDITORES.

mediante Tomo 10/08 p. 4, 00

PRÓLOGO.

Quando una insensata guerra de nueve años viene destruyendo dolorosamente la mejor de nuestras provincias en Ultramar y desangrando á la ya extenuada nacion española, tan necesitada de union entre sus hijos, nada más natural que un soldado que, en defensa de la patria, ha derramado su sangre en aquel hermoso país y comprometido con frecuencia su vida, alce su voz, por más que sea débil, para llamar la atencion de sus conciudadanos hácia los males que allí afligen á España, y exhortarles á que estudien los medios de conjurarlos definitivamente.

Hace tiempo concebí deseos de publicar las ideas que me inspiró aquella funesta campaña y de manifestar el juicio que formé de los hombres que la sustentan ó auxilian, y mi opinion sobre las causas

que la produjeron y prolongan y sobre los medios, en mi sentir, más eficaces para darla fin; pero me detuvo, por una parte, la natural desconfianza en mis propias fuerzas, unida al temor de no ser todo lo imparcial que deseaba, si no esperaba á que el tiempo borrara las impresiones que traía, y por otra, la esperanza de que hablasen personas más autorizadas por su posición, por su talento, por su experiencia ó por su fama.

Como el tiempo pasa y continúan los estragos de la guerra, creo un deber de conciencia dar, por fin, salida á mis convicciones, y ofrecer á la opinión el fruto de mi experiencia en más de seis años que he permanecido en la isla de Cuba, recorriéndola palmo á palmo tanto en su parte más gangrenada, que es el departamento Oriental, como en la más sana, rica y feliz, que es el Occidental.

Sé que es difícil la empresa; conozco que he de rozarme con árduas y peligrosas cuestiones, superiores á mis conocimientos: hasta dudo si al lanzarme al laberinto, que tanto tiene de real como de aparente, de los complicadísimos problemas allí planteados y cuya solución es más urgente cada día, acertaré á decir algo que sea útil, y aun si conseguiré ordenar mis ideas en la materia. Pero dando aquí plaza al general español que dió feliz cima á las más árduas empresas, al general *No importa*, pongo manos á la obra, atento solamente á contribuir en la parte que pueda á la salud de la patria.

Advertiré á los hombres de letras que quieran juzgar mis pobres líneas con la fría severidad de las leyes de la crítica, que no es mi propósito escri-

bir una obra modelo de literatura. Cuando la pátria es víctima de encontradas opiniones y de negra ingratitude; cuando se derrama á torrentes la sangre de nuestros hermanos y se oyen por todas partes los gemidos de 100.000 madres que lloran muertos, ó ausentes y en peligro á sus hijos, no es tiempo de pedir flores, sino frutos; no deben buscarse bellezas de estilo, sino nobleza de sentimientos, remedios que cicatricen tantas heridas, paños que enjuguen tantas lágrimas.

Hé aquí toda la razon de mi trabajo. Obro de buena fé, y no me lleva interés alguno personal.

Me he abstenido deliberadamente de amontonar citas de renombrados escritores y datos estadísticos, que, habiéndome sido muy fácil copiar, no hubieran sido de otra utilidad que de hacer alarde de una erudicion que no pretendo poseer.

Me daré por satisfecho si logro que personas más competentes interrumpen su silencio para ilustrar la opinion pública, que en estos tiempos resuelve los problemas sociales, logrando de ese modo devolver á esta nacion el bienestar que merece.

Los lectores juzgarán si he procedido con patriotismo é imparcialidad.

Madrid 16 de Mayo de 1877.

PRIMERA PARTE.

Origen, carácter y vicisitudes de la guerra.

CAPÍTULO PRIMERO.

La isla de Cuba ántes de la guerra. — Su division en dos partes. — Diferente riqueza, cultura y moralidad de cada una de ellas. — Causas verdaderas de la guerra. — Sus efectos. — Sus hombres.

I.

La isla de Cuba, envidiado resto de los dominios de España en el Nuevo Mundo, que nuestros padres descubrieron y civilizaron, era, mientras se conservó *siempre fiel*, uno de los países más ricos y más felices de la tierra.

Por su feracísimo suelo, por su delicioso clima y otras excelentes condiciones mereció ser llamada el mejor florón de la Corona de Castilla y fué la hija predilecta de la nacion española.

Por su riqueza y por su extension superficial puede llegar á contener hasta con lujo, si se la cultiva con inteligencia y se la administra con moralidad, una poblacion diez veces mayor que la que hoy tiene.

Además del azúcar, tabaco, café y otros ricos

frutos, producía espontáneamente aquel hermoso país infinidad de maderas preciosas, utilísimas para todo género de aplicaciones. Unas compactas, limpias, de sério y veteado color, como las del cedro y la caoba, son muy susceptibles de brillante pulimento y muy á propósito para muebles de lujo. Otras, como la del *majagua*, son blancas, ligeras y porosas; de su corteza filamentososa se hacen las cuerdas de más duracion y uso, preferidas por los agrimensores para sus *cordeles*, por tener la singularidad de ser muy poco sensibles á la humedad y á la sequía. Muchas, como la del *ácana*, son incorruptibles y de grande aplicacion en las fábricas terrestres y navales. Las hay duras y petrificables al agua, como las del *jiquí*, utilísimas para las obras hidráulicas; consistentes y compactas como las del *jocuma*, que sirven hasta para hacer jarros para el agua; medicinales, en fin, de toda especie, como las del *abey*, *aguedita*, *anon*, *artemisilla* y otras innumerables.

A tanta riqueza y aprovechamiento reúne aquel feracísimo suelo todos los encantos de la poesía. Aquella asombrosa variedad de árboles gigantescos y siempre verdes; aquellas largas y fecundas familias de esbeltas palmeras; aquellos campos floridos, animados por el incesante movimiento de pintados pájaros, aquellos mansos arroyos que se arrastran perezosos por entre espesísimos bosques, hacen de la Isla una encantadora mansion, que recrea los sentidos, que habla á la imaginacion el lenguaje más sublime, que embriaga el corazon con intensos y purísimos placeres.

Nunca podré olvidar las gratísimas impresiones que allí he recibido.

II.

Considerada la Isla con relación á su moralidad é ilustración, puede dividirse en dos partes desiguales, pero que distinguen muy marcadas diferencias. La una comprende desde Trinidad, todas las villas, Habana y Vuelta-Abajo, ó sea el departamento Occidental; la otra todo el resto de la Isla, ó sea lo que hoy se conoce con los nombres de *Departamento Central* y *Departamento Oriental*.

La primera más rica, más poblada y más culta que la segunda, es también más moral, está cruzada por carreteras y ferro-carriles y tiene más desarrollada la industria y más perfeccionadas las artes. Antes de la guerra, consistía principalmente su riqueza en sus numerosos y grandes ingenios, en sus vegas de tabaco y en su comercio con todos los países. Su capital, la Habana, una de las poblaciones más bellas, más ricas, más ilustradas y hospitalarias del mundo civilizado, recibe en su puerto embarcaciones de todos los pueblos y con ellos sostiene constante y animado comercio.

La segunda parte (Central y Oriental), aunque de menor población, ménos cultivada é ilustrada que la primera, era también, ántes de la guerra, muy rica y feliz. Sus habitantes gozaban algo de aquellos apacibles encantos que tan magistralmente supieron describir Virgilio y Fr. Luis de Leon.

Su riqueza principal, además de los cafetales, es-

tancias y algun ingenio, consistía en los *potreros*, extensas dehesas cercadas, que destinaban á la cria de ganados, y que obtenian con muy poco trabajo, pues no hacian más que talar el bosque (*chapear* que dicen allí), cercarlo con parte de las maderas obtenidas en la tala, y dejar á aquella exuberante naturaleza el cuidado de poblarlo de succulentos pastos, ó, á lo más, sembrar yerba *guinea* ó *paraná*, para hacerlo prado artificial. Instalado el ganado en el potrero, encontraba allí todo lo que podía apetecer: comida abundante y sabrosa, aguadas para aplacar la sed, copudos y hermosos árboles en cuya fresca sombra podian librarse durante el dia de los ardores del sol, y por la noche de los efectos de aquel gran relente. No tenía, pues, por qué inquietar al pastor, quien, al son de su *triple cubano*, y cantando sentidas *trovas*, veía desde su estancia multiplicarse prodigiosamente las reses confiadas á su cuidado.

Había quien en una legua cuadrada, ó más, si más queria, porque aquel feracísimo suelo vírgen vale poco allí, tenia dos, cuatro, seis, hasta veinte mil reses vacunas que habia criado, ó heredado de sus padres.

Para que se calcule hasta qué punto producian estas fincas y se pueda formar una idea de los inmensos perjuicios que ha ocasionado la guerra, bastará decir que los que se llamaban, y eran allí relativamente, pequeños propietarios, porque solo poseían mil ó dos mil de estas reses, obtenian respectivamente, calculando por lo bajo, un producto anual de tres á seis mil duros. Esto no parecerá

exagerado si se considera que la pequeña parte del terreno que destinaban á lo que llaman *estancias*, producía hortalizas, legumbres y frutas, que con los quesos, aunque los hacían sin esmero, eran más que suficientes para mantener á los empleados y para pagarles hasta con lujo su salario: los terneros que anualmente nacían y que á los veinticuatro meses y aún al año tenían un valor considerable, eran por lo tanto producto líquido de aquellas hoy perdidas fincas.

Aunque las dos partes en que divido la Isla eran tan diferentes entre sí, tan vária su cultura y tan diversa su índole y su modo de ser, eran, sin embargo igualmente felices, y pudieron haber llegado á un mismo grado de prosperidad. Sus habitantes gozaban indistintamente de una misma libertad, que si bien era solamente práctica, debieron preferirla á la que, constanding en las más democráticas Constituciones escritas, suele ser letra muerta en el terreno de los hechos. No tenían pobres, ni cesantes, ni se derramaban entre ellos más lágrimas que las inseparables de la triste condicion humana. Para colmo de la felicidad, no se conocían los partidos políticos; si alguna vez se suscitaban cuestiones sobre política, eran, á pesar de las influencias del clima, siempre serenas, sostenidas tan sólo como un entretenimiento á los ócios de aquel bienestar, ó como un recuerdo de los otros países. No se pensaba más que en todo aquello á que incita la abundancia: comidas alegres y festivas, giras bulliciosas, bailes, diversiones, comodidades; esta era con frecuencia la principal ocupacion de aquellos felices

habitantes. A pesar de los antagonismos creados por la guerra, se ofrecían y aún se ofrecen las más apuestas costumbres, en este orden de vida, á todo el que salta á aquella hospitalaria y seductora tierra.

III.

Pero la inquieta condicion humana no nos deja apreciar el bien positivo que poseemos, y nos induce con frecuencia á comprometerlo en tentativas de dudoso resultado. ¡Triste cosa es tener que perder el bien, para saber apreciarlo!

Esta insaciable y ciega aspiracion del corazon humano, fué parte, sin duda alguna, á que algunos cubanos soñasen una independendia que mejorase su bienestar. En su loco desvarío gritaron: ¡muera España! y desde entonces ha muerto, como no podia ménos, su felicidad, y han perdido la paz y el bienestar de sus familias, y se han cegado las fuentes de su riqueza: sobre sus fértiles campiñas ha pasado la destructora segur del faccioso; sus ricos ingenios, sustento en otro tiempo de innumerables familias, han sido presa del fuego de su propia desesperacion, y toda su abundancia, toda su alegría, todas sus fiestas y diversiones se han convertido en ruinas y ceniza, en luto y en miseria.

Cuando al primer soplo de la insurreccion desaparecieron las cercas de los potreros, y los guajiros, dando oidos á la seducion, abandonaron las estancias, huyeron al bosque muchos miles de reses, dejando en la miseria, de la noche á la maña-

na, á centenares de familias. Diríase que, indignados los animales por la ingratitud de sus dueños, resolvieron privarles de sus favores, en justa expiación de su ciego extravío.

No se puede sin dolor contemplar el cuadro que despues de la insurreccion ofrecen aquellos ántes alegres campos. Todos están arrasados; apenas si ha quedado en pié una casa ó un *bohío*; mujeres de todas edades, inocentes niñas y niños, que antes vivian felices á la sombra de sus maridos, de sus padres ó de sus hermanos, se presentan á todas horas hambrientos y desnudos, implorando la caridad de los mismos soldados, á quienes maldicen los que les abandonaron.

Pero, ¿qué causas motivaron aquel grito? ¿Había alguna razon en qué fundarlo? Los laborantes dicen que el santo deseo de la independendia y la necesidad de sacudir el yugo de la Metrópoli, que los explota y los deshonorra. Pero, en realidad, nunca fué éste el verdadero móvil de la insurreccion, sino el pretexto de que se valieron sus iniciadores para seducir á los incautos y medrar á costa de la tranquilidad de aquellos crédulos pueblos. Si el fuego sagrado del amor á la pátria hubiera sido el móvil de su conducta, hubieran procedido de otra manera desde el principio, hubieran elegido medios más dignos de su propósito y hubieran dado otro carácter á la lucha. El patriotismo y la fé de la independendia son llama santa que purifica cuanto toca, y no tolera que se manche el que la siente, con tanto acto de vandálico salvajismo. Así lo comprendió el Sr. D. José A. Saco, persona nada sospechosa

para los insurrectos, cuándo en su réplica á Vazquez Queipo decia: «El dia que me lanzara á una revolucion no seria para arruinar mi pátria ni deshonrarme yo, sino para asegurar su existencia y la felicidad de sus hijos.»

Otras fueron las verdaderas causas del grito de Yara. La ambicion insaciable de unos hombres de vida licenciosa y arruinados por sus vicios, que, soñando poderes, riquezas y mando, extraviaron la opinion pública; la extravagante locura de los que, creyendo servir mejor á sus propios intereses y opiniones, se prestaron dócilmente á servir á aquellos de instrumentos; la ignorancia, casi general en Cuba, de las verdaderas fuentes de su bienestar; el desconocimiento de los hombres que atizaban la insurreccion, de su historia y de sus intenciones, y la falta de fé y creencias religiosas, base esencial de todo órden estable y verdadero bienestar, fueron las causas que hicieron posible y determinaron aquel desastroso grito de guerra.

Para convencerse de ello, no hay más que fijarse en que la *obra de la regeneracion de Cuba*, que no encontró eco en la primera parte (departamento Occidental), que, como he dicho, era más ilustrada y más moral que el resto de la Isla, recibió todos sus adeptos de la segunda (Central y Oriental), donde la ilustracion era menor y mayor el descreimiento y desenfreno de los vicios.

Mientras los alucinados habitantes de la segunda parte, á título de renacimiento de la Isla, llevaban á cabo su desolacion y su ruina, los de la primera publicaron un enérgico manifiesto en que, entre

otras cosas, decían: «Protestamos una y mil veces que amamos con tanto amor el suelo en que vimos la luz primera, que nos duele verle mancillado por esa odiosa rebelion; y uno y todos, y con nosotros la gran mayoría de los hijos de esta Isla, inspirándonos un sentimiento de justicia y rectitud, hoy como siempre, y cual no podrá dejar de suceder jamás, estamos prontos á todo, para alcanzar el fin de la perturbacion funesta que mantiene doliente y amenaza á esta provincia.»

Esta generosa protesta valió á sus autores las más furiosas amenazas por parte de los insurrectos.

Hoy mismo, á pesar del estado de agitacion y de ansiedad producido por la lucha, es bien sensible la diferencia que media entre las dos partes de la Isla, y el contrario juicio que á cada una de ellas merece la rebelion. En las distintas épocas en que las necesidades del servicio me llevaban á una y otra, tuve ocasion de apreciarlo así.

IV.

Para ilustrar más esta importante materia y dejar mejor probado que una de las principales causas de la guerra fué el atraso y defectuosa educacion de la comarca en que tuvo principio, me extenderé en detalles sobre su manera de ser material y formal. Conozco bien esa comarca, porque he permanecido en ella cerca de cuatro años, he visitado, guiado por muchos y buenos prácticos del

país, sus ya destruidas fincas, he recorrido al paso de la tropa sus bosques y sus montes, he vadeado sus rios, estudiando con atencion sus costumbres, su carácter, sus ideas y hasta su agricultura, y he procurado adquirir datos y noticias, unánimemente comprobadas, tanto sobre la vida privada é íntima de los hombres que más figuraban en cualquier concepto, como sobre su estado rentístico, sus antecedentes y demás circunstancias.

Una de las ciudades más antiguas de este departamento es Bayamo, fundada por Diego Velazquez. Situada sobre la márgen derecha del rio de su nombre, en el centro de la parte más ancha de la Isla y á catorce leguas de la costa Sur, tiene por puerto á Manzanillo, que le debió el sér, y que llegó á constituir un bonito y numeroso pueblo. En su extensa jurisdiccion, ó partido municipal, contaba muchos poblados de importancia por sus producciones ó poblacion, unos situados en las faldas ó estribaciones de la *Sierra-Maestra*, como Guisa y Buicito, y otros en el llano, como Barrancas, el Dátil y algunos más de menor importancia, y Cauto-embarcadero, que, como su nombre indica, era el limite de subida de las embarcaciones por el rio Cauto, y que solo dista de Bayamo unas seis leguas. En su antigua jurisdiccion estaban tambien incluidos, además de otros poblados importantes, que despues pasaron á constituir la de Manzanillo, el de Yara y el célebre ingenio La Demajagua, propiedad de don Cárlos Manuel de Céspedes, primer titulado presidente de aquella mitológica República.

Seguramente Bayamo dió tambien vida á las ri-

cas poblaciones de Jiguani, Holguin, Las Tunas y sus jurisdicciones, llenas de felices y alegres poblados, como Santa Rita, Bairearriba, Maniabon, San Andrés, Manatí y otros muchos, que por cierto resuenan tristemente en mi corazón por recordarme terribles y dolorosísimas escenas.

A pesar de tanta poblacion de importancia, los habitantes de esta comarca no sólo no procuraron, sino que resistieron siempre que penetrase en ella elemento alguno de ilustracion y de progreso. Apenas hay en todo el departamento otras comunicaciones que los vapores por una y otra costa, y las pequeñas embarcaciones que por el retorcido Cauto suben hasta Cauto-embarcadero. En el interior sólo existen trochas angostas, abiertas en el bosque, sin un puente sobre tantos rios, alguno de ellos caudaloso, y sin firme alguno sobre aquella gruesa capa de tierra vegetal. Estas vías, que por las diferencias geológicas de los terrenos, no llegaban ni con mucho á la categoría de los peores caminos vecinales de la Península, y que sólo eran transitables, no sin trabajo, en la época de seca, (ménos de la mitad del año), recibian los pomposos nombres de *Camino central de la Isla*, etc., etc. Si los habitantes del país querian comunicar entre sí, les era forzoso vadear los rios y atravesar las ciénagas, que son verdaderos pantanos: esto les obligaba á usar carruajes altos y pesados, tirados por muchas yuntas de bueyes y que eran por lo tanto muy poco á propósito para los trasportes.

Tan difíciles eran estos por aquellos caminos de mal nombre, que con frecuencia quedaban sepulta-

das en ellos las carretas á pesar de tener sus ruedas más de dos metros de diámetro.

Los convoyes que la necesidad nos obligaba á enviar en tiempo de lluvias desde Cauto á Bayamo, tardaban doce dias en recorrer el trayecto de seis leguas que los separa, y más de una vez en la travesía tuvo que comerse los víveres la misma escolta que los guardaba.

Por el otro camino á Manzanillo todavía eran más difíciles, si cabe, los trasportes. Todo el que haya pasado por allí habrá visto unas páilas, que antes de la guerra llevaban al ingénio Jucaibama, propiedad de Aguilera, que no pudieron pasar la ciénaga, y allí quedaron y están todavía sepultadas. Un cañon que saltó al caer uno de nuestros mulos, se perdió de tal manera entre el lodo, que se necesitó mucho tiempo y trabajo para encontrarlo.

En todo el departamento no hay un solo metro de carretera, si se exceptúa el trozo construido de la que debía unir á Gibara con Holguin, ni más ferrocarriles que de Nuevitas á Puerto-Príncipe y de Santiago de Cuba al Cobre y á San Luis. Quedaba, pues, aislada, atrasada y en las peores condiciones de la Isla toda la extensa parte comprendida entre Sierra Maestra, desde el Aserradero, el cabo Cruz, Manzanillo y Santa Cruz, en la costa Sur, y Punta-Brava, Puerto del Padre y Puerto Nipe, en la costa Norte, en la cual está situada Las Tunas, cuyas comunicaciones á Puerto-Padre y Manatí, Jiguani, Bayamo y toda su jurisdiccion hasta Manzanillo, eran largas y difíciles, y en tiempo de lluvias, poco ménos que imposibles.

Este atraso material y la sistemática resistencia de los mal intencionados á toda mejora y adelanto, tenian sumidos á los habitantes de esta comarca en la más lamentable ignorancia y en las condiciones más á propósito para ser engañados por cualquier petulante que se propusiera convertirlos en instrumento de sus intenciones. Así lo comprendieron con funestísimo acierto los hombres fatales que, en su torpe ingratitud, venian maquinando armar la Isla contra su generosa madre, y fijaron su residencia en esta parte del departamento Oriental, seguros de que en ninguna otra germinaría como en ella la ponzoñosa semilla que esparcian.

Santiago de Cuba y Bayamo, poblaciones las más antiguas é importantes de este departamento, contrajeron la responsabilidad y sufren el castigo de haber sido la cuna de la rebelion, por haber guiado, ó consentido cuando ménos, la torcida educacion de aquellos desgraciados habitantes.

Los agentes de la conspiracion se dieron cita en el ingenio La Demajagua, propiedad, como he dicho, del arruinado y tramposo abogado D. Carlos M. de Céspedes, ó, mejor dicho, de sus acreedores, y allí, tal vez en impúdica orgía, acordaron el dia y el lugar en que habia de efectuarse el levantamiento. Yara fué el lugar designado, y en él se dió el grito el dia 10 de Octubre de 1868. ¡Año fatal!

Un abigarrado conjunto de guajiros y montunos con negros y mulatos, sin conocimientos de ninguna especie, sin fé religiosa ni conciencia de sí mismos, se asoció á aquel insidioso grito, que, sonando libertad, les hacia esclavos de las torpes pasiones é

ignorante osadía de unos hombres como Céspedes, Figueredo, los Maceos, Máximo Gomez, Peralta, Modesto Diaz, los Marcanos, Mármol y el cuatrero Quesada; ó de la funesta imprevision de Aldama, Aguilera y tantos otros opulentos propietarios ó inquietos ciudadanos.

Aquellas masas informes fueron aumentándose con grupos de gente alucinada de toda procedencia, sin armas, ni orden, ni disciplina y sin otros jefes que los dueños de los potreros. El que más reses tenía, más hombres reclutaba y mandaba: sin duda aquellos improvisados jefes creyeron que, para guiar los hombres al combate, bastaban los conocimientos con que se arrastran los ganados al matadero. Verdad es que no otra cosa era llevar á la lucha á felices é inocentes campesinos que no sabian lo que era guerra, ni habian oido más tiros que los de los cazadores. Vergüenza debió dar á los ilustrados cubanos que de buena fé creyeron conveniente el movimiento, asociarse á aquella desdichada muchedumbre.

El aumento considerable que las partidas insurrectas alcanzaron en poco tiempo, se explica fácilmente, si se tienen en cuenta la actividad, las predicaciones y el natural influjo de los jefes sobre sus dependientes, y la ignorancia y docilidad de los pobres hombres que voluntaria ó forzosamente se les incorporaron. Lo que no se concibe es cómo los que tenian que perder, siendo siquiera cuerdos, no desconfiaron de una rebelion tan absurda, fraguada por hombres ignorantes y viciosos, faltos de toda autoridad y prestigio; iniciada

sin la base de la organizacion que la debió preceder y sin conocimiento de sus circunstancias como pueblo y de nuestras condiciones como españoles; sostenida sin más arte militar que el desbarajuste dominicano, que ellos no entendian ni podian aplicar, aunque se lo explicaron Máximo Gómez, Modesto Díaz y los Marcanos, y todo esto por el ciego empeño de huir de la natural dependencia de los de su sangre, con evidente peligro de caer en manos de extranjeros mercenarios de probada inconsecuencia, que no tenian otra patria que su medro personal, ni más sistema que la anarquía. Para explicar este irreflexivo proceder de hombres, por lo demás, honrados, es preciso suponer que desconocian en absoluto los antecedentes y las intenciones de los corifeos de la rebelion, á cuyo servicio ponian sus personas y su fortuna.

Si hubiera de hacer la biografía de cada uno de esos corifeos, para que todo el mundo los conozca, tendria que aprovechar un rato de mal humor y agotar el diccionario de los vicios. Políticos hipócritas, patriotas de pega, orgullosos sin mérito personal, entregados al juego, á la bebida y á otros excesos, que les tenian arruinados, y más ó menos cargados de trampas, aventureros sin amor á la patria, ni á la familia, ni al hogar: éstos eran, con honrosísimas excepciones, que me complaceré en consignar, los hombres que hicieron creer que iban á regenerar á Cuba y á hacerla feliz. Nadie me ha contado los hechos en que fundo estos calificativos; yo mismo los he presenciado ó sorprendido, teniendo el cuidado de hacerlo en las circunstancias

y del modo más favorable para prevenir todo engaño y averiguar la verdad. El respeto que debo á los lectores, y mi propio decoro me impiden describir ciertas escenas, que demostrarían la exactitud de mis afirmaciones.

El mismo C. M. de Céspedes, conocedor más que otro alguno de los hombres que se le asociaron, tenía escritas y llevaba consigo una especie de semblanzas, en que describía con negras tintas, la vida, costumbres y malos antecedentes de cada uno de ellos, y los rasgos que más especialmente los caracterizaban. Abandonado de los suyos y cogido por nuestras tropas, se le encontraron estos escritos, y hoy deben obrar en la Comandancia general de Santiago de Cuba, ó en la Capitanía general de la Habana.

No sin razón, los hombres de corazón nacidos en Cuba y en la Península, que quieren vivir y morir españoles, al ver quiénes y cuántos eran los que dirigían la insurrección de Yara, les apostrofaban públicamente con las siguientes palabras que cita Gelpi y Ferro: «¡Miserables! ¿dónde está el producto de vuestro trabajo, de vuestra inteligencia? ¡Ni huella se encuentra en toda la Isla! Sois regeneradores negativos: habeis consumido toda vuestra inteligencia, toda vuestra vitalidad, todas vuestras fortunas en las casas de juego de Saratoga y de Baden-Baden, en las orgías de París, Londres y Nueva-York, y en el desordenado lujo que habeis desplegado en vuestros palacios de la ciudad y en las régias viviendas de vuestras fincas. Después de haber derrochado grandes fortunas, viviendo como

boyardos rusos ¡descarados hipócritas! enarbolais la bandera de la revolucion, tratando de tiránico al Gobierno que ha creado cuanto hay en Cuba; calificando de retrógrados y de zánganos á los únicos hombres que trabajan y producen; os dais el pomposo título de regeneradores proclamando los principios de las escuelas radicales-democráticas, siendo notorio que teneis todos los vicios y ninguna de las virtudes de los aristócratas del viejo mundo!»

Para que se vea que no calumniamos, transcribiré á continuacion un documento nada sospechoso. Es una carta de un jefe insurrecto, sin duda de los que se incorporaron de buena fé á la revolucion, dirigida á mediados de 1869 á un hermano suyo, tambien insurrecto, y que le cogieron nuestros soldados poco antes de ser muerto en un encuentro.

Dice así:

«*Al C. Emiliano Garcia.*

»Mi muy querido hermano: mucho es lo que siento estar tan lejos de Yara, donde residen las personas que más aprecio; pero quizá mi ausencia pueda convenir algun dia por el bienestar de la familia.

»Sabrás como por esta jurisdiccion progresamos brillantemente. pues ya empiezan á pasarse muchos soldados de las filas enemigas para las nuestras, y por otra parte dentro de poco tendremos más recursos de hombres, víveres y armamento. Si las otras marcharan como ésta, pronto ocupariamos las poblaciones y terminariamos la guerra; más no sucede así por Bayamo, donde, segun noticias, está desmoralizándose nuestra gente por la impericia y desidia de tantos generales que embarazan las ope-

raciones y dan tiempo al enemigo á qué levante la centrarevolucion.

»El orgullo, la ambicion y otros perniciosos vicios que dominan á muchos de nuestros improvisados jefes, son la causa del desaliento que sufren hoy nuestras tropas; pues si contáramos con un gobierno central, justo, sábio é imparcial que rigiera los destinos de la revolucion; un general ó capitán general que, lejos de refugiarse en las sierras, hiciera lo que hizo Bolívar, (y Santana y Guillermo Tell) y otros muchos, esto es, que se lanzase el primero al combate para conquistar y merecer el puesto que ocupa, dejándose por ahora de pensar en galones y estrellas, viendo y corrigiendo el pillaje y escándalo que se va desarrollando en los soldados libertadores; sosteniendo el programa que publicó primeramente y que nosotros sellamos con nuestro juramento; dejándose de asesinar á los prisioneros de guerra, lo que dará origen á una guerra sin cuartel, que desprestigia altamente nuestra conducta, reparando la enemistad que ha conseguido con el desordenado levantamiento de la esclavitud; procurando atraerse sábiamente á millares de habitantes que permanecen inactivos todavía, y que cuando descubran lo que pasa se mostrarán hostiles á nuestra causa: en fin, si contáramos, repito, algunos jefes desinteresados, valientes y peritos, entonces el soldado cubano no daría un paso atrás, y la revolucion tomaría otra vez el milagroso vuelo que tantos triunfos alcanzó en sus preliminares. Nosotros, á título de hombres de honor y de patriotismo, debemos protestar contra el

sin número de actos vandálicos que se están cometiendo, y constituir, de acuerdo con los camagüeyanos y revolucionarios de otros distritos, un gobierno central que nos dirija con la cordura y el tino que se necesita.

»Triste, muy triste es por cierto que un centenar de hombres, deseosos de su independencia, se lanzaran, antes del tiempo convenido por los demás, á la revolucion, por el solo hecho de evitar la prision de un cabecilla que hoy figura como un capitán general (*alude á Céspedes*), para que éste, en vez de esforzarse y procurar la reparacion de los perjuicios á que ha dado lugar aquella anticipacion, se enorgullezca, aspirando á la silla presidencial, sin contar aun una accion de guerra.

»Al escribirte con tanta virulencia, solo deseo dar expansion á mi espíritu, el cual, sumido en profundas consideraciones, necesita de un pecho noble y generoso que forme eco á sus concepciones.

»Espero tu contestacion para saber como se halla la jurisdiccion de Manzanillo y cual es tu opinion acerca de lo que pasa. Dime al propio tiempo lo que sepas del inepto Mármol y del rosario de generales que hubiese por aquellos lugares, pues ansío saber lo que ocurre por todas partes. He tenido una conversacion con Francisco Heredia, y me ha hablado muy bien de tí, lo propio que Marcano y otras personas de buen criterio. Esto me congratula mucho y me llena de regocijo.

»Escríbeme bien largo, pues hace tiempo que no recibo letra tuya.—*Miguel Garctu.*

CAPÍTULO SEGUNDO.

Las verdaderas causas de la rebelion no fueron las que suponen los insurrectos.—Estado de las cosas cuando se dió el grito de Yara; por qué no triunfaron los rebeldes.—La opinion pública se declara contra la insurreccion.—Sólo la conducta de los rebeldes es causa de los horrores de que se quejan.—La honradez, el honor y el bienestar de sus propias familias les imponen el deber de abandonar el campo rebelde.

I.

Hemos visto que la ambicion y los vicios de unos pocos, la candidez é imprevision de muchos que por diferentes razones, encontrados intereses y opuestas miras les sirvieron de instrumento, y la falta de ilustracion en la parte Oriental de la Isla fueron las principales causas que iniciaron la guerra separatista. Veamos ahora si pudieron ser causas de ella las que asignan los insurrectos.

La principal, segun ellos, fué el mal Gobierno de la Metrópoli y su tenaz resistencia á introducir reformas que lo mejorasen. Todas las proclamas y alocuciones de los insurrectos, y las circulares que

dirigieron á los Gobiernos extranjeros, hablan del *Gobierno corrompido y desmoralizador*, de *generales mercaderes*, de *viciosa administracion de la Antilla*, afirmando ser estas las causas que habian llenado la *copa de su patriótica indignacion y obligádoles á volver con las armas en la mano por la honra de la abatida Cuba*, á quien España habia dejado *en las garras de tiránicos gobernantes, de ambiciosos sin nombre ni opinion y de la chusma de los españoles de la Habana*. Estas son sus palabras que entrasaco literalmente de varios números de sus periódicos *El Cubano libre* y *La Estrella solitaria* y de otros documentos que obran en mi poder.

Aun suponiendo que realmente fuese malo el Gobierno de la metrópoli, y mala su administracion en la Antilla, y malos los Gobernadores generales, lo cual es mucho suponer, no por eso puede justificarse en manera alguna la insurreccion; al contrario, la conducta de sus autores aparece con ello más criminal y se ponen más de manifiesto sus torcidas intenciones.

Si la administracion era realmente mala, de ellos es toda la culpa, toda vez que influian muy directamente ¡ya hemos visto con qué fines! en el nombramiento de los funcionarios que allí se enviaban, y aun hoy mismo influyen en ello de gran manera. Sin necesidad de reformas, y dentro de las antiguas leyes de Indias, nunca derogadas, tenian á su alcance eficacísimos medios de intervenir en la administracion de la Isla y de poner coto á todo abuso. Si, como afirman, obraban mal los gobernadores, debieron, antes que optar maliciosamente por

un criminal é indigno retrainiento, concurrir en el plazo marcado por la ley al juicio de residencia, con lo cual hubieran condenado al delincuente, si lo habia, y dado provechosa leccion á sus sucesores.

Ya sé que dicen que el juicio de residencia era una farsa; pero repito que, en todo caso, de ellos solos era la culpa: en conciencia debieron ellos convertirlo en verdad, y lo hubieran convertido, á no dudar, si para ello hubieran hecho uso del valor y la dignidad de que hoy hacen ridículo alarde. La verdad es que les sobró astucia y les faltó nobleza, y hoy quieren excusar su ingratitud é iniquidad con frívolos pretextos.

Digan lo que quieran los enemigos de España y los alucinados que les hacen coro, es un hecho puesto fuera de toda duda que el sistema de gobierno y administracion de España en sus colonias del Nuevo Mundo ha sido siempre admirado por los sabios de todas las naciones y que, á pesar de eso, España, con solicitud siempre creciente, lo ha ido modificando de continuo por espacio de trescientos setenta y cinco años, dictando leyes y decretos, que, en armonía con la índole de los tiempos, tenían por objeto remediar, ó proporcionar ventajas á los españoles de todas las razas y condiciones que poblaban sus posesiones ultramarinas.

Merced á esta inteligente solicitud, en el espacio de medio siglo ha convertido España á Cuba en un verdadero emporio de riqueza, con un desarrollo de produccion y de poblacion que, proporcionalmente á la extension del territorio, ha dejado muy atrás á

la República de los Estados- Unidos. En los últimos cincuenta años ha sido tan rápido y tan extraordinario el progreso material y moral de Cuba por efecto del buen régimen de España durante las guerras del continente americano, que ha sido objeto de admiración y ha excitado la envidia de pueblos y gobiernos extranjeros.

Por si hay quien juzgue exagerada esta afirmación, bueno será demostrarla con los argumentos de la estadística.

Segun datos oficiales que tengo presentes, la república de Washington contaba en la época en que consumó su independencia unos cuatro millones de habitantes, y Cuba 170.000 cuando más. En 1862 habia ascendido á 31 millones el número de individuos de aquel país y el de Cuba á 1.400.000. De aquí resulta que en el transcurso de ese tiempo la república de Washington multiplicó por siete y tres cuartos su primitiva población y Cuba por ocho y cuarto. Lo cual habla mucho en favor del progreso de la población de Cuba, comparado con el de los Estados- Unidos, y más si se tiene en cuenta que las condiciones climatéricas de la Isla merman, como es sabido, el tercio de su inmigración, y que aquellos Estados lo han realizado, en gran parte, en virtud de la adquisición de vastísimos territorios, mientras nuestra Antilla ha continuado reducida á sus límites naturales.

Y no se diga que esta gran multiplicación de nuestra especie en Cuba no revele un bienestar en la vida de sus habitantes muy diversos del que suponen nuestros émulos y del que permiten los Go-

biernos opresores y tiránicos, sino que es debida á las circunstancias del clima y del terreno que favorecen extraordinariamente el gérmen de vida en aquellos paises. Semejante suposicion no puede sustentarse ante lo que sucede en Jamaica y Santo Domingo, que teniendo el mismo clima y un suelo semejante al de Cuba y Puerto-Rico, ven constantemente decrecer su poblacion en muy alarmantes proporciones. El número de once mil doscientos extranjeros que estaban avecindados en Cuba, cuando se dió el grito de Yara, es además una protesta elocuente contra la falsa acusacion que los insurrectos lanzaron al Gobierno de la metrópoli. ¿Quién puede hacer creer que á un país tan oprimido y mal gobernado como aquellos suponen, habian de acudir en abundancia relativamente tan notable los hombres más libres de todo el universo? Donde el Gobierno es opresor ocurre todo lo contrario: los mismos naturales huyen á otros paises, y de Cuba jamás habian ido las gentes á avecindarse á otros paises hasta que ocurrió lo de Yara.

Por no dar más extension á este artículo, que la va tomando excesiva, no me detendré á demostrar igualmente con datos estadísticos la otra parte de mi afirmacion relativa al mayor desarrollo de la riqueza de Cuba, comparada con la de la federacion americana, y solo me limitaré á decir que, de la comparacion de los datos oficiales, resulta que en 1862 cada individuo producía en ésta poco más de 55 pesos, y en Cuba 218. Tambien me abstengo de llevar estas consideraciones al extremo de comparar la extension respectiva de entrambos territorios,

pues siendo la República del Norte-América 86 veces mayor que Cuba, claro está que la densidad de la riqueza relativa saldría en aquella muy mal parada.

Mientras la población y producción aumentaban rápidamente, el Gobierno de España, como ha dicho un conocido escritor cubano, dió á Cuba las leyes más liberales que se conocían en el mundo colonial, abriendo sus puertos á todos los buques y llamando á sus depósitos los artículos del continente que debían pasar á la metrópoli. Inglaterra, Francia, Holanda y demás naciones europeas que tenían posesiones ultramarinas, tardaron todas muchos años en imitar el ejemplo que les daba España, ¡y han calificado al Gobierno español de refractario y monopolista! ¡Qué contraste forma el proceder del Gobierno español con el de los gobiernos de Francia é Inglaterra, que obligaban á los habitantes de sus colonias á vender *exclusivamente* á los comerciantes de la madre patria sus producciones!

Pero ¿á qué he de insistir? Casi todos los jefes insurrectos que se levantaron en armas, segun dicen, porque les era imposible tolerar por más tiempo el execrable sistema de la Metrópoli, debían á él y á la generosidad de España las colosales fortunas que habían hecho y que unos aun conservaban, y otros habían derrochado alegremente. Buena prueba fueron de ello las concesiones de 1815 y 1819.

Cualquiera de las provincias de la Península tenía, á pesar de la unidad nacional y de las diferencias de legislación, mayores cargas y más motivos de queja. Cuba no tenía la odiosa, aunque inevi-

table, contribucion de sangre, que tantas lágrimas hace derramar, ni los innumerables extraordinarios impuestos que apremiantes necesidades de los tiempos han hecho necesarios, y vienen haciendo angustiosa la vida de los pueblos.

Ha habido quien, haciéndose eco de interesadas acusaciones extranjeras, ha supuesto que la resistencia de España á abolir la esclavitud ha sido otra de las causas que tenian irritados á los insurgentes, y un nuevo incentivo para que estallase y tomase cuerpo la insurreccion. Dejando para otro lugar el exámen de la conducta de España en esta materia, y su comparacion con la conducta de los Gobiernos de otras naciones, veamos si tiene fundamento aquella suposicion. Los que la hacen, si tienen buena fe, no saben lo que se dicen. Nadie estaba más interesado que los insurrectos cubanos en mantener la esclavitud, ni nadie temia más que ellos la abolicion. El mismo Sr. Saco, ántes citado, contestando á la pregunta, si harian los cubanos la revolucion por libertar á sus esclavos, dice estas palabras; «Solo pensarlo es un delirio, y si lo pensasen por un trastorno completo de las leyes morales que rigen el corazon humano, no deberian empezar por encender en su patria una guerra asoladora; sino por ponerse de acuerdo con su Metrópoli, y ejecutar pacíficamente sus benéficas intenciones.»

Diferentes veces he tenido ocasion de convencerme de que la esclavitud era en la Isla mucho más suave de lo que yo imaginaba y de lo que suele creer el que no ha visitado aquel país. Esclavos conozco

yo que no abandonarían á sus amos, aunque se les haga las más formales promesas de libertad y riquezas: encariñados con los que consideran cómo padres y cuyo apellido llevan, han dado ejemplos en las difíciles circunstancias por que atraviesa aquella Isla, de cariñosísima fidelidad, que han probado con la vida, como pudiera hacer por su padre el hijo más piadoso. Por otra parte, está en la conciencia de todos que la emancipacion brusca y repentina haría perder á muchos esclavos en bienestar lo que ganasen en libertad.

Además, ¿es creíble que se interesasen por la libertad de los esclavos, hasta el punto de promover un guerra y derramar por ella su sangre, unos hombres en su mayoría sin virtudes de ninguna especie, que por su loca ambicion abandonaron á sus familias é hicieron esclavas á sus mujeres y á sus inocentes hijas, primero de corrompida soldadesca y despues de sus criados y hasta de sus mismos esclavos? Nada tan elocuente en contra de aquel supuesto interés como el aspecto desgarrador que ofrecian aquellos débiles seres que, abandonados á la miseria y á la desesperacion, tenian que atender á su subsistencia con el trabajo de sus no acostumbradas manos, ó con acciones que repugnaban su educacion y sus inclinaciones.

¿Quién trató nunca ni trata á los esclavos peor que ellos, que explotaron con más ardor que nadie la trata de los negros y que, llamándoles libres, jamás les han considerado ni consideran, no digo como á hermanos, sino ni aun como á semejantes? Siendo un hecho allá en su manigüera república la

abolición de la esclavitud, ¿cómo tratan á los esclavos? ¿No les hacen prestar los más duros servicios, que comprometen con frecuencia su vida, sirviéndose de ellos como de acémilas para conducir municiones y todo género de cargas, y con este fin los llevan consigo sin armas? Dejen, pues, de atormentarnos los oídos con su decantada humanidad y filantropía, que les conocemos demasiado para saber á qué atenernos.

II.

El día en que se dió el grito de Yara, solo habia en la Isla de siete á ocho mil hombres de ejército.

Hacia ya doce ó catorce que la Península era agitada por una violenta revolucion que, derribando uno de los más seculares tronos de Europa, é hiriendo desatentadamente las más caras afecciones y tradicionales creencias del pueblo español, dificultaba en gran manera, porque á los españoles nada ni nadie imposibilita, el pronto envío de los refuerzos necesarios para sofocar en germen aquella injustificada rebelion.

No me hago cargo en este lugar del rumor hecho correr en Cuba, seguramente por los enemigos de la patria, sobre supuestas inteligencias entre ambas revoluciones. Sobre creerle monstruoso y sin fundamento alguno, no seria patriótico ni conducente á mi propósito.

Lo cierto es que, aprovechando los laborantes esta circunstancia, desplegaron una actividad inusitada y enviaron á todas partes emisarios, que hiciesen cundir las más extravagantes noticias y levantasen la bandera de la insurreccion.

El progreso del mal y la escasez de elementos reaccionó rápidamente el elemento español, y estimuló á tomar las armas á todos los amantes de la patria, que reorganizaron en breve tiempo los batallones de voluntarios y crearon los de voluntarios movilizadps.

Las reducidas guarniciones de todo el departamento se resistieron con un valor heróico, que probó que no hemos degenerado. Sólo la de Bayamo, formada por cierto de valientes soldados y pundonorosos oficiales, se rindió despues de batirse heroicamente, sucumbiendo ¡qué dolor! más que por las circunstancias y el número, más que por falta de entusiasmo, por la defeccion de su jefe.

Los insurrectos se trasladaron entónces de Yara á Bayamo, y en esta ciudad establecieron su BABILONIA.

Cuando estas noticias llegaron á Cuba, salió para Bayamo una columna compuesta de 400 hombres de un brillante batallon, pero no pasó del rio Babateaba, á tres leguas de Bayamo. Me parece estar viendo el sitio. ¡Cuántas ideas me ha sugerido! Es muy probable que si hubiera continuado su marcha. hubiera vuelto Bayamo á nuestro poder y no se hubiera propagado la devastacion al Centro ni á las Villas. Más de una razon lo hace creer así: que mayores milagros hicieron otras columnas de igual

fuerza y armamento, constituidas en peores circunstancias. Citaré algunos ejemplos.

Quinientos hombres del batallón de movilizados *El Orden*, apenas organizado, después de atravesar á marchas forzadas y batiendo al enemigo parte de las Villas y el Centro, llegaron á Puerto-Príncipe, levantaron el espíritu de la población y de la corta fuerza que la guarnecía, y volvieron al punto de salida, desafiando al enemigo y causándole numerosas bajas.

El batallón de movilizados de *España*, de la misma procedencia y condiciones, salió de Gibara, y batiendo repetidas veces á los rebeldes, levantó el sitio de Holguin.

Una columna de 1.700 hombres que salió de San Miguel de Nuevitas en 22 de Diciembre de 1868, atravesó como el rayo la jurisdicción de Las Tunas, venciendo á su paso todo género de obstáculos hacinados por el enemigo, y, buscándolo sin demora, lo batió y venció en el Salado y en Cauto-Embarcadero, vadeó aquel caudoloso río, y en 16 de Enero coronó tan brillante marcha entrando en la incendiada Bayamo. Si esta columna, en que la Isla tenía puesta su atención y los hombres honrados toda su esperanza, se hubiera entretenido en contar el enemigo y en ponderar las dificultades de su misión y las consecuencias de su derrota, no se hubiera cubierto de gloria, ni obtenido aquellos decisivos triunfos que dieron confianza al país é inauguraron una gloriosa campaña.

Verdad es que estas dos columnas eran algo más numerosas; pero tenían en cambio que luchar con

mayores elementos, y sobre todo con la mayor fuerza moral del enemigo, que por el tiempo trascurrido y por las supercherías de sus jefes nos creía acobardados é impotentes para disputarles su independencia y para resistir sus acometidas.

El batallón de artillería á pié, compuesto de 400 hombres con armamento antiguo, batió en Febrero de 1869 á 6.000 insurrectos reunidos en Manicargua, y los dispersó completamente; y quizá sin la desacertada medida que mandó salir á esta columna de aquellas jurisdicciones, no hubiera vuelto á turbarse la paz en que quedaron, merced al pánico que hasta en los más osados produjo aquel brillante hecho de armas.

Los primeros gobiernos de la revolución peninsular enviaron rápidamente á Cuba grandes y buenos refuerzos, que debieron dar vida á las operaciones; pero relevado antes el Capitan general, fué enviado otro sin condiciones á propósito y muy ligado al país, que impremeditada é inoportunamente concedió libertades á las personas y á la imprenta, y quiso pasar bruscamente de uno á otro sistema político, sin tener en cuenta aquel estado de conmocion y agitamiento, ni la opinion de los buenos españoles, que temian más las anunciadas reformas que á las armas de los insurrectos. Esta descabellada política, inspirada en parte por el Gobierno de la Metrópoli, cuyas generosas intenciones se interpretaron por debilidad, esterilizó la accion de las tropas, é hizo crecer la confusion, propagándose el incendio á las Villas.

Si la independencia de Cuba fuera posible, nun-

ca como en estas circunstancias se hubiera realizado. Dificilmente hubieran podido sus defensores pedir ni soñar un orden de cosas que les fuese más favorable. Acometida la madre patria de terrible fiebre, que la producía extravagantes delirios, parecía próxima á sucumbir: sus astutos y crueles enemigos, aparentando halagos y cariño, se aprovechaban de su estado para obtener, por vía de disposición testamentaria, lo que no habían conseguido por la propaganda ni podrían conseguir por la fuerza de las armas: aquellos mismos hijos que por gratitud y por vergüenza estaban más obligados á socorrer á la cariñosa madre, que en sus momentos de lucidez los había hecho objeto de sus tiernas complacencias, y les había perdonado tantos extravíos y estudiado los medios de hacerles felices, se agitaban contra ella, atormentándola en su dolencia.

En las mismas esferas oficiales se confundía, como entre el pueblo, la libertad con la independencia: los laborantes tenían de sobra dinero y osadía para auxiliar todo motin y manifestación que favoreciese sus propósitos: sus agentes, fingiéndose amigos del Gobierno, obtenían por sorpresa medidas que les eran provechosas y nombramientos en favor de las mismas personas designadas por ellos con fines separatistas ó personales. ¿Qué más podían desear?

Sólo porque no está Cuba en condiciones de ser un pueblo independiente, dejó de realizarse en esta época su independencia. ¡Infeliz de ella si llegara á conseguirla! Sería un pueblo desgraciado.

Luego que remitió la calentura y la Metrópoli recobró la razón, y con ella su altivez y su energía proverbiales, se avergonzó de la complaciente debilidad con que había consentido ser burlada por sus hijos más mimados. En un arranque de dignidad prometió que CUBA SERÁ ESPAÑOLA, y, como dama de honor, sabrá cumplir su palabra. Los refuerzos que desde entónces envía á aquella perturbada provincia; la preferente atención con que todos los Gobiernos, cada uno según sus fuerzas, se han fijado en aquella guerra, y el interés que la desgracia de aquella hija ha despertado en todas sus hermanas, que, sin perdonar sacrificios, ni temer los estragos de la peste y de la guerra, le mandan sus hijos para que la pacifiquen y la defiendan, son elocuentes indicios de su inquebrantable resolución.

Adelante, patria querida, adelante: que si para vengar tus agravios y volver por tu honor necesitas de tus hijos, aun corre por nuestras venas la sangre de aquellos españoles que, en su deseo de asegurarte la posesión del mundo que acababan de descubrir, quemaron las naves que les habían conducido, y que podían tentarles á dejar incompleta su obra y ménos brillante tu gloria. ¡Adelante!

III.

Esta patriótica resolución de los gobiernos de la Metrópoli fué sin duda efecto de la unánime y es-

pontánea explosión del sentimiento nacional, que despertó vigoroso á este y al otro lado del mar. Todos los buenos españoles dieron á porfía elocuentes pruebas de sus nobles sentimientos. Una comisión de naturales de Cataluña solicitó, y obtuvo del Excmo. señor capitán general, permiso para comprar y regalar al batallón de «Voluntarios catalanes,» que tan heroicamente defendía el ferrocarril de Puerto-Príncipe á Nuevitas, mil fusiles nuevos, sistema Remington. El *Banco Español*, y á su ejemplo la *Alianza*, la *Compañía del Gas*, la *Caja de Ahorros*, la *Compañía de Almacenes* y *Banco de San José*, el *Casino Español de la Habana* y otros muchos establecimientos y particulares, hicieron también donativos de importancia. Miles de personas de todas edades y condiciones ofrecieron armarse á su costa y formar un gran cuerpo de reserva.

Además de los movilizados, se organizaron y armaron nuevos batallones de voluntarios que prestaron importantísimos servicios. El Ayuntamiento de la Habana y las personas más importantes de la Isla publicaron protestas de lealtad á la madre patria y enérgicas condenaciones de la rebelión; se hicieron solemnes funciones religiosas en que se bendijeron con gran pompa las banderas de los nuevos batallones, y se dieron por todas partes grandes muestras de entusiasmo.

La Península, entretanto, no permanecía indiferente. Bien lo prueba, entre otros hechos, la pronta organización de los tres batallones de «Voluntarios Catalanes,» de los de «Guías de Madrid,» «Voluntarios de Santander» y «Tercios Vascongados,» que,

lentos de entusiasmo, marcharon á compartir con el ejército y los cubanos leales las fatigas de la campaña y la gloria de defender los derechos y la honra de la madre patria.

El laborantismo, por su parte, no se descuidaba. En la Metrópoli y en el extranjero hacía grandes trabajos de propaganda, fundándolos en notorias falsedades, encaminados á crear simpatías hácia la rebelion y hácia sus hombres, y á conseguir de los Estados- Unidos el reconocimiento de beligerancia. La masonería cubana, dependiente de la de los Estados- Unidos, redoblaba sus esfuerzos para desprestigiar el Gobierno y la administracion nacional, y minaba todo lo existente bajo el hipócrita pretexto de reformarlo. ¡Siempre lo mismo! Políticos intrigantes, escritores mal aconsejados y ricos obcecados ó egoistas soñaban con antipatrióticos proyectos de venta, hácia los que querian inclinar la opinion pública, y áun tuvieron la audacia de proponer al Gobierno supremo de la nacion.

Para hacer efecto, publicaban, entre misteriosos comentarios, las notas del ministro anglo-americano Sickles, y noticias exageradas ó completamente falsas sobre los progresos de su causa y sobre las victorias que alcanzaban los insurrectos. Organizaban sus fuerzas y trabajaban sin descanso para multiplicarlas; armaban buques para que en ellos se embarcasen aventureros extranjeros que les prestasen auxilio, y preparaban expediciones filibusteras.

Con todos estos elementos y propósitos de una y otra parte, tomó la campaña un nuevo impulso.

No siendo mi propósito historiar los hechos de armas que tuvieron lugar en esta y las demás épocas de la campaña, ni emitir juicio sobre ellos, me ocuparé solamente de los que pueden contribuir á dar idea exacta de la índole de aquella guerra y de los instintos, costumbres y sistema del enemigo, para que, comparada su conducta con la de nuestras tropas, tengan debida explicacion ciertos sucesos, y se pueda fallar con conocimiento de causa, quién tuvo la culpa de los horrores de que se quejan los insurrectos.

IV.

Desde los primeros dias de la insurreccion habian salido á las fincas del campo la mayor parte de las familias de los departamentos Central y Oriental, para gozar en despoblado de las delicias de la república, que no les era dado gozar en las poblaciones. A los primeros movimientos de nuestras columnas, se completó el abandono de las ciudades y aldeas con la huida de los afectos á la rebelion que aún quedaban en ellas. Renuncio á describir la vida que hacian en los campos: los matrimonios de *Cuba libre*, que celebraban ante sus generales; sus ocupaciones, entretenimientos, etc.; son flaquezas que deben cubrirse con pudoroso velo. ¡Ojalá sirvan á todos de provechosa leccion!

Siento que en una emboscada que en 30 de Agosto de 1872 nos hizo el enemigo, se me llevara mis notas y apuntaciones y los curiosos documentos

originales que habia recogido en los tres años anteriores, y que desaparecieron con todo mi equipaje, dejándome, de ropa, la puesta, y de noticias y datos curiosos, los que retiene mi memoria. El temor de ser, por este motivo, inexacto, me hace desistir de extenderme en este punto y detallar algunas cosas de interés.

Cuando se reanudaron las operaciones y arreció la persecucion, se empeñaron los insurrectos en hacer la guerra acompañados de sus familias, y retuvieron en su poder á sus mujeres, á sus hijas y criadas, entre las cuales hacian correr las más absurdas exageraciones sobre la ferocidad de las tropas españolas. Al aproximarse dichas tropas, abandonaban sus cómodas y bien provistas fincas, los hombres para incorporarse á las partidas, y las mujeres para lanzarse despavoridas al bosque sin más ropa ni provisiones que las que podian coger en su precipitada fuga. Continuando la persecucion, continuaron tambien las inventivas, cada vez más absurdas, y con ellas la huida á la desbandada de aquellas débiles y alucinadas criaturas.

En prueba de las calumnias de que se valían los insurrectos para hacer odiosas nuestras tropas á sus familias, citaré el siguiente hecho, que contrasta con la verdad, tanto más, cuanto que se refiere á la columna de *Vista-Hermosa* inteligente, hábil y escrupulosamente mandada, y una de las de mejor conducta y que más se ha distinguido en el largo período de sus operaciones. Habia recogido bastantes familias, y como no era de temer proximidad de enemigo (porque la presencia de ellas no era razon

dara que dejaran de hostilizarnos), se mandó que tocara la charanga de uno de los batallones. En cuanto resonaron los primeros acordes, prorrumpieron en amargo llanto y desgarradores gritos de dolor todas aquellas afligidas mujeres. Esto produjo entre los soldados la natural alarma, y se suspendió la música en tanto que se averiguaba la causa de aquel espanto extraordinario: la imaginación del jefe y de los oficiales voló por diferentes conjeturas; pero ninguno podría haber acertado. Interrogadas, dijeron que «sabían por los suyos que al son de la música era cuando los españoles violaban, asesinaban y cometían con las cubanas todo género de excesos.» Con estos antecedentes, ¿cómo no habían de aborrecernos?

Sorprendida en medio del bosque una de aquellas rancherías, la mujer que podía, vieja, joven ó niña, se escapaba despavorida y se unía al primer grupo que encontraba. Repetida muchas veces la operación, llegó el caso de ir vagando errantes y reunidas personas que ni siquiera se conocían. Esto produjo los efectos que son de suponer, atendida la falta de vigilancia de persona interesada y la poca moralidad que es consiguiente.

Quando para reconocer el terreno una de aquellas columnas se fraccionaba en pequeños grupos, mandados por un subalterno ó por un sargento, y á veces por oficiales de voluntarios ó capitanes de partido, era cosa digna de ver como volvía con 200, 300 ó más mujeres de distintas edades, color y educación. Eran verdaderas caravanas, pero... no venían de la Meca.

Al extender las relaciones que debian presentarse á las autoridades, se preguntaba á cada una por su nombre y procedencia. A la pregunta ¿quién es esta? contestaba la que hacia cabeza: «una agregadita, señor,» ¡y esta otra?—«agregadita tambien, se nos unió el dia tal..,» ¡Qué de cosas se descubrian! Rara vez iba completa una familia en el mismo grupo... Habian vivido con patriotas negros y blancos una vida salvaje, y en su fanatismo y con el mal ejemplo, solian ser víctimas de los excesos de aquella libertad. ¡Y aun quieren los insurrectos hacernos responsables de ciertas cosas que ocurrían!

Tal vez en el ejército haya habido abusos á que tan de perlas se prestaba la ocasion en las circunstancias descritas, y que son de todo punto inevitables en la clase de guerra á que el enemigo nos obligaba; pero si los hubo, ¿de quién fué la culpa y sobre quién debe pesar la responsabilidad?

Movidos tal vez por estas razones, ó quizá por ahorrarse disgustos y molestias, resolvieron los insurrectos que se presentasen las familias, y las fueron recogiendo nuestras tropas y restituyendo á sus respectivos hogares. ¡Tardío escarmiento! Caballerosamente escoltadas por nosotros, marchaban aquellas familias á las poblaciones de donde nunca debieron salir, y donde en los oficiales españoles han encontrado muchas de sus hijas tiernos y rendidos esposos. ¡Qué contraste!

A este nuestro generoso proceder opusieron constantemente los insurrectos una salvaje ferocidad. Saquearon á Mayajigua, Cauto-Embarcadero y otros pueblos en que entraron; mataron á machetazos

á muchos buenos españoles que cogieron; martirizaron cruelmente al grito de ¡viva Cuba libre! á infelices peninsulares, antiguos amigos suyos, de quienes habian recibido señalados favores. Mientras nosotros quijetesca, pero humanitariamente, recogíamos y remediábamos con cuanto estaba á nuestro alcance á sus abandonadas familias, y esto hasta el punto de cederles nuestros propios caballos y llevar en nuestros brazos á sus tiernos niños, para que les fuesen llevaderas las marchas por aquellos detestables caminos, desenterraban ellos á nuestros compañeros muertos por las balas ó por el cólera, para mutilarlos bárbaramente y aprovecharse de sus despojos. Así vengaban en los muertos las derrotas que sufrían de los vivos. ¡Dignos soldados de la regeneracion! ¡Servidores dignos de un Gobierno presidido por Aldama y Echevarría, por Céspedes y Quesada!

Ya sé que no puede exigirse responsabilidad de estos bárbaros atentados á los hombres de buena fe, que arrastrados por los insurrectos formaban en sus torcidas filas; de la misma manera que nosotros no podemos ser responsables de las represalias que hayan podido tomar nuestras guerrillas: debo, sin embargo, hacer constar dos notables diferencias; que los abusos de nuestros soldados jamás llegaron á aquel extremo de ferocidad, pues sabian ir desnudos y descalzos antes que aprovecharse por medios tan reprobables de los despojos de sus enemigos, y que, si cometieron algunos, no eran la regla general, ni mucho ménos cometidos por sistema, como sucedia entre los insurrectos, sino á hurtadi.

illas de sus jefes, que se los tenían severamente prohibidos.

Los hechos que no tienen disculpa alguna, como cometidos por acuerdo en consejo de los jefes de la rebelion y subordinados á un plan deliberado, son los incendios de tanto ingenio, base de gran riqueza y elemento de vida de innumerables personas, y, sobre todo, el incendio de Bayamo, única ciudad que poseían. Ya he dicho cómo perdieron esta ciudad. Lo que no he dicho es que, cuando se convencieron de que la perdían, amontonaron los muebles en el centro de cada casa, y dándoles fuego, convirtieron en inmensa hoguera aquella poblacion, testigo de sus bacanales. El desenfreno de su desesperada impotencia y el deseo de dejar ocultos entre las cenizas sus robos é iniquidades, fueron, según testigos presenciales y fidedignos, el móvil de este salvaje atentado. ¡Ya sabíamos nosotros que no habían obrado á impulsos de la fé generosa y patriótica de Sagunto y de Numancia!

La vergüenza y el dolor de estos sucesos y las continuas derrotas de los insurrectos hicieron caer de muchos ojos la venda que los cegaba, y pudieron ver con claridad todos los peligros del camino que seguían. No escarmentaron del todo, sin embargo. Dejaron, sí, el campo de batalla; pero tomaron el partido de emigrar, y de este modo llevaron por todas partes las noticias de su locura y consiguiente desgracia. Los Estados-Unidos, Cayo-Hueso, casi toda América y Europa fueron visitadas por los principales insurrectos. En lugar de ocuparse de los medios de unirse con sus abande-

nadas familias, ó de hacer por lo ménos más llevadera su angustiosa situacion, se unieron con los que el Gobierno deportaba y hacian con ellos propaganda separatista. ¡Lamentable obcecacion! Si se exceptúan los inquietos y descontentos, dispuestos siempre á todo género de punibles aventuras, todo el mundo miró sus propósitos con profunda indiferencia.

Condenados á voluntario extrañamiento, desatendidos en todas partes, reducidos á la pobreza por dejar de ser españoles, han podido aprender lo que es el mundo; lo que vale y cuesta ganar honradamente el dinero; comparar la paz del hombre de su casa con las inquietudes del aventurero, y hacerse, en una palabra, de la experiencia que les faltaba. ¡Qué sea provechosa para sus familias y para la patria! ¡Qué tan duras lecciones les infundan el deseo de volver á sus hogares como ángeles protectores.

Dios quiera que sea pronto: lo necesitan con urgencia aquellas atribuladas familias cubanas, de las que solo han quedado débiles y afligidas mujeres que, acostumbradas en su mayoría á la abundancia y aun al lujo, tienen hoy que ganarse un miserable sustento con el trabajo de sus manos.

Comparando el precio á que se pagan sus trabajos con la carestía de los artículos de primera necesidad, podrá inferirse la pena con que se buscan la vida esas desgraciadas mujeres. Por coser una docena de pantalones para la tropa, pagaban los contratistas en Puerto-Príncipe 10 reales fuertes á las más afortunadas, porque á pesar de las reco-

mendaciones, no habia trabajo para todas: por co-
ser una docena de blusas les daban 12 reales. ¿Qué
sería de las más débiles ó ménos virtuosas?

Vuelvan, pues, los cubanos á sus hogares, y re-
medien tanta desventura con el escarmiento de tan
triste experiencia. Ne demuestren por mas tiempo,
con su permanencia en la expatriacion, que no tie-
nen amor á sus familias ni las virtudes necesarias
para ser nuestros hermanos y constituir un pueblo
culto. Aun es tiempo de remediar mucho con sen-
satez y cordura. Sus esposas, en la desolacion de
inesperada viudez, se lo piden por la salud y el ho-
nor de sus hijas: sus hijas, huérfanas inculpables
de padre no difunto, suspiran por el venturoso dia
en que puedan besar entre sollozos y regar con lá-
grimas de alegría las manos de sus padres, re-
suscitados á la vida del hogar. España los recibirá
gozosa en su seno, y les prodigará todo género de
auxilios el dia en que den pruebas de sincero amor
patrio y de eficaz arrepentimiento.

CAPÍTULO III.

El cúmulo de circunstancias adversas que embarazaban la acción del ejército español, prueba la impotencia y desprestigio de los rebeldes. — Inmoralidad é impericia de los mismos demostrada por sus expediciones marítimas: desembarco en Punta-Brava. — Encuentros y otros hechos de armas que confirman la misma verdad. — Guásimas y Jimaguayú.

I.

La resolución de pacificar la isla de Cuba no pudo ser por lo pronto todo lo eficaz que se deseaba, porque la opinión pública estaba vivamente interesada en más apremiantes empresas.

Las doctrinas disolventes que en los años anteriores se habían predicado en España, llevaron sus consecuencias más allá de lo que se habían propuesto sus mismos apóstoles, y dieron origen, aunque por opuestas razones, á una doble guerra civil. Herida de muerte en el corazón, puso la Península su mayor cuidado en curar esta herida, y sólo podía llevar paliativos al padecimiento de la extremidad.

Los pocos refuerzos que en esta época llegaban á Cuba se componian exclusivamente de prisioneros cantonales y carlistas, soldados ú oficiales improvisados sin conocimientos ni hábitos de disciplina, que, ébrios de pasion política, sólo hablaban del estado de sus respectivas causas en la Península y no pensaban en otra cosa, especialmente los últimos, que en ponerse en relacion con el comité de su partido ó con otras personas para que les facilitasen la desercion.

Aunque pronto se convencian de que allí no podia haber más política que elegir uno de los dos extremos del dilema «con España ó contra España,» y siempre optaban por el primero; aunque, en honor de la verdad, colocados en situacion que no les permitia pensar en volver, desertando, á nutrir las filas de sus respectivos partidos, eran principalmente los carlistas, buenos, pundonorosos y valientes soldados, y muchos de ellos sucumbieron heróica y gloriosamente en las operaciones del departamento Oriental practicadas en la segunda mitad del año 73, y en las del Central en los meses de Febrero y Marzo del 74, mostrándose más satisfechos del ignorado sacrificio de su vida por aquella causa de integridad y honra nacional, que si la hubieran dado por la que se ventilaba en estas provincias, ocasionaban, sin embargo, perturbaciones y pérdida de tiempo y de trabajo y nos llevaban á las filas un contagio peligroso.

El ejército ni era bien pagado ni podia serlo oportunamente. Con la depreciacion hasta de un 207 por ciento que llegó á tener el papel del Banco

español; moneda en que con atrase y cuando se podia se le pagaba, con solo el aumento del 80 por ciento, recibia ménos de la mitad de su haber. A pesar de que se le destinaban todos los fondos posibles y de que cada cual se esforzaba excediéndose á sí mismo, rayaba su estado en hambre y desnudez.

Habia además muchos soldados cumplidos, algunos con cuatro ó cinco años de *ñapa*, como ellos dicen, y se veian obligados á llevar una vida llena de durísimos azares y expuesta á frecuentes peligros.

Las veleidades políticas de la Península ejercian perniciosa influencia en la Isla, haciendo decaer el ánimo del elemento español y del ejército por las inquietudes, zozobras y recelos á que le exponian, y aumentando las ilusiones y esperanzas de los insurrectos.

El relevo del capitán general coincidió con la adopción de un nuevo plan de campaña, y esto, aunque sea para mejorar el anterior, siempre produce perturbaciones que retrasa, cuando ménos, las operaciones y da fuerza moral al enemigo, que maliciosamente interpreta como mejor le cuadra, el abandono de las posiciones y el movimiento de tropas necesario para plantear el nuevo plan. Es muy posible que sin este cúmulo de circunstancias el año 1872 hubiera visto el fin de aquella insurrección.

A todo esto entraba la época de las lluvias, que ocasiona en nuestras columnas bajas á centenares, sobre todo si se presenta el cólera y se opera, como

sucedió entónces, porque convenia frustrar el conocido plan de pasar á las Villas que tenia el enemigo. El año se presentó más abundante en lluvias que de ordinario, y los caminos se pusieron intran-sitables, en un grado difícil de comprender por el que no conoce el interior de aquella Isla.

Todo parecia haberse conjurado contra los defensores de la causa de España. El cólera, la escasez de hombres y de recursos, las lluvias, la naturaleza entera hacian imposible todo esfuerzo de nuestra parte. Seguramente no estaban las Villas curadas de sus simpatías por los rebeldes, y queria castigarlas con ellos la Providencia.

Un inesperado acontecimiento vino á imprimir nuevo carácter á la campaña, y á obligar á nuestras columnas, contra la general creencia de unos y de otros, á rápidos movimientos para los que no estaban preparadas: la muerte en Jimaguayú de Agramonte, el cubano más organizador y de más prestigio entre los insurrectos, acaecida en Mayo de 1873.

Para elegir el sucesor de aquel tan sentido caudillo, se reunieron á la márgen derecha del Cauto la mayor parte de las fuerzas de la insurreccion, con sus respectivos jefes y los ambulantes restos de su llamada cámara. Despues de las vacilaciones propias del hondo antagonismo que los divide, quedó confirmado en su cargo de ciudadano presidente el marqués de Santa Lucia ¡qué anacronismo! y nombrado general en jefe el dominicano Máximo Gomez. La vanidad y salvaje orgullo con que tomó éste el mando, le inclinó á aventuras, encuentros y choques sin objetivo ni plan determina-

do que, si bien no dieron otro resultado, como despues veremos, que ocasionar muchas víctimas de una y otra parte, y demostrar más y más sus ridiculas pretensiones de innovarlo todo y levantar el espíritu de los rebeldes, no daban á nuestras tropas punto alguno de reposo.

Los insurrectos estaban más animados, pues cansados del sistema de guerrillas y emboscadas que no les habia dado resultado, deseaban reemplazarlo por el de provocar y sostener encuentros de consideracion, que dándoles prestigio, les granjeasen las simpatías de la opinion pública, especialmente en el extranjero, y les pusieran en condiciones de merecer la intervencion, en que soñaban, de los Estados-Unidos.

Tenian de su parte todas las ventajas extratéjicas y tácticas, que elegian á su gusto, mejoradas además por nuestro decidido empeño de buscar al enemigo y aceptar incondicionalmente el combate donde él quisiera presentarlo.

A pesar de este cúmulo de circunstancias tan perjudiciales á nuestras fuerzas; á pesar de las grandes dificultades que ofrecia la persecucion de los rebeldes entre los bosques vírgenes de las tierras más escabrosas y ménos pobladas de la Isla, no obtuvieron aquellos ventajas algunas positivas. Apenas si supieron sacar partido de las del terreno, ni aprovecharse de los malos caminos que tanto se prestan á emboscadas y otras operaciones que saben llevar á cabo los valientes y entendidos capitanes. Los pocos descalabros que sufrieron nuestras tropas se debieron casi todos á la temeridad de sus

jefes. Baste recordar que no pocas veces, con treinta ó cuarenta hombres han atravesado algunos oficiales españoles largas distancias, teniendo á la vista gruesas partidas enemigas. Esto explica luminosamente las rivalidades, falta de inteligencia, de organizacion y de moralidad de los rebeldes, y lo impopular é irrealizable de su causa. A no ser así, hubiera tomado grande incremento en este periodo, ó hubiera triunfado por completo.

Como nada es tan elocuente como los hechos, referiré, aunque á la ligera, algunos de los más importantes. Empezaré por la historia de aquellos desembarcos que los rebeldes solían hacer con frecuencia en las playas del territorio, teatro de la guerra, la cual probará por sí sola todos los extremos de la verdad que voy demostrando.

II.

Cuando los laborantes emigrados tenían reunidos los fondos suficientes, hacian compras de armamento y material de guerra para enviarlo á sus partidas en armas. ¡Qué compras y qué expediciones! ¡Qué negocios tan redondos para Gaspar Agüero y algunos otros que se dedicaban á este ramo!

En vez de fusiles Remington, que debian enviar, á juzgar por el precio que figuraba en las cuentas, enviaban fusiles ingleses rayados á cargar por la boca, y en tal abundancia, que, por encontrarlos en todas partes, les conocíamos allí con el nombre de

providencias. En los estados hacian figurar partidas considerables de efectos, que no pareciendo al desembarcar, decian que habian caido al mar ó en poder de los españoles. Todo lo que se habia salvado del naufragio ó de la rapacidad de los pícaros contrarios, era ordinariamente malo ó incompleto.

Reunidos de este modo los efectos, anunciaban entre los emigrados que iba á salir una expedicion, señalando el dia, el vapor y el muelle de salida, y prometiendo á todo el que se alistase que gozaria desde el dia en que lo hiciese del haber diario de dos pesetas. Concurrían gran número de acosados por el hambre en país extranjero, y les enseñaban el cargamento, con el cuidado de ponerles de manifiesto lo de más relumbron. Con pretexto de que un general ó personaje americano, adherido á su causa, queria acompañarles en persona y llevar nuevos elementos, les decian que se suspendia el viaje hasta otro dia y otra hora que designaban, y los despedían aquellos *capitanes Arañas*, arengándoles para que no faltasen y engañándolos con el gran recibimiento que les esperaba en uno de los puertos de la costa Norte de Cuba. Para el dia señalado volvían á concurrir aquellos ilusos; pero se volvía á suspender el viaje por otra nueva causa, señalando otro dia y otro muelle para la salida. No eran sin objeto estas suspensiones y variacion de hora y de muelle: con ellas querían desorientar al cónsul español, cubrir las apariencias de neutralidad de los Estados-Unidos y hacer ellos su negocio, pues faltando muchos de los alistados, seguían figuran-

do con las dos pesetas diarias, y, sin embargo, no las cobraban.

Todo esto ocurrió en la expedición del vapor *Uthon*, que es la que, aunque interrumpiendo algo el orden cronológico, voy á referir, por ser la que mejor conozco.

Aunque se habia citado para las doce, levó anclas á las diez de la mañana del 16 de Mayo de 1870. Habian faltado muchos de los reclutados, pero en cambio llevó consigo dos muchachos limpiabotas y otros negociantes, que por casualidad se hallaban en el vapor al tiempo de arrancar: de este modo reunió los 150 desgraciados que componian la expedición. Los mismos cubanos venian completamente engañados sobre el estado de su causa en el punto del desembarco. A muchos de ellos que habian emigrado por su poca afición á la milicia *cuando tiran tiros*, les habian hecho creer que iban destinados á empleos civiles, y llevaban sus maletas y equipaje como quien va de asiento á una poblacion.

Llegó el vapor *Uthon* á las playas de Cuba y como, á pesar del servicio de guarda-costas que tenian los insurrectos, especialmente en algunos puntos, no viese señal alguna que le inspirase confianza, se retiró á las aguas neutrales. Volvió por segunda y tercera vez, y tampoco vió las señales apetecidas. Entónces se decidió por desembarcar en Punta-Braba, y así lo hizo el dia 19, aprovechando la calma chicha que reinaba. Los expedicionarios echaron á tierra con mucha prisa todo el cargamento, que consistia en 2.000 fusiles, rifles Spencer, 150.000 cartuchos metálicos, machetes, monturas, cuatro

toneladas de magnífica pólvora y otras cuatro de azufre, ácido sulfúrico y nítrico en gran cantidad, medicinas, estuches de amputacion y bolsas de cirugía, grandes cajones de hilas y vendajes, divisas militares, uniformes, ropas y vestidos de mujer, telas en pieza y otros artículos.

Ocho dias estuvieron estos efectos en la playa, sin que las partidas insurrectas tuviesen noticias del desembarco. El cañonero *Yumuri* que los descubrió, trató de hacer un reconocimiento con 15 hombres que desembarcó al efecto; pero cuando éstos vieron que fuerzas superiores les hacian fuego, reembarcaron como pudieron y fueron á dar parte á Nuevitas. No habia allí fuerza disponible ni más barco que el cañonero *Eco*, con la máquina medio desmontada y en composición. Se alistó sin embargo inmediatamente, y marchó á Puerto del Padre para tomar fuerza del batallon de artillería. Aunque el batallon se hallaba acampado en Vazquez, cuatro leguas de distancia, y hacia tres dias que gran parte de su fuerza habia salido á conducir un convoy á Victoria de las Tunas, se reunió la que se pudo, que solo llegó á 119 hombres, y, mandada por un capitan y dos subalternos á sus órdenes, marchó á embarcarse en los cañoneros y en un pailebot que remolcaban. La época de lluvias habia empezado y estaban los caminos intransitables; así es que, á pesar de que aquella fuerza marchaba á la ligera y no encontró impedimento alguno, empleó desde las dos de la tarde á las once de la noche en recorrer la corta distancia que mediaba.

Mientras se preparaba un rancho y se disponian

raciones y municiones, el capitán y los comandantes de marina conferenciaron, con la carta de la costa á la vista, sobre el plan más conveniente para apresar el desembarco.

Los comandantes propusieron que el capitán diese á los cañoneros 19 hombres, un sargento y un cabo, que, desembarcando en Punta-Braba con 31 marineros, formarían una fuerza de 50 hombres, la cual, bajo la protección de los mismos cañoneros, intentaría apoderarse del desembarco filibustero, ó efectuar al menos un reconocimiento. El capitán con el resto de su fuerza y cinco prácticos voluntarios de Puerto del Padre se embarcaba en el pailebot, remolcado por un bote que le darían, y se internarían en aquella extensa bahía para penetrar por el Estero de Sabana-la Mar, y desembarcar en su límite; después debía recorrer la costa por la playa del Infierno, reconociéndola hasta llegar á Punta-Braba. Este plan pareció al capitán sumamente expuesto para él y su fuerza, especialmente desde el momento que perdieran la protección de los cañoneros.

Hacia ocho días que estaba hecho el desembarco, y con razón podía suponerse que Vicente García, jefe de las partidas de las Tunas, y Cornelio Porro, de las del Príncipe, por aquella parte, estarían ya apoderándose de los efectos.

A pesar de no estar conformes en el plan, se hicieron á la mar, y al amanecer del siguiente día 27, fondeaban en la bahía de Manatí, donde debían separarse. El capitán seguía en su opinión contraria al pensamiento del comandante, pues no creía era

prudente dividirse siendo pocos; pero le pareció entrever una segunda, aunque laudable intencion, en la insistencia del jefe de los cañoneros, que lo era tambien de la expedicion, y se resignó por no comprometer el éxito. Arrancó, pues, el pailebot para separarse de los cañoneros, sin poder embarcar ni un caballo, ni una sola acémila, ni otros recursos que 150 cartuchos y una racion por cada soldado. En ese momento concibió el capitán un plan que era arriesgado, mucho más encontrándose enfermo y débil; pero que tenia más probabilidades de éxito. Fiaba en el brillante espíritu de la fuerza á sus órdenes, y conocia los alrededores de Sabana-la Mar y Manatí por haber operado en ellos algun tiempo.

Segun habian convenido, al levantar el terral debió dejar el bote; pero reflexionó que no podia desprenderse de tan poderoso y único auxiliar, y por más que los cañoneros tocaron el pito, el bote no volvió. Si hubiera vuelto, hubieran corrido bien triste suerte aquellos cien hombres, pues varó el pailebot, embarazado en sus maniobras por tanta gente, y si bien con gran trabajo se pudo poner á flote, volvió á varar á las pocas millas y á tres de la costa, y ya no fué posible sacarlo.

Este incidente complicaba la situacion. ¿Estaria el enemigo en la playa en que debian desembarcar? No era lo más probable, pero podia muy bien suceder. Se tomaron las posibles disposiciones, y se empezó á desembarcar de diez en diez hombres en el pequeño bote mencionado, tomando posiciones en la playa los que iban desembarcando. Aunque se

trabajó cuanto se pudo, duró esta operación hasta las dos de la tarde.

El capitán comenzó desde luego á poner en práctica su plan, que se reducía á internarse y caer por retaguardia sobre Punta-Brava, en vez de recorrer fatigosamente la playa, cosa que, por otra parte, hubiera sido muy difícil.

El que hubiera de hacer friamente la crítica de aquellos sucesos, censuraria por arriesgada la operación de aquel capitán; yo la creo disculpable, porque revelaba la buena fé y el entusiasmo natural en quien por tercera vez manda como primer jefe una columna; por el levantado espíritu de cuerpo que le movía; porque avezada su fuerza á aquella campaña irregular, se prestaba gustosa á toda aventura; y finalmente, porque esa decisión en las operaciones suele ser de resultados, por levantar el espíritu del soldado español, que se inspira fácilmente en lo expuesto, grande y generoso.

Aquel terreno bajo de manglares estaba intran-sitable. Los hombres se metían hasta la cintura en agua y fango, y se ahogaban de calor y de sed. Así anduvieron dos leguas. Al llegar á la parte más alta, empezaron á observar huellas humanas recientes, aunque confusas.

Eran las seis de la tarde, y en el hueco de unas piedras de un cayo de monte encontraron lo que con tanta ansia deseaban, agua con que aplacar la sed. Parece que la Providencia ha ordenado á esos huecos que conserven el agua de lluvia para estos casos. En medio de la alegría por tan feliz hallazgo, un soldado llamó la atención del capitán, señalando

á unos hombres que salian á un gran claro que habia á la vista, por el lado opuesto del monte. Pronto conoció por el aspecto, uniforme y bandera que llevaban aquellos hombres, que eran los desembarcados, que, en union de partidarios suyos, se internaban con aire triunfal. Gran trabajo costó imponer silencio á los soldados, una vez entregados al descanso y expansion. Obtenido que fué, se quedó la fuerza emboscada casualmente, y el capitán dió orden de que nadie se moviese y de que, oido el primer tiro, hicieran todos con rapidez dos descargas y atacasen resueltamente á la bayoneta.

El enemigo se detuvo á conferenciar con sus guías y con hombres del país que le acompañaban. Segun despues declararon los prisioneros, considerando que el campamento español más próximo distaba veinte leguas, creyó que por allí no podia haber otras fuerzas que las suyas, tanto más, cuando esperaba al grueso de las partidas, y decidió continuar su marcha. A manera que avanzaban, más gente iba saliendo del monte; pero no era tiempo de contarlos, y cualquiera que fuese su número, habia que aprovechar la influencia moral de la sorpresa. A muy corta distancia ya, empezaron los enemigos á dudar por segunda vez: sin duda les llamó la atencion que, siendo fuerza suya la emboscada, no hubiera salido ya á su encuentro. El capitán encargó entónces á un soldado, gran tirador, que asegurase el primer disparo, pues era indispensable aprovecharlo matando al de á caballo que rompía la marcha, y parecia ser el que mandaba la fuerza, ó al ménos la vanguardia. Efectivamen-

te, el infortunado Valdés, que así se llamaba, cayó herido de muerte, y con él otros varios, á consecuencia de las dos bien aprovechadas descargas que siguieron inmediatamente.

Al ver salir á nuestros soldados atacando á la bayoneta, se apoderó de los insurrectos tal pánico, que corriendo á la desbandada, cuasi sin disparar un tiro, se dejaron en el campo rifles, bandera, caballos y otros efectos. Seguramente creyeron que estaba allí emboscado todo el ejército español. Doce filibusteros muertos, veinte heridos y seis prisioneros, heridos tambien en su mayor parte, fueron las primeras víctimas de aquella disparatada expedicion de los enemigos.

Oscurecia ya, y nuestra fuerza tuvo que acampar allí para aprovechar la aguada. Pronto empezó á caer la brisa, y con ella una densa nube de mosquitos, que la tuvo toda la noche en la mayor desesperacion. No sin razon dá el Estado mosquitera de lona á la guarnicion de la torre de Nuevitas. El que se quedaba dormido se despertaba con viruelas, ó con una fuerte erupcion, que tal parecian las innumerables picaduras de aquellos tenaces insectos.

Los prisioneros suministraron noticias detalladas de todo. Revelaron quién mandaba la expedicion, dónde habian escondido los efectos desembarcados, en qué consistian éstos y qué partidas debian caer sobre Punta-Brava de un momento á otro.

Sólo dos de ellos eran fanáticos por su causa: uno, llamado García, maestro de escuela, y otro, Luis Medal Agüero, jóven instruido, de ideas republicanas exaltadas, y secretario que era de la Junta

de Cayo-Hueso cuando se perpetró el asesinato de Gonzalo Castañón. Como la juventud se comunica fácilmente, los oficiales conferenciaron con ellos toda la noche. El aventurero y extraviado Medal manifestó bien pronto sus opiniones y servicios, haciéndose simpático á todos, á pesar de la repugnancia que les inspiraban sus antecedentes.

Los cuatro prisioneros restantes, que eran mulatos y negros, apénas hablaron: les hacian padecer mucho las heridas, humedecidas por el relente de la noche, y no curadas por falta de médicos y medicinas.

Entretanto se prohibió á los soldados fumar ni hacer ruido alguno que pudiera denunciarlos al enemigo. De las avanzadas establecidas vino aviso de que se oia á corta distancia fuego de fusil y de cañón. Y efectivamente, aunque amortiguado por el bosque, se percibia claramente el ruido de los disparos. Los cañoneros debieron llegar á Punta-Brava poco antes de oscurecer, y seguramente intentaban apoderarse de los efectos desembarcados. Pero ¿con quién sostenian el fuego? ¿Habrian llegado partidas? Consultados los prisioneros, dijeron que para custodiar los efectos habia quedado en la costa una guardia de 30 hombres, mandada por un capitán federal norte-americano, llamado Harison. ¿Qué hacer? Ponerse en movimiento en una noche oscura, sin caminos y por terreno desconocido, para ir en socorro de los compañeros, era imposible.

Los prácticos no se atrevian de noche á salir á rumbo, pues aún en tiempo de paz apenas si se comunicaba Punta-Brava con Nuevitas por otra parte

que por mar. Aunque el fuego cesó pronto, la ansiedad y el deseo de huir de los mosquitos puso en marcha á aquella fuerza á las cuatro de la madrugada.

Los guías calculaban que se podría llegar al amanecer al lugar del desembarco: pero ni á las seis, ni á las siete, ni á las ocho se veía en qué fundar esperanzas de llegar. Hacia ya tiempo que el capitán venía diciendo á los prácticos que tomaban mucho al Oeste; pero ellos decían que eran rodeos necesarios para buscar la parte más clara del monte y para huir de las rocas eruptivas llamadas allí *mú-caras*, que destrozaban á los soldados los pies, reblandecidos con la marcha del día anterior. A pesar de estas excusas, empezaron bien pronto á subir á los árboles para registrar el terreno y á hacer las cosas que acostumbran para orientarse. Increpados fuertemente, confesaron al fin que estaban perdidos. Dificilmente puede darse una idea de la angustia que semejante situación produce al que no está acostumbrado, y más si está enfermo, mal comido, descalzo y rendido de fatiga, después de recientes y violentas emociones. No es la angustia del mareo, ni el temor de la muerte; no se parece á nada; es una indecible inquietud, agravada por la responsabilidad y por multitud de ideas que asaltan á la mente.

El capitán disimuló para evitar que, apercibida la fuerza, decayese de espíritu, y se puso á guiar por sí mismo. Recordando la carta de la costa, emprendió la marcha con rumbo al Norte: cortando palos, para deducir por su diferente desarrollo cuál

era el lado Norte y el Sur, y haciendo uso en la necesidad de cuanto habia oido y estudiado, se hizo seguir de la gente de machete y se abrió rápidamente paso por entre la espesura del bosque. Antes de mediodía llegaban á Punta-Brava, media legua al Oeste del punto que deseaban. Los prisioneros, que aun vivian, reconocieron desde luego el terreno, é internándose de nuevo la fuerza, entró por donde se habia propuesto. No pudo darse mayor suerte.

Reconocido detenidamente el terreno, y encontrados los efectos del desembarco enemigo, lo urgente era comunicar con los cañoneros, que ya se habian retirado. Una partida, que con este fin se dirigió á la playa del Infierno, los encontró afortunadamente y volvió con ellos al poco tiempo, aunque sin poder fondear á nuestra vista por la fuerte brisa que reinaba.

El fuego que la columna habia oido la noche anterior fué efectivamente lo que habia supuesto. La fuerza de los cañoneros cogió algunos efectos que los filibusteros habian abandonado en la playa, y se marchó sin poder hacer extensos reconocimientos.

El grueso de los efectos desembarcados habia sido internado por los insurrectos una legua dentro del bosque. Para extraerlos hubo que atravesar un inmundo manglar, y esta operacion duró ocho dias de penoso y no interrumpido trabajo.

Además de los efectos del desembarco, la fuerza que llegó por tierra encontró en la costa al capitán Hárison, muerto por la de los cañoneros, y le

ocupó varias cartas de su novia, en que se esforzaba ésta por apartarle de la fatal senda que seguía, alegando para conseguirlo razones de gran peso. Con una claridad de ideas y un sentido práctico poco comunes en su sexo, le exponía todo lo absurdo y repugnante de la causa de los insurrectos y de su república, y se despedía de él para siempre: sin duda su apasionado corazón de amante presentía la muerte de su amado. Besando éste el retrato y las cartas de la jóven, que conservaba en el pecho, murió, como él decía en incorrecto español, víctima de cruel desengaño, por no escuchar á tiempo los consejos de aquel ángel que había adivinado la verdad.

Embarcada de nuevo en el *Yumurt*, regresó la fuerza á Puerto del Padre. El *Eco* y el pailebot hicieron rumbo á Nuevitas conduciendo los efectos aprehendidos y á los prisioneros, pues por ser largas y difíciles las comunicaciones con el jefe de la division, debían éstos ser presentados en Puerto-Príncipe al Capitan general que habia ordenado la expedicion, y allí fueron juzgados en Consejo de guerra y pasados por las armas.

Durante los dias que se emplearon en recoger los efectos del desembarco, se presentaron tres de los dispersos en el fuego del dia 28, que, errantes desde entónces por el bosque, sin haber comido otra cosa que hierbas y raíces, ni bebido otro líquido que el agua que extraian de los *Curujeyes* (1), venian

(1) El *curujey* es una planta parásita muy comun, cuyas hojas largas, terminadas en punta, á manera de cortas espa-

comidos por los mosquitos de una manera horrible y dispuestos á morir fusilados antes que continuar en aquella penosa vida.

He descrito detalladamente esta jornada, en que, disponiendo nuestras tropas de ménos elementos, luchaban con más contrariedades, para que se comprenda que el único resultado de las expediciones filibusteras no ha sido otro que perder el material y efectos comprados á costa de los inmensos sacrificios que los insurrectos imponen á los suyos, y la vida de gran número de personas engañadas, en su mayor parte, con pomposos ofrecimientos, pues por más que alguna vez eludían la acción de la marina que, no siempre podía ejercer la necesaria vigilancia por efecto de la gran extensión y accidentes de la costa, ninguna escapó á la actividad del ejército, que, en sus expediciones, las descubrió siempre y las apresó.

Por el contrario; las expediciones del ejército han sido y son constantemente de grande utilidad. Además de las armas, municiones y otros efectos de que privaba al enemigo, debilitaban su influencia moral y recogían noticias de mucho interés. Por la que acabo de referir, se supo con toda certeza que el mismo vapor iba á efectuar á los quince días

das, forman macolla como las liliáceas: es muy parecido á la pitera, pero algo más pequeño.

Los *curujeyes* se pegan á los árboles y arbustos, y entre sus hojas y cogollos conservan fresca y clara el agua de la lluvia y del rocío, que el pasajero sediento extrae pinchándolos por debajo.

otro desembarco en la Herradura, jurisdiccion de Holguin, y en su virtud cayó íntegro en poder de las fuerzas del ejército, sin que se salvase ni uno solo de los hombres y efectos desembarcados.

III.

El primer encuentro que aceptaron las fuerzas insurrectas despues de su propósito de variar de sistema, fué el de la Bermeja, cuando acababan de hacer la eleccion de que he hablado, y recorrían esta jurisdiccion con todo el grueso de sus fuerzas. El batallon de Colon, en número insignificante, comparado con el del enemigo, y lo mismo la pieza de artillería de montaña, probaron una vez más el heroismo de que tan brillantes pruebas habian dado desde el principio de la campaña.

Aplicando Máximo Gomez el sistema de su país en toda su pureza, y aprovechando los elementos creados por su predecesor Agramonte, emprendió las operaciones en plena época de lluvias. Pasó el Cauto y empezó sus correrías en el departamento Oriental. Su primera hazaña fué machetear en Punta-Gorda á una partida de unos 40 hombres del batallon de Antequera, que, procedente de la Península, acababa de desembarcar en Cauto-Embarcadero, y á la cual encontró casualmente cuando iba á incorporarse con su batallon, que estaba en Bayamo.

Siguieron diferentes ataques del enemigo á varios poblados, algunos encuentros de importancia y el hecho del Zarzal, en que murió el valiente teniente

coronel de San Quintin, Sr. Sostrada, operaciones todas sin otras consecuencias prácticas que el sensible derramamiento de sangre española; pero que dan la medida del valor del soldado español, á quien ni abaten adversidades, ni debilitan privaciones, y fueron claro indicio del poco fruto que habia de reportar el enemigo del nuevo sistema que emprendia.

Si á fines del mes anterior se hubiera seguido hasta sus últimas consecuencias un hecho de armas que se ofreció, tal vez se hubieran evitado todas estas y otras posteriores desgracias de una y otra parte: el batallon de Bailén que, aunque en número inferior al enemigo reunido en Pedregalon, le habia hecho el día 2 de Mayo muchas bajas con un arrojo y entusiasmo, digno de toda alabanza, reforzado á fines del mes con parte de la columna de la Union y con artillería de montaña, se disponia á atacarle, y con este fin se habia situado á la orilla opuesta del Cauto. Por una prudente y acaso acertada disposicion del comandante general, nos retiramos precisamente la noche que precedió al dia en que debió tener lugar el combate.

Varias son las razones por que creo que sin esta retirada talvez no hubieran quedado los insurrectos en disposicion de esperar nuevos encuentros: conocíamos bien el terreno en que operábamos y el que ocupaba el enemigo; habíamos cogido prisioneros á vivanderos suyos que nos revelaron las fuerzas que tenian reunidas, su posicion, su objeto y quién las mandaba, que por cierto en aquellos momentos eran todos y ninguno; y si numéricamente eran

muy superiores á nosotros, en cambio no sabian la llegada de nuestros refuerzos ni nuestra proximidad á su campamento; no estaban muy sobrados de municiones y no disponian como nosotros de artillería.

Los hechos que acabo de referir debieran ser más que suficientes para enseñar á los simpatizadores que no pueden esperar otra cosa de aquella rebelion que el destrozo de la Isla que tanto suponen estimar; la ruina de sus bienes; la desolacion de sus familias y la muerte á millares de sus hermanos; pero nunca la independendencia de Cuba; que si España *aparece débil en el concepto de Europa*, aún tiene entereza de carácter y sobradas fuerzas para conservar sus colonias y reprimir toda tentativa separatista. Pero si todavía los más contumaces necesitan mayores pruebas, mayores las suministran los eneuencos que tuvieron lugar en Febrero y Marzo de 1874.

Para evitar toda inútil prolijidad, me ocuparé solamente del último, que es el de más importancia militar y en el que los insurgentes tenían puesta toda su confianza, porque de su éxito dependia tal vez la suerte de toda la campaña. Este será el objeto del artículo siguiente.

IV.

No habiendo reportado los insurrectos fruto alguno de las víctimas de que fueron causa en el de-

partamento Oriental, se pasaron al departamento Central. Reuniendo en él todas sus partidas, aceptaron los encuentros de más importancia militar que tuvieron lugar en la Isla. Tales fueron los de Naranjo y Mojacasave, en Febrero, y el de Guásimas y Jimaguayú, en Marzo de 1874. Ya he dicho que solo voy á ocuparme de los dos últimos.

Es las Guásimas un potrero en bajo, á unas diez leguas de Puerto-Príncipe, rodeado por todos lados de espeso bosque y cruzado por un pequeño arroyo. Situadas en la parte más alta todas las fuerzas de la insurreccion y ocultas entre la espesura del bosque, dominaban en toda su extension la parte más honda y descubierta.

Sabedor el enemigo de que nuestras fuerzas tenían órden terminante de atacarle donde le encontrasen y perseguirle, comisionó á pequeños grupos de exploradores para que, en número sucesivamente mayor, llamasen la atencion de aquellas, y las fuesen conduciendo con su huida al punto en que con mayores ventajas las podian destrozar.

A la sazón buscaban al enemigo dos valientes brigadas de nuestras mejores y más organizadas tropas, con cuatro piezas de artillería de montaña, caballería y guerrillas montadas, que componian un total de unos cuatro mil hombres. Aunque conocieron la emboscada y todos sus peligros y sabian que eran inferiores al enemigo, más que en número y calidad, en posición y demás circunstancias, resolvieron atacarle, impulsados por el valor y afán de gloria de aquel sufrido ejército.

Empezó la acción con una carga de media legua

dada por dos escuadrones del regimiento de caballería de Colon, que, aunque en último término se vieron repentinamente rodeados por numerosas fuerzas enemigas y dejaron sobre el campo la vida de buenos soldados en número de 79 (si mal no recuerdo), entre ellos todos los jefes de seccion, conquistaron con inimitable ejemplo inmarcesible gloria y la corbata de San Fernando para el estandarte de su regimiento. La patria los admira: en su historia consignará con caracteres de oro el sacrificio de tan generosos hijos.

Los jefes y soldados que providencialmente quedaron vivos, aunque habian ocupado su puesto, comprendieron que su fogosidad habia comprometido la suerte de toda la columna: tan generosos como valientes, les mortificaba, más que su propio peligro, la duda de haber rayado en imprudente temeridad. No sé si así seria; lo cierto es que cuando el grueso de la fuerza que los seguia llegó al punto en que esperaba en mayor número el enemigo emboscado, se vió en la necesidad de atrincherarse bajo el mortífero fuego de los insurrectos, quedando así designado aquel lugar de tan atroz y prolongado suplicio (duró desde el dia 15 al 19).

Quedó envuelta nuestra fuerza en un estrecho círculo de fuego de 150 metros de diámetro, en bajo, dominado y batido de revés en casi toda su extension, sin otro lugar algun tanto desinflado donde colocar á los enfermos y heridos, que el cenagoso cáuce del arroyo que, como para recibir la sangre de nuestros valientes, atravesaba en retorcidas vueltas aquel siniestro campamento.

Era la época de seca, y todos aquellos potreros estaban secos como el corazón de los enemigos; prendieron éstos fuego al bosque que rodeaba á los nuestros, y les dejaron sumergidos en una irrespirable atmósfera de humo y de ceniza.

En este estado llegó la noche, y con ella mayor confusión y la duda sobre el partido que debían tomar. Habían caído muchos muertos y heridos, y, sin abandonarlos, no podían intentar la retirada: antes que desamparar á sus compañeros, prefirieron apurar todos los medios para salvarlos, ó morir con ellos, si otra cosa no les era posible.

Con este fin comisionaron á un guerrillero del país, de los muchos fleles que, aunque nuestro tacto no es el mejor, tenemos allí, para que, con un parte cifrado, atravesase el bosque cubierto por el enemigo, y salvando rápidamente las nueve ó diez leguas que distaba Puerto-Príncipe, lo entregase al comandante general. Era el elegido un valeroso negro de tanta sagacidad como diligencia, y á media tarde del siguiente día 16 había cumplido brillantemente su difícil cometido.

Por circunstancias que no conozco bien, se encontró el comandante general sin las fuerzas con que creía poder contar. Los dos únicos batallones de que podía disponer se encontraban prestando servicios en la plaza, y la mayor parte de su fuerza en convoyes á las bases de operaciones.

Aunque el contenido de aquel lacónico y tristísimo parte solo fué conocido de los jefes superiores, pronto circuló, si bien con vaguedad, que algo grave ocurría, y todos nos ofrecimos voluntaria-

mente á salir en defensa de la patria y en auxilio de nuestros comprometidos hermanos. Fué necesaria toda la actividad en que sabe inspirarse el ejército español, cuando la cosa lo merece, para organizar una pequeña columna.

Miéntas tanto la division sitiada estaba llena de ansiedad. ¿Habria sido fiel el buen negro, ó se habria ofrecido por librarse del peligro que podia correr en el campamento? Aun siendo fiel, ¿habria caido en poder del enemigo? Así debian discurrir aquellos serenos soldados, y no sin razon; pues cogido el pobre negro á la vuelta, selló con su muerte su heroismo.

Estos recelos, y tal vez los escrúpulos de que antes he hablado, avivaron la generosidad y el valor de los restos de la caballería, que dió la primera carga, y manifestaron á su jefe y compañeros su decision de saltar fuera de la trinchera y abrirse paso por entre el enemigo para llevar, *siquiera quedase uno*, la noticia. Trataron de disuadirlos; pero fué todo en vano. Su ofrecimiento no era mera fórmula, sino resolucion inquebrantable. Los oficiales y soldados tenian ya preparados los caballos, y, en union de las guerrillas montadas de las Villas, se pusieron en marcha con ánimo de llegar á las Yeguas y comunicar por telégrafo con el general. Llegaron efectivamente al medio dia; pero el telégrafo estaba cortado.

Antes de amanecer habiamos [salido de Puerto-Príncipe con toda la fuerza que pudo reunirse, combinando nuestra marcha con la de otras fuerzas, para que se nos incorporasen á nuestro paso.

Así llegamos á reunir un total de unos 2.000 hombres, con un escuadron y una pieza de artillería. No habia más.

El enemigo no supo entre tanto aprovecharse de su ventajosa posicion, acaso porque no la conocia militarmente, y se contentó con mortificar á los del campamento con nutrido y mal ordenado fuego. Esto, unido á que no se apercibió hasta la mañana siguiente de la salida del negro ni de la de la caballería, lo cual es muy raro, por más que ésta emplease para ello toda su hábil serenidad, arguye gran torpeza de parte de los contrarios, que, siendo astutos en las pequeñas operaciones defensivas, dieron una nueva prueba de que no poseen ni aprovechan la ofensiva.

Apercibido al fin, comprendió que vendrian refuerzos por el camino más corto y salió á esperarnos. Así lo suponiamos nosotros, y por cierto que lo deseábamos, pues presentándonos accion, lo venceriamos, como de costumbre, y le haríamos perder la fuerza moral que le habia dado su posicion en el potrero.

Desde la caida de la tarde empezamos á descubrir sus exploradores, que son acaso lo mejor que tienen: bien pronto nos contaron y llevaron detalles al grueso de sus fuerzas. Pocos momentos despues empezó un continuo tiroteo que no cesó en toda la noche. Estábamos en el punto llamado *Cachaza*—el nombre inspiraba—y allí acampamos en aquella del 17 de Marzo. El 18, ántes de amanecer, nos pusimos en marcha con todas las reglas del arte para aquella clase de guerra, y siguió el fuego

de los flanqueos y extrema vanguardia con los insurrectos que, deslizándose por el bosque, apenas si se dejaban ver.

Serian las ocho de la mañana cuando llegábamos á una Sabana, llamada de Jimaguayú, célebre en aquella guerra por haber tenido allí lugar repetidos encuentros y la muerte del cabecilla Agramonte. En este punto intentó el enemigo oponerse formalmente á nuestra marcha.

Desde los primeros momentos comprendimos toda la trascendencia de aquel encuentro. Si no nos abríamos paso, batiendo al numeroso enemigo, se complicaba la cuestion: no habia más fuerzas que poder mandar inmediatamente, y la situacion de nuestros sitiados en las Guásimas no tenia espera. Se arengó á la tropa, que era buena, si bien algun tanto bisoña, y adquirimos la conviccion de que vencíamos.

La gente maniguera, que es muy práctica en aquel terreno cubierto de espeso bosque, y conoce uno por uno los árboles que le pueblan, nos presentó una accion que podria calificarse de brillante, si hubiera sido tan bien sostenida como hábilmente calculada. El claro era próximamente rectangular, y el camino que nos condujo á él desembocaba por un ángulo. Parte de sus fuerzas nos llamó la atencion por el lado menor, á la derecha de nuestra entrada, y rompimos el fuego contra ella: á la media hora, y en el momento de simular una retirada, dos nutridas descargas, salidas del lado mayor frente á la entrada, que si hubiéramos sido ménos cáutos hubiera sido nuestra izquierda, nos revelaron, ha-

ciéndonos algunas bajas, la presencia del enemigo en todas direcciones. Y en efecto, el grueso de sus fuerzas con su caballería nos cargaba casi simultáneamente por el otro lado menor, izquierda de la entrada y retaguardia de la primera fuerza que habíamos formado en oposicion á la suya, que inició la accion.

De dos á tres horas duró la lucha: la caballería insurrecta fué diezmada y deshecha dos veces: nuestros soldados se batieron como los más aguerridos, y el enemigo, corriendo la suerte de anteriores combates, vió en aquel campo nuevo teatro de sus vergonzosas derrotas.

A pesar de los peligros que podia ofrecer, nos pareció más acertado entrar en el campamento de los nuestros por el lado opuesto al que ellos habian empleado. Antes del mediodía empezamos á ver sembrados por el camino los cadáveres de nuestros soldados y los del enemigo, revueltos con los caballos y en descomposicion, ó comidos en parte por las auras. ¡Cuadro horrible, que casi á la par contemplábamos pensativos los unos y los otros! ¡Y todos eran españoles, sino de ideas, de naturaleza ó procedencia! ¡Qué dolor! Pocos quedaban que pudieran ser reconocidos por la cara; pero el traje, el cabello largo y hasta la posicion distinguian perfectamente los cadáveres de los insurrectos.

En este momento se presentó el enemigo por la derecha, y tomamos precauciones por si empeñaba de nuevo el combate; pero no lo hizo así. Corriéndose á lo lejos, fué á romper el fuego sobre el cam-

pamento, cual toro que huye á la muleta y se ensaña con el caballo que antes derribó.

Tiramos unos cañonazos para que sirviesen de aviso á los del campamento, y estos contestaron disparando otros para orientarnos de su posicion y para defenderse del enemigo.

Avanzamos rápidamente, y llegamos, por fin, al suspirado campamento. Velada en parte por la manigua, vimos á nuestra fuerza en lo más bajo del potrero sobre un negro fondo aun humeante, salpicado de carbonizados restos de árboles que el fuego habia dejado en pié. Se tocaron los clarines y las cornetas, dando las respectivas señas de los cuerpos y, contestados, salió medio batallon de Leon á reconocernos y abrazarnos. En este momento una alarma fatal, pero fácil de explicar en su estado de exaltacion, hizo sospechar á los de Leon que eran víctimas de un ardid, y rompieron el fuego sobre nosotros, causándonos algunas desgracias.

Mientras nosotros marchábamos batiéndonos, era horrible la situacion de nuestros cercados por el enemigo. Sin comer más que galleta, sin agua, rodeados de muertos y heridos, de fuego y de humo, batiéndose y sosteniendo no interrumpido fuego desde la mañana del 15 á la del 18, esperaban extenuados y llenos de ansiedad el resultado de nuestro esfuerzo, que, ó les habia de sacar definitivamente de su critica situacion, ó habia de obligarles, si éramos vencidos, á tomar una resolucion extrema, con gran peligro de tener que dejar sus heridos entregados á la cruel venganza de los vencedores.

No decayó su ánimo, como hubiera sido de temer. Cuando el fuego disminuía, se formaban en corros contra la trinchera y cantaban aires nacionales para animarse mutuamente y sostener el espíritu. Más de una vez se interrumpieron las coplas con el balazo que recibía un cantor y que obligaba á los demás á socorrerle ó á volar á la trinchera. Todos los que asistieron á aquel glorioso hecho recordarán las voces TIRA, TIRA; GASTA, GASTA, con que un valeroso jefe, de acento catalán, que desde los primeros días de la guerra había probado su denuedo, particularmente en la *Periguera*, contestaba á cada descarga del enemigo, con tan tranquila entonación como si se tratase de un simulacro.

Los sitiados tenían especial empeño en no gastar municiones, cosa que, dado el actual armamento y la situación en que se encontraban, era de mucha importancia: de su conservación y buen empleo dependía su resistencia y salvación en caso desesperado.

Los tiradores enemigos, encaramados en los árboles, y batiendo de revés la improvisada trinchera de maderas, causaban á los nuestros muchas bajas; pero saltándola éstos, salieron al claro á cuerpo descubierto y les obligaron á huir, después de bien diezmados.

Como los cadáveres se descomponían y no se les podía enterrar, hubo que hacer una pira en cada una de las partes en que el arroyo dividía el campamento, para quemar en ellas á los hombres y caballos muertos. Pero ¿quién les conducía á la ho-

guera? El que atravesaba recibía casi con seguridad un balazo, que le ponía en peligro de correr la misma suerte del conducido.

Por fin nos unimos con los nuestros. El lector podrá suponer las escenas de ternura que tuvieron lugar al abrazarnos los unos y los otros.

Al día siguiente abandonábamos al potrero para volver todos juntos á Puerto-Príncipe.

Toda esta operacion nos costó, segun mis informes sobre el terreno, unos 150 muertos y un número dos veces mayor de heridos, que con los enfermos embarazaban considerablemente nuestra marcha.

El enemigo tuvo en definitiva muchas más bajas que nosotros, pues á un número próximamente igual de muertos y heridos, se añadieron las considerables deserciones que originó el disgusto entre ellos, por la mala direccion y modo de combatir, y la desmembracion de los que por estas causas se les separaron para formar la partida de *Los plateados*, que llegó á reunir 400 ó 500 hombres, y que huía tanto de ellos como de nosotros, porque los perseguían con más encono que las tropas españolas.

Al sostener estos combates, ¿tenían los insurrectos algun objetivo determinado? ¿Obedecían alguna orden de la *valiente é intrépida Junta cubana en New-York*? Nada de esto. Se reunían para variar su sistema de palo de ciego y combinar un plan de operaciones, venciendo la tenaz repugnancia de sus afiliados á salir de sus respectivas jurisdicciones para operar por montes que no conocían. Acepta-

ban estos combates, porque nuestra persecucion no les dejaba realizar un plan general, que, segun parece, era entónces cortar la línea férrea y apoderarse de Puerto-Príncipe, imposible que parecía pretender el marqués de Santa Lucía, y cuyo resultado hubiera sido agravar la situacion de sus propias familias, ó pasar la trocha para llevar de nuevo la tea incendiaria y la desolacion á donde renacia ya la paz. La *Junta cubana* sólo da órdenes de incendio y destruccion, no previendo que á un país se le puede exigir el sublime sacrificio de vidas y haciendas en un momento dado y con el ejemplo personal de *todos sus jefes*; pero que este sacrificio no puede prolongarse indefinidamente, y ménos cuando aquellos huyen cobardemente al extranjero y desde allí dan órdenes de destruir cuanto sus antiguos partidarios, arruinados por dejarse seducir, han vuelto á crearse con tanto trabajo para cobijar á sus pobres familias.

En esta parte hay que hacer justicia: pocos pueblos habrían sido capaces de dar, como Cuba, pruebas de entereza y valor. Sin estar dispuestos á ello, sin conocer acaso lo que hacian, han realizado muchos individuos y familias enteras heróicos sacrificios. Y digo heróicos, porque si bien los esfuerzos en favor de una causa injusta y viciosa son innobles, y en circunstancias dadas constituyen verdaderos crímenes, muchos los hacian con sencilla buena fé, fanatizados por aquellos mercaderes que solian ser sus consejeros en todos los actos de su vida.

En las Guásimas no supieron utilizar oportuna-

mente las ventajas de su posición, lo cual fué una punible falta militar, tanto mayor, cuanto que sabían perfectamente que no teníamos en el departamento más fuerzas disponibles que se les pudieran oponer por de pronto.

Tanto es esto verdad, que se creyeron derrotados, y en este concepto empezaron á retirarse llenos de indignación contra su jefe, Máximo Gomez, á quien quisieron depocer, teniendo esta necesidad de pedir un plazo para sincerarse y evitar la vergüenza de su destitución. Después, para animar á los suyos, hicieron cundir la noticia de que habían triunfado. Pero ¿qué triunfo fué ese, que lesjos de servirles para levantar el espíritu entre los suyos y conseguir se les incorporasen mayores fuerzas que les ayudasen á conquistar su independencia, aprovechando la anarquía de la Península y la triple guerra civil que la devoraba, los dividió, por el contrario, más y más, como hemos visto? Es verdad que diez meses después pasaron á las Villas; pero esto no fué resultado de su inteligencia ni de sus victorias, sino de su mismo sistema de obrar al acaso, y de que nuestras fuerzas, con el empeño de perseguirlos, hicieron movimientos de avance, desatendiendo lo principal. De otro modo hubiéramos tenido tal vez muchas bajas; pero indudablemente las hubiéramos evitado mayores, porque nunca hubieran pasado la trocha del Júcaro á Moron.

En resumen: los hechos de armas referidos en este capítulo nos dieron el resultado que nos propusimos de no dejarles organizar. Ellos se batieron por la vanidad de las partidas del Oriental, Tunas

y Centro reunidas, que rivalizaban entre sí, disputándose la primacía; pero no obtuvieron resultado alguno, á pesar de no oponérseles más que dos brigadas nuestras.

Ya lo veis, laborantes de buena fé: este es el fruto de vuestros sacrificios. Poneis á contribucion todos vuestros elementos; comprometéis la vida de vuestra juventud para allegar recursos y sostener un cuerpo de ejército que defienda una causa que, aún triunfando, seria vuestra ruina, y los pocos fondos que no se lleva la codicia de los que os explotan, se malgastan en tener en armas indisciplinadas partidas que rehuyen todo encuentro con los soldados españoles, legítimos defensores de vuestros verdaderos intereses, aunque vuestra ofuscacion no os lo deje comprender; ó si la tenaz persecucion les obliga á aceptar algun combate, solo sacan de él pruebas de una impericia que les pone en ridículo, que os enajena en el campo las simpatías que en las ciudades os esforzais por conquistar, y dividen, por lo mal sostenidos, á vuestros mismos soldados. Ya es hora de que os desengañeis. No os hagais por más tiempo solidarios de ambiciosos magnates, que sueñan recuperar con vuestra simpleza las fortunas que han derrochado en sus vicios, ó de inquietos extranjeros que, sin lazo alguno con vuestras familias y nuestra patria, no han hecho ni harán nunca otra cosa que destruir vuestra riqueza, ser crueles con vuestras familias, víctimas en primer término de las calamidades que ocasionan, y adquirir por todo el mundo justa fama de incendiarios y salvajes.

CAPITULO IV.

DETALLES CURIOSOS.

Despues de haber descrito, aunque á grandes rasgos, escenas tan patéticas como las de los capítulos anteriores, justo será que abra un paréntesis y me ocupe de cosas más recreativas, pero que, teniendo íntima relacion con los sucesos referidos, contribuirán á ilustrar la materia y darán más clara idea del entusiasmo con que nuestro disciplinado ejército defiende en aquella apartada Isla la integridad de la patria.

Ya he dicho que nuestro soldado, aún en la época en que se veia mal pagado y lleno de privaciones, llevaba resignado aquella vida trabajosa y expuesta á frecuentes peligros. Sigámosle ahora en una de aquellas marchas de doce ó quince dias, cuando salia de una de las bases de operaciones, apartada de todo centro de poblacion, para internarse doce, quince y más leguas á operar por los bosques.

Con motivo de escasear las acémilas, pues enfermaban á consecuencia de aquel penoso continuo movimiento, tenía el soldado que llevar encima dos

ó tres raciones, la manta, cien ó ciento cincuenta cartuchos, el fusil, etc., etc. Con esta carga se ponía en marcha, abrasándose bajo los ardores de aquel clima, bañándose en el baño de ducha de aquellas lluvias torrenciales, ó clavándose hasta las rodillas en el lodazal de aquellos intransitables caminos.

Se pierden éstos en tan complicados laberintos, que, sin el auxilio de los guías prácticos, nos hubiera sido muy difícil y aún peligroso andar por aquellos bosques, y mucho más dar con el enemigo que había motivado la expedición.

Observadores como nadie, conocen estos prácticos las huellas del enemigo, distinguiendo perfectamente las pisadas de los negros de las de los blancos; aprecian aproximadamente el tiempo transcurrido después de su paso, si llevan ó no víveres y en qué consisten, y otros innumerables detalles que parece imposible lleguen á precisar con tanta exactitud. Para todo esto se valen de medios sencillísimos, pero que maravillan por lo seguros al que no está acostumbrado.

Los insurrectos, cuando van perseguidos, cruzan los caminos de un lado á otro marchando de espaldas, para que, invertidas sus huellas, hagan perder la pista al que los persigue: con el famoso machete hacen señales en los árboles, cortan sus tallos, pelan cañas y dejan á su paso mil raras contraseñas para entenderse con los suyos. Todo cuanto tocan es para ellos objeto de un especial lenguaje simbólico; á todo le dan significación: por este medio se dan citas, marcan rumbos á los que

puedan venir detrás, ó les comunican las órdenes que han de cumplir.

Recuerdo que en la primera columnita que mandé llevaba uno de esos prácticos, entendido como pocos y diligente y servicial como sabian serlo cuando tenian buena fé. En uno de los descansos que concedí, porque la gente se me ahogaba de calor, me dijo que por la vereda que seguíamos marchaban, como á una legua delante de nosotros, dos á caballo, y que lo que uno de ellos montaba era una yegua tuerta del ojo derecho. Me hizo gracia la ocurrencia, y pensé reirme un rato con aquel buen campesino; pero me convencí de que tenia razon. Me condujo hácia la izquierda del monté, á un sitio algun tanto despejado, donde me hizo notar que los dos jinetes en cuestion se habian apeado para descansar, y señalando al suelo, me dijo: «Vea su mersé, *este mcao* entre las huellas de atrás indica que es yegua: en el terreno que ha *recorrido* sólo ha *comio* ó *mordisco* la yerba del lado de la izquierda; esto prueba que no vé del otro, y por lo tanto que es tuerta del ojo derecho: están frescas y blancas las cañas que han *pelao* y el bagazo de las que han *chupao*; prueba clara de que no nos llevan mucha delantera. ¿Se convence su mersé?»

Por las mañanas, cuando aún no se ha evaporado aquel gran relente, observan en la yerba si está *tumbado* y si despues ha vuelto á depositarse: de dia se fijan en la tierra, en los arroyos, ó rios; en lo que hay arrojado en el camino, en la caña que ven pelada y en el modo de estarlo, en los cortes en los árboles, y en la clase de árboles en que están he

chos; todo lo observan, todo lo estudian y de todo sacan gran partido. Nuestros soldados se aficionan á estas curiosas observaciones, que algunos aprenden á las mil maravillas, y que á todos son muy útiles y dan motivo de broma y algazara.

No son estos solos los servicios que prestan los prácticos. En los campamentos y en las marchas son un auxiliar indispensable. Ayudan á construir los campamentos, guian las marchas con admirable instinto é ingeniosos procedimientos para salir á rumbo de entre la espesura de inmensos bosques; saben dónde están las mejores frutas, las aguas potables, las siembras de viandas, etc., etc. Para construir los campamentos desmochan palmas, y con sus hojas, ó si quieren esmerarse más, con las del *yarey*, que son esas hojas grandes, extendidas y lustrosas quo se usan como abanicos, cobijan los *bohíos ó ranchos*; con *yaguas* sostenidas por medio de piés derechos, y cosidas á ellos y entre sí con tiras de lo mismo ó con hojitas de palma, forman las paredes, las divisiones y las tejas.

La palma real, y lo mismo la criolla, se desprende cada luna de una hoja ó *penca*, y echa otra nueva. De la *yagua*, especie de corteza consistente, elástica, impermeable y hebrosa á lo largo, que une la hoja al tronco, parecida por sus dimensiones á un cuero con tendencia á arrollarse, sacan un partido extraordinario. Con ella hacen cuerdas, jaulas, planchas cóncavas para cubrir como con tejas los ranchos, embases, coberteras, cubos, que llaman *cataures*, para sacar agua de los pozos, aparejos para caballerías, envolturas para los tercios de ta-

bacos; hasta he visto cocer un arroz en una de ellas, colocándolas de una manera ingeniosa. También hacen camas de la *yagua*; envueltos en una de ellas, no sufren los hombres el relente, ni se mojan por mucho que llueva; es la cama obligada de los insurrectos en sus marchas forzadas.

Los prácticos enlazan las reses para cazarlas, si no con la admirable destreza de los mejicanos, á que es difícil llegar, con la bastante para el objeto; ellos las mancuernan (mancornar es sujetar las reses para conducir las, uniéndolas por los rabos y los cuernos), las desuellan y tasajea segun conviene, ellos manejan las vacas, curan el ganado con hierbas que conocen, etc., etc.

De ellos aprendí yo á conocer y distinguir muchas plantas medicinales y variadísimas clases de árboles, como la caoba, el cedro, la majagua, la varía, el ácana, el juguí, el jucarillo, el caimito y otros muchos, entre ellos el célebre jagüey, árbol singularísimo y admirable en todo, á quien se atribuye una significacion simbólica por su manera de crecer y propagarse. Cuando el viento, las aves ú otras causas trasportan su diminuta semilla y la depositan en el tronco de otro árbol, aunque sea á diez ó doce metros de altura, germina con la humedad de la atmósfera y empieza á crear unos ténues filamentos aéreos que, descendiendo traído-ramente al suelo desde aquella altura, se entierran para dar vida á otros tallos, que se desarrollan con rapidez y envuelven y aprietan el tronco y las ramas del árbol pasivo, hasta que, consumada la obra de su ingratitud, le sofocan y destruyen para ocu-

par su lugar y constituirse en un árbol grandísimo y de vida secular, siempre verde, siempre asegurando más y más su existencia con gruesas y largas raíces. Para esta operación prefiere ordinariamente el árbol llamado *jobo*; de aquí la maldición muy común en aquellos países: «Ojalá te suceda lo que al jobo, cuando lo enreda el jagüey!»

Uno de los mejores ejemplares de jagüey que he visto existe en el canal de Vento de la Habana, á corta distancia de los barracones de los trabajadores y almacenes de útiles.

Los prácticos enseñan también á la tropa á conocer muchas plantas y frutas nocivas y á librarse de sus efectos. Por ellos sabíamos que la babaza de la *Guásima* es un buen remedio ó lenitivo contra la influencia del *Guao*, árbol silvestre, cuyo contacto en cualquiera de sus partes, principalmente el de su leche, es nocivo y forma llagas é irrita á veces todo el cuerpo; en algunas personas predispuestas basta su sombra ó atmósfera para enfermarlas, causándolas hinchazones y fiebre. No es, sin embargo, su influencia tan funesta que llegue á quitar la vida, como aseguran los interesados en presentar á aquel país como enfermizo y malsano.

Hay otras hierbas cuyo contacto, principalmente en épocas de lluvias, produce en los pies y en las piernas úlceras, llamadas allí *ñáñaras*, que aunque no interesan generalmente más que á la piel sin graves consecuencias, molestan una temporada de uno ó dos meses, y llegan á tener fuera de combate á muchos hombres. La mayoría de los oficiales las hemos padecido. Los mismos efectos produce el

uso de polainas, principalmente en tiempo de lluvias: por esta razón no las llevan los prácticos y aconsejan que no se usen.

Otra de las cosas en que se fijan mucho los prácticos es el vuelo y movimiento de las *auras*, aves negras, muy parecidas por su forma y tamaño á nuestro pavo común, que se elevan á una altura prodigiosa, hasta donde apenas alcanza nuestra vista á verlas más que como un punto negro casi sin movimiento. Dotadas de muy sensible olfato y perspicacísima vista descubren prontamente dónde hay carnes muertas, y en grandísimo número, que forma lo que se llama *aurero*, bajan para devorarlas ansiosamente hasta no dejar más que los huesos. Su presencia, en especial cuando se mecen pesadamente dando vueltas, nos acusaba la proximidad de un campamento.

En vista de esta ó de cualquiera de las señales ántes mencionadas se establecían, si ya no se llevaban, los penosos flaqueos, que dan una fatiga superior á la mayoría de los hombres. De aquí la tan repetida canción

No quiero, no, más empleos,
Si por flaqueos han de venir.

.....
.....

que expresaba la verdad. Los flaqueadores tenían que abrirse paso por entre el bosque lleno de bejucos y pinchos, que rasgaban las ropas y aún la carne. En el centro del día se ahogaban de calor, y por las mañanas se mojaban, como si lloviese, con el relente de los árboles que sacudían al pasar, y

con el de las hierbas que pisaban ó separaban, pues, especialmente al cruzar los potreros artificiales, eran éstas tan altas, que cubrían hasta los jinetes de la columna. Los zapatos, la ropa, hasta las mantas y las mismas raciones solían quedarse en los flaqueos; y como la columna alternaba en este servicio, pronto quedaban iguales todos los soldados: desnudos y hechos una desdicha.

Cuando llovía era más rápida la operación: el soldado se quedaba descalzo y tiraba, aunque á hurtadillas, la manta para librarse del peso enorme que tomaba al salir el sol. La fuerte traspiración que producía el ejercicio y el extraordinario calor que en aquel país precede á las turbonadas, se interrumpía violentamente por la lluvia; la ropa que se mojaba tenía que secarse llevándola puesta; y todo esto, unido á que se acampaba al aire libre, donde aunque no lloviese, de ordinario estaba el suelo mojado, era causa de intermitentes perniciosas, que muchas veces hacían más daño que el enemigo.

Cuando no se temía la proximidad de este, se encendían grandes hogueras para secar la ropa y hacer huir los insectos; pero á pesar de esto, se pasaba uno la noche á bofetada limpia consigo mismo, á trueque de acertar una vez siquiera con alguno de aquellos temibles mosquitos, que en espesa nube volteaban en torno nuestro. El que tenía una hamaca que no estaba mojada era feliz; pero solamente los jefes y algún oficial podían regalarse de este modo.

No eran raros en estas expediciones los encuen-

tros con el enemigo. Los heridos que en este caso resultaban, lo mismo que los enfermos, soportaban con resignación admirable sus dolores y las penas consiguientes á su estado y escasez de recursos. Sin más ambulancia que dos camillas por compañía; sin más trenes-hospitales, ni más médico, sobre todo si la columna era pequeña, que algun soldado que se llamaba practicante porque llevaba una bolsa de socorro, tenían que seguir los infelices el curso de aquellas expediciones, montados, cuando más, en un mal jaco, ó conducidos en camillas improvisadas con mantas ó hamacas y palos cortados en el monte. Esto daba por resultado que se agravaban ó morían enfermos y heridos que, con otros elementos, se hubieran salvado á poca costa. Si la campaña del Norte se hubiera hecho con los mismos recursos y en el clima de aquel país, hubiera ocasionado, sin duda, doble número de bajas, sobre todo en los heridos, en que más fácilmente se presentan el tétanos y la gangrena.

A pesar de todo, nuestros soldados, con ese grajeo y buen humor que les caracteriza, sufrían alegres todas las molestias, y aún las convertían muchas veces en objeto de broma y diversión. Cuanto más penosas eran las marchas, mejores chistes les inspiraban: cantando y celebrándose ellos mismos sus ocurrencias é improvisaciones, arrostraban impávidos unos peligros capaces de aterrar á los más esforzados campeones. Es admirable el claro juicio y gran sentido práctico que se notan en las canciones que inventan. Aunque, especialmente las coplas alusivas á la guerra, les costaban arrestos y

otros castigos, se les oía alguna vez cantar algunas muy epigramáticas y las terminaban con este estribillo:

Toma Cuba libre ya que la quereis,
Vuestra independendia ya la conoceis.

Entre las muchas que cantaban aprendidas de los tercios catalanes, sólo citaré la siguiente:

Mambises que estais al mente,
Los españoles quereis cremar:
Salid, salid de la manigua,
Cobardes, á peleyar.

Algunas envolvian una sátira muy aguda ó un sentido licencioso muy cáustico. No debo citar de éstas más que la siguiente:

¿Qué hiciste, chinita mia,
de aquello de la ciudad?
—En el monte lo dejé;
lo dí por la libertad.

Cuando se cogia un prisionero, ó se presentaba alguno de los insurrectos, ó alguna de las mujeres, les abrumaban á preguntas intencionadas, hechas con una malicia y un gracejo inimitable.—¿Cómo está el presidente *mister* Grant? ¿y sus pequeñitos? ¿Cómo estamos de intervencion armada? ¿Viene, viene ya la escuadra? ¿Qué han contestado á vuestro *memorandum*? (1) Muchas véces estas y otras preguntas nos dieron ocasion á operaciones de importancia.

(1) Aludian á una exposicion que cuatrocientas señoras cubanas dirigieron al Presidente de la República de los Estados-Unidos, pidiéndole tendiese una mano protectora á las desoladas hijas de Cuba. A

Otras veces fueron ocasion de grandes trabajos. Cuando el prisionero ó presentado daba noticias, al parecer fidedignas, sobre el enemigo, sobre sus movimientos ó intenciones, que nos obligaban á pro-

pesar de que la tal exposicion está cuajada de calumnias y ridiculeces de todo género, bueno será transcribirla íntegra á continuacion, pues los lectores sabrán darle el valor que merece, y encontrarán en ella nuevas pruebas de lo que he dicho en otro lugar respecto á las inventivas de los insurrectos, para hacer odiosas las tropas españolas. Dice literalmente así:

«C. Presidente de los Estados-Unidos:

»Hijas de Cuba y amantes de nuestra patria como el que más, llena el alma de consternacion, agobiado el corazon por un intenso dolor que le arranca torrentes de lágrimas, nos atrevemos á dar un paso que, quizás sea mirado por algunos como un atrevimiento, atendiendo á la importancia del asunto de que se trata, á lo triste de nuestra actual situacion y á la escasez de nuestra instruccion para emitir nuestros conceptos.—Decimos más; quizás podremos causar la burla de aquellos que, acostumbrados á mirarnos como seres nulos para todo lo que no sea relativo á los asuntos domésticos, creen que no puede abrigarse en nuestros corazones ese fuego santo, llamado patriotismo.—Bien, en buena hora que así sea.—Nosotras marchamos íntimamente convencidas de que nuestras palabras, nuestras ideas, son emanadas de corazones en que arde, como en sagrada pira, el santo amor de la patria, por la cual derramariamos gustosas nuestra sangre gota á gota, exclamando, al espirar, entre cánticos de gozo: ¡Hemos salvado á Cuba! ¡¡Viva su independencia!! Nosotras marchamos impávidas, á pesar de esa burla, porque nuestra manifestacion es el grito del amor fraternal, conyugal y maternal; es, en fin,

longar la expedicion, y esto ocurría cuando se calculaba que no quedaban raciones suficientes para dar una diaria por plaza, había que ordenar se diese solo media, y áun ménos, para que durasen el tiem-

el grito de nuestra conciencia, que nos ordena elevar esta peticion hasta vos, C. Presidente, en la firme persuasion de que el mundo civilizado no nos niega que tomemos parte en las cuestiones de la patria, y esto con tanta mayor razon, cuando ella atraviesa por circunstancias tan críticas y aflictivas como las que hoy rodean á nuestra querida Cuba.

Por tanto, en nuestro nombre, en el de tantos niños y ancianos cobardemente asesinados, en el de las vírgenes hasta de ocho ó diez años vilmente violadas, en el de los pacíficos CC. hechos prisioneros y en vida horriblemente mutilados, para servir de diversion á esas hordas de españoles, en nombre, en fin, de la humanidad vilipendiada en todo lo que tiene de más sagrado y santo, nos dirigimos al mundo civilizado, y en particular á vos, C. Presidente de una nacion ilustrada, para preguntaros:—¿Sabeis lo que pasa en Cuba?—¿Es esto guerra? Sin duda que no lo sabeis; pero nosotras os lo diremos. Aquí las familias huyen despavoridas á impulsos del terror que le causan los hechos que ejecutan nuestros bárbaros enemigos, sufriendo los rigores de la miseria, la sed, el hambre, la desnudez, todas las necesidades, en fin, hijas de aquella, prefiriendo morir en la fragosidad de los bosques, destituidas de todo recurso médico, y lo que hay de más doloroso para su alma cristiana, careciendo de los auxilios religiosos en sus últimos momentos, prefiriendo esto, repetimos, á caer en manos de los que se titulan predilectos defensores del que al espirar allá en la cumbre del Gólgota, nos dijo:—«Todos sois hermanos. Todos sois iguales. Todos sois libres.»—Aquí, esos que se jactan de ser

po necesario. Las frutas del país, alguna res que encontrábamos, las viandas que se cogian al enemigo ó en el campo, solian ser el santo que hacia el milagro de que no nos muriésemos de hambre.

dignos descendientes de Pelayo, del Cid y del Gran Gonzalo, evitan encontrarse con nuestras partidas armadas, para ir en busca de los indefensos, robando, incendiando, talando, en fin, cuanto encuentran á su paso, llevándose las familias que tienen la desgracia de caer en su poder, y que, al llegar á sus campamentos, son objeto de las más groseras burlas, de los más infames tratamientos. ¿Es ésto guerra, repetimos?

«Vos, C. Presidente, y tú, pueblo americano, que no hace todavía un siglo, peleábais por adquirir los mismos derechos que hoy quieren conquistar nuestros padres, nuestros esposos, nuestros hijos, decid: ¿se hizo así la guerra contra vosotros? No, porque vuestros mayores luchaban contra una nacion ilustrada que supo observar las leyes de la guerra y rendir homenaje al derecho humano.— Estas reflexiones nos compelen á elevar nuestra súplica á vos, C. Presidente, á tí, pueblo americano, que con tanta dignidad sabeis sostener los derechos de vuestra nacion, á elevar nuestra voz, repetimos, desde el fondo de nuestros corazones, bañados en llanto nuestros ojos, para pedirnos que os digneis dirigir una mirada compasiva, tender una mano protectora á las desoladas hijas de Cuba, que, desde sus escondidas moradas, al cielo elegran sus votos por la felicidad de los pueblos libres, por la union universal á que aspira la ciencia sin cesar, y porque la humanidad deje, en fin, de ser ultrajada, mediante la regularizacion de la guerra.—P. y L. Noviembre 30 de 1870.»

Dice *El Cubano Libre*, que ésta exposicion iba firmada por 400 señoras. No sé si así seria ni si llegaria á su destino; lo que sé, es que, si no la firmaron 400, se la leyeron á muchas más.

La necesidad en que se veían muchas veces nuestras tropas de abastecerse á sí mismas, principalmente de carne, porque aquella guerra anómala no habia permitido organizar por completo este servicio, fué también causa de grandes fatigas para nuestros soldados, y les hizo correr frecuentes peligros. Voy á referir á este propósito un suceso curioso, cuasi cómico, que tuvo lugar en Julio de 1870, uno de los períodos de más actividad en las operaciones.

El batallón de artillería á pié estaba acampado en Vazquez: á consecuencia de carecer de carne, tuvimos que salir á buscar reses, formando con este objeto una columnita de 100 hombres. El ganado escaseaba por los alrededores, y no fué posible encontrarlo hasta el punto llamado Sabana la Mar, distante unas doce leguas del de salida. Para eludir todo encuentro con el enemigo, teníamos que hacer marchas forzadas, á pesar de un temporal de lluvias, que no cesó, y utilizar los caminos más secretos, aunque no fuesen los mejores. Después de emplear dos días en la ida y otros dos en hacer con gran trabajo cien mancuernas, emprendimos la vuelta al campamento.

El lúgubre gritar con que se conducen las reses hizo sin duda apercibirse al enemigo de nuestro paso. A media mañana, y cuando escasamente habríamos caminado dos leguas, sin poder apenas ocuparnos de establecer una extrema vanguardia y destinar algunos hombres que explorasen el camino, porque el ganado no habia perdido la querencia al paraje en que se habia criado y pugnaba furioso

por volverse, dándonos mucho trabajo, llegamos á una finca llamada *El Paraiso*, que, á pesar de estar destruida como todas, nos hubiera servido para tomar algun descanso. Era, al efecto, pintoresca: abundaban en ella los árboles frutales y terminaba en un bellissimo claro, por entre cuya verde hierba jugueteaba un cristalino arroyo que, bajando de una colina cubierta de espeso bosque, nos brindaba con sus frescas aguas. Pero no nos fué posible aprovechar aquella ocasion que la suerte nos deparraba. El enemigo nos esperaba emboscado, é hizo una descarga á nuestra vanguardia, que se habia adelantado para reconocer el terreno. Heridas algunas reses y espantadas las restantes, empezaron á huir en todas direcciones, rompiendo cercas y arastrando cuanto encontraban, sin que el esfuerzo de los soldados fuese bastante á contenerlas en su impetuosa y descompuesta carrera.

En el momento de dirigirme á reforzar la vanguardia, oí gritos de espanto que, en inexplicable confusion, daban los soldados á retaguardia. Como no se oía ningun tiro, sospeché que el grueso del enemigo se habria emboscado á retaguardia, y que después de llamarnos la atencion por la vanguardia, *entraba á machete* sobre la columna. Volví al punto á socorrerla; pero los soldados que salian de entre los árboles me suplicaban con voz compungida que me volviese, y todos huian despavoridos. Penetré, sin embargo, en el lugar de la confusion, pero tuve que salir más que de prisa: era que el ganado en sus revueltas habia derribado todo un colmenar, y las abejas se arrojaban furiosas sobre

las reses y sobre los soldados que luchaban por sujetarlas.

Este suceso novelesco, digno, al parecer, de figurar entre las aventuras de los andantes caballeros, tenía en aquellas circunstancias verdadera seriedad. Estábamos rodeados de fuerza enemiga y no sabíamos en qué número, qué posiciones ocupaba ni cuál era el punto por donde principalmente habíamos de defendernos y por cuál atacarle con mayores ventajas: sólo sabíamos que nos había hecho una descarga, é inferíamos lógicamente que intentaba, cuando ménos, oponerse á nuestro paso.

La lluvia y el ganado y las abejas, aunque daban mucho que hacer, hubieran sido cosas llevaderas y hasta dado motivo de broma; pero, embarazados por la lluvia, arrastrados en todas direcciones por el ganado, que queria escaparse; acometidos por las abejas, que nos comian; tener encima al enemigo y no saber cómo defenderse de él, era muy pesado para broma y demasiado real para aventura de novela.

Afortunadamente el enemigo no resistió mucho tiempo el fuego y huyó á nuestras primeras descargas, dejándonos libre el camino. En cambio, se nos volvieron muchas reses, despues de habernos costado el trabajo de cogerlas y conducir las, y quedaron tan soliviantadas las demás, que hicieron necesario emplear tres dias para llegar al campamento.

Si pesados son los trabajos y grandes las penalidades que la guerra de Cuba impone á nuestro ejército, mayores y más continuos son todavía los que sufren los insurrectos. Las tropas españolas no ne

cesitan ordinariamente procurarse los medios de subsistencia, y tienen en todo caso puestos seguros donde reponerse de sus fatigas; pero los rebeldes, además de los trabajos y sufrimientos propios de la guerra, tienen los de procurarse toda clase de víveres y nunca encuentran puesto seguro que los ponga al abrigo de nuestra persecucion. Cuando para tomar el necesario descanso, despues de rudas fatigas, se internan en lo más oculto del monte, son frecuentemente descubiertos en sus guaridas y tienen que emprender nuevos y más penosos movimientos.

Los mismos negros venidos de Africa, ó nacidos en Cuba, llamados criollos, aunque acostumbrados á fuertes trabajos y á la esclavitud, padecen tanto en la vida errante de los rebeldes, que mueren muchos extenuados por la necesidad ó víctimas de la fatiga. Los hombres de campo, aunque acostumbrados á una vida ruda aún en tiempo de paz; aunque familiarizados con las intermitentes y demás enfermedades propias de aquel clima; aunque habituados desde niños á pasar la noche á la intemperie y á alimentarse con poco, pues en el campo comian cuando más una galleta ó el *buniato salcochado*, que les servia de pan; aunque, conocedores del país, pueden encontrar fácilmente recursos y sacar partido de todo, se arrepienten de haber emprendido aquella vida, y darian en muchas ocasiones su libertad por poderla abandonar.

Calcúlese por aquí qué será de los hombres que salieron de las poblaciones y estaban acostumbrados á ciertas comodidades. No es extraño que des-

pues de salir al campo llenos de ilusiones y dispuestos, al parecer, á acabar con el ejército español, hayan emigrado en su mayoría y emigren, ó se presenten á nuestras columnas; que no es lo mismo hablar con calor junto á la mesa de un café, que pasarse los meses enteros á la inclemencia y á medio comer, corriendo por espesos bosques, sin poder conseguir un día de seguro descanso para reponerse de tanta fatiga. Díganlo, si no, tanto incauto jóven como se dejaron seducir en un principio por las predicaciones de los que les prometian felicidad.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

¿Por qué se prolonga la guerra de Cuba?—Los insurrectos no pueden esperar en nuestro cansancio, ni en una intervencion armada de los Estados- Unidos.—Una anexion ofreceria gravisimos peligros, y les haria más desgraciados.—Su independencia les seria desastrosa, y daria por resultado la ruina de la Isla.

I.

La prolongacion de la guerra de Cuba, á pesar de que la causa rebelde es combatida dentro y fuera de sí misma por tanto y tan poderoso elemento, es un fenómeno que debe llamar la atencion de los hombres pensadores.

Si no estudiásemos dicha guerra, puede decirse aquí, aplicando ideas de Villamartin, más que bajo el punto de vista de la organizacion material de las tropas, de su número y movimientos, sujetos ó no á las reglas de los maestros, de sus triunfos y der-

rotas respectivas, ¿cómo podría explicarse ese fenómeno? ¿Cómo una nación poderosa, con un ejército comparativamente formidable no ha dado ya al traste con esa rebelion? Existe, pues, alguna causa que prolongue su castigada existencia.

Si la tenaz astucia de los laborantes no encontrase algun pretexto que, explotado con destreza, pudiese encontrar eco, aunque vago, en el corazon de aquella conturbada sociedad, es seguro que despues de tan continuos y tan terribles desengaños, no quedaría otra cosa de aquella rebelion que las ruinas como testigos y el doloroso recuerdo de las desgracias que viene ocasionando. Para sostenerse no tiene en armas más que 5 ó 6.000 hombres, y si bien es verdad que les favorecen las condiciones topográficas del país y la guerra salvaje que hacen, movidos por el instinto de conservacion, en cambio no tienen un solo baluarte, un pueblo ni nada en que refugiarse, y les combaten más de 100.000 hombres de ejército y mas de 60.000 voluntarios, que, al cubrir las guarniciones de los pueblos, permiten no se distraigan fuerzas de las operaciones de campaña.

¿Qué es, pues, lo que galvaniza á aquel cadáver, que pudo ser enterrado en 1872? Nuestro deber es buscar la causa de este fenómeno, y, una vez encontrada, extirparla á toda costa. Obrando de este modo, cumpliremos un deber de conciencia y llevaremos á cabo un acto político de inmensas ventajas para España y para Cuba.

Miéntas esto no se haga, mientras «no estudie-
mos la razon de ser de aquella guerra, su esencia,

las causas morales de la fuerza del enemigo, la influencia de la opinion, el espíritu que anima al país y á la época, de nada nos servirá la clásica aplicacion de las reglas, el arte de mover las columnas, la superioridad numérica en hombres y cañones. » El partido rebelde, á pesar de cuantos obstáculos materiales se le quieran oponer, desplegará toda su fuerza mientras reciba el impulso moral de la causa; y si por un esfuerzo incontrastable se le obliga á retirarse, su retirada será tan solo una tregua; en su corazon abrigará más profundo ódio y espiará atentamente la ocasion de poder lanzarse á nuevas tentativas. Busquemos, pues, la causa.

Queda demostrado en la primera parte de esta Memoria que, aun dado que la isla de Cuba tuviera fundados motivos de queja, nunca podria justificarse la rebelion, toda vez que, sin salirse de las leyes, pudo y debió hacerlos desaparecer; queda probado que la insurreccion no obedece á ningun noble sentimiento, ni en su fondo ni en su forma; que no tiene bandera definida y que no es eficaz la manera de combatir ni los medios de que se valen los insurrectos para apoyarla. ¿Por qué, pues, se prolonga la guerra? ¿En qué fundan los insurrectos sus esperanzas de triunfo? Los recursos se les acaban; sus familias sucumben; no tienen un solo hombre que sea capaz de organizar ejércitos y mandarlos, ni de ponerse con ácierto al frente de su soñada república. No cuentan con las simpatías de los hombres de arraigo del país, ni con proteccion formal y sería de los de fuera. ¿En qué esperan? ¿Será en el tiempo como su mejor ejército y nuestro ma-

yor enemigo? ¿Acaso en nuestro cansancio? ¡Ilusion! El pueblo español no cesa cuando se empeña en una empresa.

No nos cansamos cuando nos trabajaban tantos y tan encontrados elementos que ocupaban nuestra atencion, ¿y nos cansaremos ahora que hemos entrado en un período normal; ahora que tenemos una bandera y un sistema de gobierno definido; ahora que se acabó la guerra cantonal y carlista, y todas las miradas se dirigen á Cuba? No desmayamos, cuando, heridos de muerte en el corazon, solo podiamos llevar paliativos al padecimiento de la extremidad, ¿y desmayaremos ahora que, curado el corazon, late acompasadamente y da señales de salud y robustez? ¡Ah! no, el pueblo español no desmaya: podrá, sí, tener períodos de mayor ó menor entusiasmo; podrá remitir algun tanto, y á cortos intervalos, la calentura del Leon de Castilla; pero siempre está firme en su idea. A pesar de las vicisitudes de los últimos tiempos, á pesar de las hondas divisiones producidas entre nosotros por cuestiones domésticas, con respecto á Cuba ha sido constante el pensamiento, y todos los Gobiernos han mandado allí buenos refuerzos.

Y no se diga que los insurrectos son tambien españoles, y por lo tanto de las mismas dotes de carácter; que esto no es así. Los que se llamaron españoles nunca demostraron esas dotes, ni en el campo ni en la emigracion; los que hoy continúan en la insurreccion, son, en su inmensa mayoría, gente de color y advenedizos sin las elevadas condiciones de los que se baten por su pátria; que los

africanos no pueden sentir patriotismo en Cuba. Si ya no han desertado, es porque van engañados ó invenciblemente comprometidos; pero desertarán en el momento en que les hablemos un lenguaje que conocemos perfectamente, y atendamos á sus aspiraciones en lo que tienen de atendibles. Esto lo saben bien todos los cabecillas.

¿Esperan en una intervencion armada de los Estados-Unidos?

¡Torpe ilusion; que les ha cegado y empobrecido, despues de haberles hecho objeto de la burla sangrienta que mereció su inexperta credulidad!

Oigan los insurrectos de hoy, si quieren aprender á ser cuerdos, lo que con admirable prevision decia sobre esta materia D. José A. Saco, persona nada sospechosa para ellos:

«En los hábitos utilitarios y espíritu positivo de aquella República, no es probable que ella arriesgue su dinero en empresa tan aventurada. Atrévome á asegurar que, mientras sean cubanos los que dieren la cara, quedándose al paño los norte-americanos, toda su proteccion consistirá en la tolerancia de ciertos actos que, aunque reprobados por el derecho de gentes, no comprometan la paz entre ellos y España. Yo quisiera infundir mis ideas á todos mis compatriotas; quisiera que desconfiasen de todas las promesas, aunque saliesen de la boca del mismo presidente; y quisiera que ninguno se prestase incautamente, á pesar de la mejor intencion, á ser juguete de planes é intrigas que, si se frustran, sólo perjudicarán á Cuba y á sus hijos, y si se realizan, aprovecharán á los que nada pierden ni

arriesgan. A ser yo conspirador, exigiria al Gobierno de los Estados-Unidos que... empezase por preparar una escuadra y un ejército de 25 á 30.000 hombres, etc.

«Pero ¿cuáles serian las consecuencias? Mucho se engañan los que piensan que el Gobierno español se dejaria arrebatar la importantisima isla de Cuba, sin una defensa desesperada. Mal calculan los que se fundan en la debilidad de España. Débil es acá en Europa, en una guerra ofensiva; débil allá en América, para reconquistar las posesiones que ha perdido; pero en Cuba es fuerte, y muy fuerte, para arruinar á los cubanos; y su fuerza principal estriba en los heterogéneos y peligrosos elementos de su poblacion; ¿Por ventura está el gobierno de Cuba tan destituido de recursos, que, dueño como es de toda ella, no pueda resistir por algun tiempo á los invasores? ¿No cuenta con un ejército respetable y fiel á toda prueba, pues que todo se compone de españoles europeos? ¿No armaria á miles á los peninsulares, residentes en aquella isla, y que, sin familia cubana que los ligue, servirian gustosos en la causa de la madre patria? Y prolongada la lucha, no meses, sino solo semanas, ¿qué brazo poderoso podrá impedir la destruccion de *Cuba para los cubanos*? Empeñada la guerra, cualquiera de los dos partidos que flaquease, y sobre todo el español, ¿no llamaria en su auxilio á nuestro más formidable enemigo? ¿No lanzaria el grito mágico de libertad, reforzando sus legiones con nuestros propios esclavos? Y cuando esto sucediese, que infaliblemente sucederia, ¿dónde está la ven-

tura que encontrarían los cubanos, peleando?.. Aun cuando ninguno de los partidos beligerantes llamase en su socorro auxiliares tan peligrosos, ellos no permanecerían tranquilos. Si hoy lo están, en medio de la ardiente atmósfera que respiran, debido es á la union saludable en que viven todos los blancos; pero el dia en que el trueno del cañon los separe, ese dia podrán renovarse en Cuba los horrores de Santo Domingo. Moveránse allí los africanos por la fuerza de sus instintos; moveránse por los ejemplos que les ofrecen las Antillas extranjeras; moveránse por el fanatismo de las sectas abolicionistas, que no dejarán escapar la preciosa coyuntura, que entonces se les presentaría para consumir sus planes; moveránse, en fin, por los resortes de la política extranjera, que sabrá aprovecharse diestramente de nuestros errores y disensiones.*

He copiado hasta el fin este pasaje para que se vea la claridad con que, á pesar de sus tendencias é historia, comprendió y predijo el Sr. Saco, hace más de veinte años, cuanto sucedería y está en parte sucediendo.

Y tenia razon: los Estados-Unidos no pueden ser para Cuba lo que en un concepto ha sido Inglaterra para España y pueden serle muy fatales en el opuesto.

El Gobierno de los Estados-Unidos, más que su pueblo, vería tal vez con agrado el sostenimiento de la guerra de Cuba; pero nunca puede inspirarle interés, porque, si quiere extenderse en dominacion territorial, tierras tiene donde hacerlo sin fiebre amarilla, sin pasar la mar y sin peligro de

complicaciones. Si su deseo es hacer bien y mejorar, dentro de su casa tiene materia en que entretenerse. Posible es que haya acariciado en momentos de irreflexion el amor de la hermosa y rica dama, siquiera por lo deferente que se mostraba, ó por las declaraciones que claramente hubo quien se atrevió á hacer en su nombre; pero sea porque conoció que tenia malos rivales; sea porque se hizo cargo de que la hermosa era plagada á enfermedades; ó porque vió las espinas de la flor de sus ilusiones, se contentó con ser amante platónico y con vender á los padrastrós que se la ofrecian armas y material viejo para limpiar sus almacenes, y armamento nuevo á la solícita madre. A cambio de vagos ofrecimientos y palabras pomposas, que alucinando á muchos, á nadie salvan en la hora del peligro, tomó á los emigrados el dinero que prodigamente tiraban, porque creian inagotables los veneros de donde lo sacaban, dejándolos como no podia ménos, exhaustos y sin la soñada proteccion.

Básteles la sonrisa burlona con que New-York, Boston, y otras ciudades presenciaban sus manifestaciones, á las cuales no es necesario decir quién y porqué se asociaban; que por desgracia conoce la Península lo que son, lo que significan y consiguen semejantes manifestaciones.

Las relaciones cordiales que en la actualidad nos unen con el Gobierno de los Estados-Unidos, desde que dejó el poder el último Presidente, demostrará á los insurrectos que se han curado del atentado abusivo del *Virginus*, la más terminante manifes-

taeion del gobierno del general Grant en favor de aquella causa.

Y ya que de esto hablo, diré mi opinion sobre aquel suceso.

Creo que si los Estados-Unidos, abusando de nuestras circunstancias, nos exigieron entónces aquella satisfaccion, no lo harian ahora aun sin la experiencia de aquellos sucesos, que juzgo provechosa para España, para Cuba y para los mismos Estados-Unidos.

Los Estados-Unidos saben, como todo el mundo, que en malas condiciones tambien, dominado y ocupado subreptíciamente nuestro país por el primer ejército del siglo, guiado por el capitán que le paseó triunfante por toda Europa hasta el corazon de Rusia y se hizo árbitro de los destinos del viejo mundo, supimos desbaratar sus planes de conquista y eclipsar aquí en nuestro cielo su hasta entónces fulgurante estrella, para que despues fuera á apagarse en las aguas de Santa Elena.

No olviden los Estados-Unidos que hicimos esto cuando se nos creía en la convulsion de nuestra agonía, y que, si bien es verdad que entónces nos ayudaron los ingleses, posible es que tambien hoy tuviéramos ingleses que nos ayudasen. «Cualquier gestion formal de los Estados-Unidos en favor de Cuba descubriria que tenian una ambicion que alarmaria á las naciones, poseedoras de colonias en aquella parte del mundo. No sé si todas ellas, creyéndose amenazadas, harian causa comun con España; pero Inglaterra, que es cabalmente la que más tiene que perder, haria cuanto estuviese de su

parte para evitar hasta el peligro de que Cuba quedase sometida al poder de aquellos Estados. Ella, pues, abierta ó solapadamente, segun creyera que mejor cumplia á los fines de su política, se mezclaría en la contienda, y sus parciales en Cuba serian más numerosos que los de la República americana, pues ésta, á lo más, contaría solo con los cubanos; mas aquella reuniria en torno suyo á los peninsulares, porque defenderia los intereses de España, y á todos los individuos de raza africana, porque éstos saben que ella hace á los esclavos libres y á los libres ciudadanos. Es, pues, lo regular que Inglaterra proporcionara recursos á España para que continuase la guerra y permitiese que en Jamáica y en sus otras islas vecinas reclutase soldados.»

No olviden los Estados-Unidos, aunque prósperos, su falta de unidad, sostenida por más de una causa; su honda division interior, tan puesta de manifiesto en la última eleccion presidencial, acusa una herida que no se cicatriza; y últimamente, lanzados á una guerra impopular, su corto ejército, mercenario en parte, y su vieja marina, que no han medido sus fuerzas en lucha exterior, ni las han ensayado en verdaderas pruebas, no tendrian el entusiasmo patrio suficiente para escribir en su historia Trafalgares y Lepantos; no basta para esto que su brillante industria pueda construir en corto plazo armas y barcos; es necesario tener además quien empuñe aquellas y sirva éstos con un entusiasmo que no da el dinero.

Aun en el caso improbable, dados ciertos celos,

de que nuestra causa tuviese ménos simpatías en Europa, sólo con los corsarios que se improvisarian en nuestras provincias del litoral, tendríamos bastante para destruir su comercio y paralizar su industria, arterias principales por donde circula la sangre que les da la vida. La presencia de nuestra escuadra en aquellas aguas haria renacer con potente vigor las antiguas enemistades de los Estados del Sur, que verian una ocasion propicia para el logro de sus deseos.

Llevado de mi entusiasmo, he dejado correr la pluma más de lo necesario. Los cubanos confunden la gente de bullanga de los Estados-Unidos, entre los que hay muchos emigrados, que á veces parecen rodear á aquel Gobierno, porque sabe halagarlos y servirse de ellos, con los hombres del país verdaderamente serios y sensatos: honrados estos, inteligentes y amantes del orden y de la paz, base de su riqueza, la aprecian lo suficiente para que se expongan á perderla por cualquier cosa, y cualquier cosa sería para ellos Cuba, si se tiene en cuenta cómo quedaria despues de nuestra defensa.

Acostumbrados á ese sistema de gobierno, con el que les va bien, oyen con indiferencia y se rien de muchas cosas que se dicen; pero si hubiera tomado la cuestion verdadera seriedad, hubieran impuesto su opinion y deseo, porque son el verdadero país constitutivo y contribuyente, y sus intereses los primeros, si no los únicos, que se podrian comprometer.

Si no pueden contar los insurrectos con la intervencion directa, séria y formal de los Estados-Uni-

dos, mucho ménos se pueden prometer la de ninguna otra nacion. Si alguna tiene aun simpatías por su causa, es porque ne conoce el origen y tendencias de la lucha, y la suponen hija de un santo deseo de libertad.

II.

¿Será, por ventura, que los rebeldes todavía no han renunciado del todo á sus antiguas ideas de *anexion* á los Estados-Unidos?

No lo creo, no es creible, y mucho ménos cuando todos los cubanos deben conocer las lecciones que sobre esta materia les dió el mencionado Sr. Saco. Pero por si quedase alguno que aun soñase con aquella idea, bueno será transcribir los párrafos de dicho señor, que contienen, además, muy provechosas enseñanzas:

«Contemplando lo que Cuba es bajo el Gobierno español, y lo que seria incorporada á los Estados-Unidos (esto decia el Sr. Saco), parece que todo cubano debiera desear ardientemente la *anexion*; pero este cambio tan halagüeño ofreceria al realizarse grandes dificultades y peligros.»

«La incorporacion solo se puede conseguir de dos modos: *pacíficamente* ó por la *fuerza de las armas*. Pacíficamente, si verificándose un caso improbable, España, regalase ó vendiese aquella Isla á los Estados-Unidos, en cuya eventualidad la trasformacion política de Cuba se haria, tranquilamente y sin ningun riesgo. Por lo que á mí toca, y sin que se crea

que pretendo convertir ningun cubano á mi opinion particular, debo decir francamente que, á pesar de que reconozco los ventajas que Cuba alcanzaria formando parte de aquellos Estados (en esto se hacia ilusiones el Sr. Saco), me quedaria en el fondo del corazon un sentimiento secreto por la pérdida de la *nacionalidad Cubana*. Apenas somos en Cuba 500.000 blancos, y en la superficie que ella contiene, bien pueden alimentarse algunos millones de hombres. Reunida que fuese al Norte de América, muchos de los peninsulares que hoy la habitan, mal avenidos con su nueva posicion, la abandonarían para siempre; y como la feracidad de su suelo, sus puertos magníficos y los demás elementos de riqueza, que con tan larga mano derramó sobre ella la Providencia, llamarían á su seno una inmigracion prodigiosa, los norte-americanos dentro de poco tiempo nos superarian en número, y la anexion, en último resultado, no seria *aneacion*, sino *absorcion* de Cuba por los Estados-Unidos. Verdad es que la Isla, geográficamente considerada, no desapareceria del grupo de las Antillas; pero yo quisiera que, si Cuba se separase por cualquier evento del tronco á que pertenece, siempre quedase para los cubanos, y no para una raza extranjera.»

«Nunca olvidemos (escribia el Sr. Saco á uno de sus amigos) que la raza anglo-sajona difiere mucho de la nuestra por su origen, por su lengua, su religion, sus usos y costumbres, y que, desde que se sienta con fuézas para balancear el número de cubanos, aspirará á la direccion política de los negocios de Cuba, y lo conseguirá, no sólo por su

fuerza numérica, sino porque se considerará como nuestra tutora ó protectora, y mucho más adelantada que nosotros en materias de gobierno. Lo conseguirá, repito, pero sin hacernos ninguna violencia, y usando de los mismos derechos que nosotros. Los norte-americanos se presentarán ante las urnas electorales; nosotros tambien nos presentaremos; ellos votarán por los suyos y nosotros por los nuestros; pero como ya estarán en mayoría, los cubanos serán excluidos, segun la misma ley, de todos ó casi todos los empleos: y doloroso espectáculo es, por cierto, que los hijos, que los amos verdaderos del país se encuentren en él postergados por una raza advenediza. Yo he visto esto en otras partes, y sé que en mi patria tambien lo veria, y quizá veria tambien que los cubanos, entregados al dolor y á la desesperacion, acudiesen á las armas y provocasen una guerra civil...»

«El otro medio de conseguirla sería por *la fuerza de las armas*. Pero, ¿podemos los cubanos empuñarlas sin envolver á Cuba en la más espantosa revolucion? ¿Con qué apoyo sólido contamos para triunfar de la resistencia que encontraríamos? ¿Entramos solos en la lid, ó auxiliados por el extranjero? Examinemos separadamente lo que sucederia en cada uno de estos casos.

»De raza africana hay en Cuba como 500.000 esclavos y 200.000 libres de color. Los blancos, unos son criollos y otros peninsulares; y aunque aquellos son más numerosos, éstos son más fuertes, no solo por la identidad de sentimientos que los une, sino porque tienen exclusivamente el poder, el

ejército y la marina, y ocupan además todas las plazas y fortalezas de la Isla. Ilusion sería figurarse que los peninsulares se adhiriesen en las actuales circunstancias al grito de los cubanos en favor de la anexión. Habría tal vez entre los ricos un cortísimo número que, deslumbrados con la idea del valor que pudieran adquirir sus propiedades, depusiese su españolismo y se acogiese al nuevo pabellón. Pero la inmensa mayoría se mantendría fiel al estandarte de Castilla. Opondránse, pues, por fuerza a confesar que los españoles en América son más españoles que en España; porque habiendo perdido ya sus admirables colonias en el nuevo continente, el orgullo nacional les obliga á defender á fuego y sangre, el único punto importante que les queda; porque desde Cuba pueden fomentar todavía su comercio en varios países de América, y aun adquirir en ellos alguna influencia política; porque todas las industrias que hoy los enriquecen pasarían á los norte-americanos, pues no podrían entrar en competencia con rivales tan activos y tan diestros; porque, en fin, de amos de Cuba descenderían á un rango inferior; y si á todos los hombres siempre es duro este sacrificio, al español le sería insoportable, no solo por el recuerdo de lo que fué en aquellos países, sino por la intolerancia de su carácter y el odio con que mira la dominación extranjera. Si los españoles deploran, y en mi sentir con razón, el triunfo de los Estados- Unidos en Méjico, que ya no les pertenece, ¿cómo podrían unirse á los que vienen á despojarlos de una propiedad que tanto estiman? No hay, pues, que

contar con su apoyo, ni aun con su neutralidad, y tengamos por cierto que en cualquiera tentativa armada por la anexión los encontraremos en el campo enemigo.»

«Pero yo he supuesto lo que no es. He supuesto que todos los cubanos desean y están dispuestos á pelear por la incorporación. Es muy fácil que los hombres se engañen, tomando por opinion general la que solo es del círculo en que ellos se mueven; y yo creo que en este error incurrirían los que se imaginasen que los cubanos piensan hoy de un mismo modo en punto á la anexión.... Si el país á que hubiésemos de agregarnos fuese del mismo origen que el nuestro, Méjico, por ejemplo, suponiendo que este pueblo desventurado pudiese darnos la proteccion de que él mismo carece, entonces, por un impulso instintivo y tan rápido como el fluido eléctrico, los cubanos todos volverían los ojos á las regiones de Anahuac. Pero, cuando se trata de una nacion extranjera, y más extranjera que otras para la raza española, extraño fenómeno sería que la gente cubana en masa, rompiendo de un golpe con las antiguas tradiciones, con la fuerza de sus hábitos y con el imperio de su religion y de su lengua, se arrojase á los brazos de la confederacion norte-americana. Este fenómeno sólo podrá suceder, si, persistiendo el Gobierno metropolitano en su conducta tiránica contra Cuba, los hijos de esta Antilla se ven forzados á buscar en otra parte la justicia y la libertad, que tan obstinadamente se les niega. Aun en las ciudades de la Isla, donde más difundida pudiese estar

la idea de la anexión, mirarian ésta con repugnancia los que viven y medran contentos á la sombra de las instituciones actuales; los que obligados á pasar por el nivel de la igualdad americana, perderian el rango que hoy ocupan en la jerarquía social; y si á ellos se junta el número de los indolentes, de los pacíficos y de los tímidos, resultará que el partido de la anexión no será muy formidable. ¿Y esta fracción, que seguramente encontraría al frente suyo á otra más poderosa, esta fracción es la que podría salir vencedora en empresa tan arriesgada?

«Admitamos por un momento que ella llegase á triunfar. Seguiríase de aquí que, habiendo sido los cubanos bastante fuertes para sacudir por sí solos la dominación española, deberían constituirse en estado independiente, sin agregarse á ningún país de la tierra. Así pensarían unos, pero otros estarían por la anexión; y esta divergencia de pareceres en punto tan esencial, encontraría las pasiones de los partidos y podría ocasionar grandes conflictos.»

«Mas, concédase que todos los cubanos caminan de acuerdo y piden á una la anexión; todavía quedan pendientes otras dificultades muy graves. En la confederación americana, los Estados del Norte, justamente alarmados de la preponderancia que van adquiriendo los del Sur, están resueltos á combatir la agregación á la República de nuevos Estados de esclavos; y la reciente determinación que se acaba de tomar, prohibiendo la esclavitud en el Oregon, es un anuncio de los obstáculos que encontraría la incorporación de Cuba, pues no hay

duda que con ella se rompería de una vez el equilibrio entre el Septentrion y el Mediodía. Encarnizada sería la contienda entre partidos tan opuestos; y si, cuando la cuestion se presentase no estuviese reunido el Guerro legislativo americano, único juez competente para decidirla, sería menester aguardar á que de nuevo se juntase, quedando Cuba entre tanto entregada á la más terrible incertidumbre y expuesta á los embates de los elementos internos y externos, que podrian conjurarse contra ella.»

«Reflexionemos, por otra parte, que la incorporacion de Cuba en los Estados-Unidos turbaria necesariamente las relaciones pacíficas entre ellos y España. Sabido es que allí hay un partido de la guerra, de la funesta escuela de Jackson, pero tambien hay otro, muy numeroso y muy respetable de la paz; y la lucha que se trabase entre los dos, bien podria conmover hasta los fundamentos de la república. No es, pues, tan fácil como se cree, aun suponiendo á Cuba triunfante, su agregacion á los Estados-Unidos. ¿Pretendemos acaso parodiar la anexion de Tejas? Pero el caso es absolutamente desigual. Cuando Tejas se alzó contra Méjico, su poblacion se componia de norte-americanos; no habia potencias interesadas en agitarlo; carecia de negros y de esclavos; y su independenciam no solo fué reconocida por los Estados-Unidos, sino por Inglaterra y otras naciones. ¿Serian estas las circunstancias de Cuba, que, para echarse en los brazos de la república americana, escoge el momento crítico de hacer su insurreccion, sin aguardar á consti-

tuirse en gobierno independiente, ni á ser reconocida por otras potencias? Y si resultase, lo que nadie puede tener por posible, si resultase que los Estados-Unidos no quisiesen recibirnos, como miembros de su gran familia, ¿qué sería entonces de Cuba, cuando en el concepto de los mismos anexionistas, ella no puede existir por sí sola? Forzosa consecuencia sería, ó tender de nuevo el cuello al yugo español, ó condenar la Isla á una ruina inevitable.»

He preferido tomar del Sr. Saco estas razones, á dar las que tenía escritas, porque viniendo de persona tan autorizada entre los insurrectos, podrán estos considerarlas en toda su imparcialidad, y convencerse ante la fuerza de su irresistible lógica.

III.

Tal vez por estar penetrados los cubanos de las razones que explana el Sr. Saco en los párrafos que he transcrito en el artículo anterior, han desistido en su mayoría de toda idea de *anexion*, y dicen que hoy solo pelean por su *independencia*.

Sea enhorabuena; pero aparte de que, como he dicho, sueñan un imposible, soñando emanciparse de la Metrópoli, esa ansiada independencia, aun conseguida sin que les costase arruinar antes á sus familias, ni deshorrar su nombre, ni arrasar sus campos, ni anegar la Isla entera, vestida de luto, en un mar de lágrimas y de sangre, ofrecería inconvenientes tan graves como la *anexion*, y aca-

baria por acarrearles en breve tiempo su propia perdicion.

Luego que los habitantes de la isla de Cuba estuviesen en posesion de su independenciam, se dividirian inevitablemente en dos ó tres repúblicas rivales, que se harian entre sí una guerra encarnizada: todos los gobernantes aspirarian á la unidad; pero pretendiendo cada uno el predominio de sus respectivos departamentos. Aun en el supuesto de que todos los habitantes hablasen un mismo idioma, tuviesen una misma religion y se gloriasen de unas mismas tradiciones, lo cual no sucederia por razones fáciles de comprender, habria entre ellos los mismos ódios que entre los habitantes de Haití y Santo Domingo; y los que habian peleado para conquistar su independenciam y librarse de lo que llaman el yugo de la Metrópoli, tendrian que someterse al yugo funesto y cien veces más insufrible de déspotas aventureros.

No hablo en mera conjetura; fundo mis afirmaciones en premisas que ineludiblemente las contienen.

Es un hecho público y notorio, aunque no estudiado todo lo que se debia, que desde muchos años antes de la guerra existe entre el Oriente y Occidente de Cuba un marcado antagonismo, producido, entre otras causas, por la creciente riqueza de algunos pueblos nuevos y de la capital de la Isla, en oposicion con la decadencia de otros pueblos muy antiguos. Aunque una nueva division del territorio ha hecho últimamente tres departamentos de los dos en que Cuba estaba dividida, el Occiden-

tal, que comprende la rica Vuelta-Abajo, el territorio comprendido entre Macurijes, Cárdenas, Matanzas y la Habana y los más importantes ingenios de la Isla, ha quedado más rico y con más población que los dos restantes reunidos. Todo esto ha dado por consecuencia que los hombres más influyentes de los departamentos Central y Oriental miran con creciente envidia al otro departamento y procuren por todos los medios emanciparse, en lo posible, de la Habana en lo gubernativo y mercantil. ¿Qué sucedería después de conseguida la completa independencia de Cuba?

Es tan profunda esta división, y tienen tan hondas raíces los celos entre los diferentes departamentos, que nunca han podido estos ponerse de acuerdo ni aun para los asuntos de común interés. Buena prueba es de ello la diferente acogida que, como hemos dicho, ha tenido en cada uno la insurrección. Los mismos prohombres de la *regeneración de Cuba*, aun en el tiempo en que debieran dar mayores muestras de unión y buena armonía, siquiera por interés de su causa, están divididos y jamás se han entendido ni se pueden entender. Cada uno aspira á ser más que otro, cada uno quiere cosa diferente. Sólo en una están conformes: en destruir la Isla y en calumniar á España y á los españoles.

Por otra parte, los antecedentes de los jefes de la insurrección, afiliados á las lógias masónicas, cuyo secreto, que ellos tal vez no conocen, como instrumentos ciegos de superiores que no se lo comunican, es allí, como en todas partes, destruir el edificio social á pretexto de reformarlo; el carácter que la

rebelion ha presentado en todas sus épocas, y los frutos que ha producido en las poblaciones en que ha dominado, ponen de manifiesto con toda claridad, que los defensores de la *independencia* se proponen repetir en Cuba lo mismo que se hizo en los vireinatos del nuevo continente: despojar de sus fortunas y exterminar, primero á sus enemigos, luego á sus amigos ricos y despues... despues el caos.

En los vireinatos, á los pocos meses de haber estallado la revolucion, ya los primeros directores andaban fugitivos, ó habian muerto á manos de sus mismos secuaces. ¡Pobre Aldama, pobre marqués de Santa Lucía si triunfaran! serian muy pronto víctimas de sus propios soldados.

Las mismas lógias masónicas, numerosas por cierto en Cuba desde antes del grito de Yara, aunque manejadas por un certo número de intrigantes que se hacen obedecer *ciegamente* por los *hermanos* adeptos; aunque debieran tener mucho interés en aparecer unidas para acreditar la bondad de sus fines, nunca se han tratado entre sí como buenas hermanas.

La masonería de Santiago de Cuba donde, segun tengo entendido, habia ocho lógias funcionando, queria tener supremacia sobre la de la Habana, á pesar de que contaba catorce en la misma época. Sus mismos adeptos confiesan que están siempre en pugna, y, segun se desprende de un documento impreso que tengo á la vista, expedido en forma de circular por el GRANDE ORIENTE de Charleston, trabajaron mucho las lógias de la Habana para no

depender del *Supremo Consejo de Colon* de Santiago de Cuba, de quien dependian, sino del GRANDE ORIENTE de los Estados-Unidos.

No hay, pues, otra solucion para Cuba que elegir uno de los dos extremos de este dilema, ó la vida siendo *siempre española*, ó la muerte si deja de serlo. Así lo comprendió seguramente en su claro talento el tantas veces mencionado Sr. Saco, cuando decia á los cubanos: «En nuestras actuales circunstancias, la revolucion política va necesariamente acompañada de la revolucion social, y la revolucion social es la ruina completa de la raza cubana.

Sin duda que los oprimidos hijos de aquel pueblo (aquí descubre sus antecedentes) tienen muchos agravios que reclamar contra la tiranía metropolitana; pero por numerosos y graves que sean, los hombres previsores jamás deben provocar un levantamiento, que, antes de mejorar nuestra condicion, nos hundiria en las más espantosas calamidades. El patriotismo, el puro é ilustrado patriotismo debe consistir en Cuba, no en *desear imposibles* ni en precipitar el pais en una revolucion prematura, sino en sufrir con resignacion y grandeza de ánimo los ultrajes de la fortuna, procurando siempre enderezar á buena parte los destinos de la patria.»

Si yo hubiera estado en condiciones de dar consejos á los cubanos, como el Sr. Saco, en vez de las últimas palabras trascritas, les hubiera dicho las siguientes: El patriotismo, el puro é ilustrado patriotismo debe ejercitarse en Cuba en buscar por medios legales, aunque con dignidad y nobleza,

el remedio de los males, si los hay, y no intentar por nada ni por nadie una revolucion, aun cuando su triunfo fuera «tan cierto como una demostracion matemática.»

Hablando de esta manera hubiera estado conforme con lo que él mismo dice en otra parte. «¿Será, dice, que los cubanos, consideran su suerte tan insoportable que, ciegos y desesperados, quieran entregarse á la venganza y á otras pasiones indignas de sus pechos generosos? Si tal hicieran, las consecuencias pesarian más sobre ellos, que sobre los enemigos de quienes intentarían vengarse.»

CAPITULO II.

Nuevas pruebas de la imposibilidad de que Cuba consiga, hoy por hoy, su independencia.

Como los límites de este género de trabajos no permiten mucha extension, no me detendré á aducir todas las razones que prueban la imposibilidad en que está Cuba de conseguir, hoy por hoy, su independencia. Para desvanecer, sin embargo, hasta las últimas ilusiones de los que aun la esperan, guiados por un sentimiento tal vez noble, más que por el conocimiento de la materia, bueno será apuntar en este capítulo algunas que son de mucho peso y que, en mi juicio, deciden por completo la cuestion.

Es la primera la imposibilidad absoluta de que Cuba pudiese sobrellevar los gastos oficiales que le ocasionaria su nueva calidad de nacion independiente, si habia de serlo con provecho suyo y sin peligros para las demás naciones. ¿Han considerado bien los ilusos á cuanto montarian los gastos de la instalacion y conservacion natural de la República con su poder ejecutivo, sus cámaras, su cuerpo diplomático y consular, su administracion en todos los ramos, su ejército efectivo, su milicia na-

cional y, sobre todo, su marina, pues que siendo Cuba una isla situada en la posición más importante de todo el Nuevo Mundo, había de tener forzosamente una marina poderosa, so pena de no gozar de la consideración que merece y necesita para sí y para el resto de la América española?

El presupuesto de los gastos ordinarios de la Isla en todos conceptos, ascendió en el año normal de 1866 á la cantidad de 26.852,673 pesos fuertes. Es verdad que se recaudó algo más, y que Cuba independiente no tendría algunos de los gastos que tiene Cuba española; pero como en cambio de lo poco que podría eliminar del presupuesto de gastos, tendría que crear las obligaciones inherentes a un pueblo soberano dentro y fuera de sus límites, sucedería sin remedio que se duplicarían por lo ménos los gastos de su pública administración.

Tal vez en el ejército podría hacer algunas economías, reduciendo á menor cantidad los ocho millones de pesos que figuraban en el presupuesto militar de 1866; pero teniendo en cuenta que en esa partida no figuraban los gastos de reclutamiento y enganche personal, ni el costo primitivo de las armas y material de guerra, ni lo que significa el reemplazo de los hombres, se comprenderá fácilmente que en definitiva se aumentarían los gastos del presupuesto militar de Cuba independiente, ó no disminuirían, por lo ménos, los que hoy ocasiona.

Lo que aumentaría extraordinariamente la dificultad, hasta hacerla de todo punto invencible, sería el gasto enorme que ocasionarían las atenciones de la marina, que, aunque en el citado presupuesto

de 1866 solo ascendian á 4.000,000 de pesos, para Cuba serian insoportables, toda vez que España no habia de dejarle su escuadra, y que, por lo tanto, habia de crearla Cuba, pues por las razones indicadas no podria vivir dignamente sin ella.

Si consideramos los gastos que representa la adquisicion y conservacion de este costoso é importantísimo elemento, será necesario convenir en que por cualquier lado que se mire la cuestion, Cuba independiente necesitaría gastar de cincuenta á sesenta millones de pesos cada año en la vida normal de la república, ó dejar de ser un pueblo digno de sus antecedentes y de la situacion geográfica en que Dios la ha colocado.

Para lo primero tendria que duplicar sus ingresos y esto le seria imposible atacando en sus instituciones su pingüe produccion. Al contrario: las rentas de Cuba independiente, solo por el hecho de ser independiente, mermarian, como despues veremos, lo ménos la mitad de lo que hasta ahora han sido; y en este caso todos los elementos que habrian de conservarla como nosotros la tenemos, desaparecerian con el prestigio que hoy disfruta, por mucho que trataran de impedirlo sus nuevos gobernantes.

Las consecuencias entónces serían lamentables: Cuba, dice con razon Ferrer de Couto, arrastraría la vida entre lánguida y desastrosa de su incapacidad, como la que arrastran Santo Domingo y Venezuela, y la supremacia sobre ella y sobre toda la familia hispano americana la ejerceria la América del Norte, sin el respeto que hoy le impone la bandera que flota sobre Cuba.

El que lo dude, que recuerde el éxito respectivo de las expediciones piráticas de Walker á la América central, de las cuales la primera y la segunda, como con entero conocimiento de causa dice el citado Ferrer, pusieron en gran peligro la libertad de aquellos pueblos, y por haber tenido España en Cuba lo que tenia que perder, *fué por lo que se iniciaron desde Europa las gestiones que anularon la tercera, y que dieron á Honduras la gloria de la cuarta.*

II.

La segunda de las razones que debo aducir en este capítulo, es lo mucho que perderia la riqueza, el comercio y la poblacion de la isla de Cuba, si se hiciera independiente.

Para convencerse de ello, no hay más que fijarse en lo que ha ocurrido en Santo Domingo y Jamaica que, como llevo dicho, son las más afines y más inmediatas á nuestra Antilla.

La primera, segun datos oficiales compulsados por el citado Sr. Ferrer de Couto, antes de hacerse independiente, mejor dicho en 1790, exportó de sus productos por valor de 27.828,000 pesos fuertes y en el año 1870, esto es, á los 80 de su emancipacion y ya repuesta del feroz sacudimiento que aquella le hizo sufrir, no pudo contar más que *tres millones* entre importacion y exportacion.

Podria objetarse que esta enorme diferencia ha

tenido lugar en virtud de la sangrienta catástrofe que ocasionó la cuestion de razas, y que tal vez en Cuba no sucederia lo mismo. Aunque esta objecion está ya sobradamente contestada en el curso de la presente Memoria, veamos, para desvanecerla hasta, el fin, lo que ha ocurrido en Jamáica, sin proclamar su independendencia y solo por el hecho de haber desorganizado su trabajo, no tanto quizás como se desorganizaría en Cuba independiente.

De los datos fidedignos que he consultado, resulta que, antes de la desorganizacion del trabajo, representaba su propiedad mueble é inmueble *cinuenta millones* de libras esterlinas, y que en 1850 ya no representaba sino *once millones* poco más; que á los cinco años de desorganizarse el trabajo se habian dejado sin cultivo seiscientas cinco antes ricas propiedades, y que su poblacion decreció desde entónces en las mismas proporciones en que ha ido aumentando la de Cuba.

Méjico, el mismo Méjico, la república mayor de nuestra raza, teniendo más de ocho millones de habitantes y un territorio tan extenso, tan rico y tan feraz, al medio siglo de consolidar su independendencia figura en los Estados-Unidos, mercado natural de sus productos, con una suma muy exígua, si se la compara con la de Cuba.

Por no hacerme pesado no daré cabida á más extensos datos. Baste decir que es una cosa probada, que me seria muy fácil demostrar con la irresistible lógica de los números, que todas esas repúblicas han ido progresiva y considerablemente disminuyendo en productos agrícolas é industriales y

en poblacion desde el dia en que se hicieron independientes.

Por otra parte, el carácter especial de la insurreccion, los antecedentes y la conducta de sus hombres más notables, que jamás han dado muestra alguna de sensatez y cordura, ni motivo alguno para esperar que procederian con el necesario acierto en el Gobierno supremo y en la administracion de la Isla, obligarian sin duda á sus pobladores extranjeros á cambiar de domicilio, pues en la novedad verian para sus personas é intereses graves peligros, y ninguna seguridad práctica y racional de conjurarlos. El capital es de suyo tímido y receloso, y fácilmente huye alarmado de los países que no le inspiran la suficiente confianza. Más de un ejemplo de ello hemos visto en todos los pueblos de la tierra durante sus discordias.

Hay, pues, que desengañarse: Cuba independiente antes de hallarse en sazón, y de que el tiempo transformase radical y acompasadamente su trabajo, seria un nuevo ejemplo de dolorosísimos desastres, imperdonable despues de tan repetida experiencia de lo ocurrido en toda la América española.

¿Y es este el risueño porvenir que al grito de independencia quieren para su patria los cubanos insurrectos?

No, no, para que Cuba sea independiente no basta gritar ¡viva Cuba independiente! Si alguno acaricia esa ilusion, que la deponga; de otro modo, dará pruebas inequívocas de contumaz obcecacion y morirá de desengaño.

III.

Para terminar este capítulo, séame lícito transcribir íntegro un artículo que, con el epígrafe *¿Puede Cuba ser independiente?*, publicó en el año 1872 *El Emigrado*, periódico que veía la luz pública en los Estados-Unidos, el cual ilustra abundantemente la materia.

Dice así:

«Pocas cuestiones hay que más vivamente preocupen el espíritu público y el corazón de nuestros lectores como la que sirve de epígrafe á estos párrafos desaliñados, pero sinceros; porque la posibilidad de la independencia cubana, ha sido para casi todos objeto de cariñoso entusiasmo, de profundas meditaciones, de ardiente deseo; causa de inauditos sacrificios; pretexto de locuras heroicas y sublimes; base de titánicos trabajos, y aspiración veheméntísima de todos los instantes.

»Objeto, causa, base y aspiración lo ha sido también para nosotros; y no ménos lisonjera, no ménos exigente, no ménos firme, no ménos pura ni constante que para cualquiera de los que nos honran, prestando su atención á estos renglones. Hoy la experiencia ruda, la áspera enseñanza de los hechos han simplificado grandemente la solución del que todavía es problema para muchos. Estudiemos, pues, la cuestión en sus aspectos principales, y sirvanos lo ocurrido de faro luminoso que lleve á buen

puerto la opinion de los que á la salud de la patria, sabemos posponer todo sentimiento; de los que creemos que el deber del cubano honrado consiste en salvar á Cuba á todo trance, aunque él perezca en la demanda, ó aunque le amargue sus dias el patriotismo vocinglero, que juzga por exterioridades y desmaya ante la árdua labor de examinar la esencia de las cosas.

»Hemos dicho que la emigracion cubana, de la que nosotros somos fiel eco, se pregunta: ¿puede ser Cuba independiente? Ahora añadiremos que esa pregunta, imperceptible en los principios, porque la ahogaba el entusiasmo, ha ido tomando cuerpo, hasta generalizarse, verse pronunciada en alta voz, y formar hoy la preocupacion más legítima de cuantos se interesan de buena fé por el porvenir de nuestra amada Isla. A esto, que es innegable, sin que con descubrirlo alcancemos otro mérito que el de hacer público un hecho ya notorio, llaman tibieza algunos, casancio otros, falta de fé los más. Para nosotros no hay tal cosa. Nosotros lo llamamos despertar de un letargo profundo; nosotros lo llamamos deseo nobilísimo de llegar á la verdad por todos los caminos; nosotros lo aplaudimos, y saludamos con respeto al que, por afanarse en la obtencion de la verdad, se aparta de las fáciles sendas que conducen al castillo de naipes que se llama palacio de la popularidad.

»Apartemos de nosotros con desden vacilaciones que sientan mal en pechos varoniles, y abordemos de frente esa, como todas las cuestiones.—¿Puede Cuba ser independiente?—Vamos á examinarlo y á

fijar convicciones, prestándolas el sólido cimiento de una argumentacion indestructible.

»Preguntarse si Cuba puede ser independiente: como se lo preguntan ahora mismo casi todos nuestros hermanos, vale tanto como poner en dada desde luego la posibilidad de aquel suceso. Lo que lleva en sí el sello augusto de la verdad se impone por sí propio, sin demostracion de ningun género, es porque existe; y existe, porque és. A nadie se ocurre ponerlo en tela de juicio. Pero cuando el pensamiento vive, desatinado de sí propio, revolviéndose en un círculo vicioso; cuando vislumbra la verdad y parece que no la busca sino para saber mejor como evitarla; cuando retrocede ante el exámen lógico de las consecuencias á que le llevan las premisas que él mismo ha sentado, entónces puede decirse con certeza que ese pensamiento tiene miedo de sus propias especulaciones; que ese pensamiento se oscurece á sabiendas; que la imaginacion y la esperanza luchan por sobornar al juicio severo; y que la duda es el principio involuntario y tal vez inconsciente de una negacion, que solo aguarda para establecerse á que un espíritu osado la formule.

»Pues bien; en esa agonía moral, fecunda en tormentos más que el infierno imaginado por el Dante, viven de un año acá nuestros hermanos. Apellamos á su noble corazon, llamamos á las puertas de su conciencia para preguntarles si es así. Y si es así, resueltos como estamos á llevar todo el peso de la cruz de la verdad que ha caido sobre nuestros hombros debilísimos, concentraremos toda nuestra

energía para formular la negación que los pobres emigrados presentimos, y que ninguno en público se atreve á pronunciar.

»Seamos sinceros, seamos francos, demos tregua al sentimiento, ahogemos el deseo ante las exigencias de la razón, subordinémosle para siempre á los consejos del bueno, del sano patriotismo; y aunque la ingratitud y la calumnia envenenen nuestra existencia, neguemos de una vez lo que no puede lógicamente sustentarse.

»No: Cuba no puede ser independiente; reconozcámoslo sin titubear, porque ese reconocimiento se ajusta á lo que descubre todo criterio recto, y acaso evite todavía el derramamiento de sangre preciosísima que cae en estériles campos de batalla, en vez de nutrir á la patria amada con su sávia fecunda y generosa.

»¿Qué elementos tiene nuestra Isla para conquistar su independencia?—Ningunos, en verdad, más que el indómito valor de sus preclaros hijos. Pero el valor no basta por sí solo, cuando el adversario lo posee en grado igual, y cuenta además con recursos de todo género, con organización inquebrantable, con tenacidad de propósito que no cede á la nuestra. El valor salva la honra, y en Cuba la honra está salvada; pero el valor no basta para cambiar la faz entera de una sociedad, para reconstituir las bases de su vida pública, para llegar á la mayor edad política y tomar puesto entre las naciones de la tierra.

»Valiente es la Irlanda, valientes son los Estados del Sur de la Unión Americana, y su valor militar,

probado en cien campos de batalla, no les ha conquistado la independencia por que suspiran. El valor material se estrella contra obstáculos materiales; y cuando éstos han vencido, hácese preciso llamar á sí al valor moral, harto ménos frecuente y más sublime, para atajar los males que amenguan á la pátria. En el vencimiento no hay deshonra, cuando la resistencia ha sido gloriosa; y el valor está, no en contentar nuestras aspiraciones, sino en aplicarlo al mayor bien del objeto que defendemos.

«Pero aun suponiendo que, en fuerza de prodigios, recabásemos de España la independencia apetecida, ¿es seguro que pudiésemos vivir como nacion independiente? Conquistar es difícil; pero mil veces más difícil es retener y conservar lo conquistado. Si damos de barato nuestra independencia, ¿estamos ciertos de reunir la suma de elementos necesarios para utilizar nuestra conquista? Si nos emancipamos de un gobierno secular, ¿sabremos y podremos gobernarlos por siglos á nosotros mismos? He ahí otro aspecto de la cuestion que tampoco se resuelve en un sentido favorable.

»El curso de la revolucion presente y lo que sobre ella hemos escrito en nuestros tres números pasados, con aplauso de nuestros lectores, demuestran claramente que no seria lícito esperar tanta ventura. Naciendo con elementos prodigiosos, hemos visto la insurreccion apagarse lentamente, y ha llorado sangre nuestro corazon cuando considerábamos que el mayor enemigo del éxito eran las ambiciones desencadenadas de nuestros caudillos, la mala fe de nuestros auxiliares, la falta

de concierto en los subordinados, la ausencia de respeto entre los iguales, y la de consideracion para los inferiores. El mérito ha sido postergado con raras, muy raras excepciones, y exaltado el don de la intriga: el manejo de la cosa pública ha cerrado á la ventura: las leyes que se hicieron no obligaron al poderoso, mientras pesaban de lleno sobre el desvalido; y si estos hechos incontestables han tenido lugar en la revolucion en que más abundantes eran nuestros recursos propios, ¿qué debe esperarse que ocurriera en circunstancias normales, cuando en aquellas de peligro para la patria, aquellas en que todo nos excitaba á aunar las voluntades y á sintetizar las aspiraciones, no hemos tenido la magnanimidad de sacrificar nuestra ambieion á nuestro deber? Pues esta es historia de ayer, ó más bien, historia de hoy; y al narrarla, hemos procurado atemperar nuestros conceptos al espíritu de tolerancia, que es patrimonio de la verdad.

»Hasta aquí hemos demostrado, aunque con honda pena, que nuestra isla de Cuba no puede por sí sola emanciparse de la tutela española; y que los sucesos más recientes inspiran muy legítimas dudas de que acertáramos á cimentar nuestra independencia, en caso de lograrla. Mas ¿qué diremos si por un instante nos paramos á considerar los peligros que amagarian á Cuba, si mendigara del apoyo extranjero su independencia?

»Auxiliares de nuestra emancipacion política no se han de buscar fuera de Cuba, porque no los hay, y los que existen son ó impotentes ó nocivos. Y si nó ¿qué pueblo extraño nos ha sostenido en la pre-

sente insurreccion? Algunos de la América del Sur, tímidamente en las esferas del Gobierno, hasta el punto de ser su auxilio ineficaz, y fuera de ella, son expresiones de simpatía que han regocijado nuestro corazon, pero que nada pesan en los resultados generales. Otros han contribuido aventurosos mal hallados con la paz del mundo, que han sido langosta de la insurreccion. Y no hablemos de la América del Norte, porque sería imperdonable la ceguera de los que aun creyesen en la buena fé de su decantada amistad por el pueblo cubano. Los Estados- Unidos, la única nacion que tiene en América fuerzas suficientes para hacer respetar su voluntad, la nacion tradicionalmente enemiga de España, nos han *mentido* auxilios: no nos los ha *dado*.

«¿Quién cobijó á nuestras juntas revolucionarias y ha permitido el paso á expediciones militares, violando con una y otra cosa el derecho internacional en favor nuestro? ¡Ah, burla sangrienta del destino! ¿De qué nos ha servido lo primero, sine de elemento constante de discordia, y qué nos ha valido lo segundo, fuera de lucrarse con nosotros nuestros *decididos protectores*?

»Ya lo hemos dicho antes de ahora, y en repetirlo seremos incansables: la proteccion de los Estados- Unidos no es más que un medio de desangrar á España y á Cuba, para que, en un momento dado, pueda más fácilmente la Union Americana apoderarse de la presa que codicia. ¿Cuándo, si nó, han hablado aquí los hombres públicos ó ha fulminado rayos la prensa en pró de la libertad cubana, sin

reserva tácita ó expresa? El gran argumento ha sido siempre la posesion eventual de Cuba, como llave del golfo mejicano; y nunca se ha tratado de ayudarnos, sinó de destruirnos hasta dejarnos á merced de la fé púnica de nuestros *generosos auxiliares*.

»Llegára Cuba á ser independiente, y en breve término veria puesto en accion á costa suya el apólogo del lobo y el cordero. ¡Enturbia tanto nuestra amada Isla el agua del golfo en que se baña la Union Americana!

»Que la independencia en ningun caso la obtendríamos sino despues de sostener una lucha desesperada que, aun resultando en el triunfo, daría cabo de nuestros recursos, harto lo enseñan los acontecimientos actuales. Y si en la lucha quedaba la patria desangrada, y expuesta en su vida interior á las convulsiones de la ambicion de sus mismos caudillos, ¿cómo, ni con qué haríamos frente á una segunda guerra, no ya contra España, sinó contra la nacion más pujante de América, nacion cuya base de operaciones distaría diez horas no más de nuestras riberas? O sucumbiríamos al empuje del moderno Atila, ó convertiríamos á la patria en palenque cerrado, en que viniera á luchar la influencia latina en América, contra la influencia de la raza sajona, perdiendo en cualquier caso nosotros la libertad adquirida á tanta costa.

»El problema de si puede ser Cuba independiente se resuelve, así pues, en sentir nuestro, con este dilema inevitable: ó Cuba es Cuba, más ó ménos rica en libertades, pero conservando la fisonomía social que dentro de la gran familia latina consti-

tuye su idiosincrasia, ó de la anarquía interior pasa á la esclavitud de un tirano extranjero, que horraria su nombre, expulsaria á sus hijos, y la ofreceria en pasto á la rapacidad de sus procónsules, en helocæusto á la civilizaci6n del Norte, que sustituye los cañones á la Constitucion, el revólver al arado, y el culto del degradante interés material á la adoracion del Dios de los católicos.

»Mejor dicho, el problema no existe: *Cuba si quiere ser Cuba, no puede ser independiente.*

»Esta es la verdad, que escribimos con dolor profundo, pero que nos dicta la razon amaestrada por los desengaños. Si nuestro criterio se extravía, vuelvännos á poner nuestros hermanos en el sendero de lo justo, y enmienden nuestro error; lo que nosotros buscamos es su mayor bien.

Pero si estamos en lo cierto, si hemos interpretado fielmente, como en conciencia creemos, los sentimientos de la emigracion, si hemos dado forma y cuerpo á opiniones vagas é indecisas, separen de una vez su entendimiento de los falsos patriotas que se afanan por oscurecerlo, para arrebatarnos el fruto del trabajo diario con que se honran á sí propios y honran el nombre de su patria, y lluevan sobre nosotros los dardos emponzoñados de la maledicencia, si en nosotros se fija para víctima expiatoria de un acto de valor cívico que las almas gastadas no se atreverian á intentar siquiera. Nosotros, humildes proletarios de la inteligencia, modestos peones del progreso, nos contentamos con servir á Cuba por los caminos de la verdad, fuente de toda justicia. Ni nos arredra la impopularidad,

ni la popularidad nos desvaneca, ni nos acobardan las amenazas: si lo que propagamos es justo, ello vencerá con el auxilio de los buenos. Y aunque la predicacion no debiera ser para nosotros sinó manantial de sinsabores, aun nos consolaria y fortaleceria la promesa divina: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*»

CAPÍTULO III.

CONTINÚA LA DEMOSTRACION DE QUE NO TIENE RACIONAL FUNDAMENTO LA PROLONGACION DE LA GUERRA DE CUBA.

No es cierto que el deseo de reformas políticas y la resistencia de España á concederlas es la causa de la prolongacion de la guerra. — Poblacion y riqueza de la parte sublevada y de la parte fiel. — España nunca se ha negado en absoluto á conceder las prudentes y justas reformas.

I.

La esperanza de los insurrectos en nuestro cansancio, ni en una intervencion armada de los Estados-Unidos, ni en una anexion, ni en su independencia, cosas de las cuales unas son ilusorias y ridículas, otras imposibles y todas desastrosas para los mismos cubanos, no tiene caractéres suficientes para constituir causa racional de la prolongacion de la guerra.

Veamos ahora si esa prolongacion puede ser debida á alguna de las causas que producen y dan vida á las guerras civiles, segun la opinion de los

más célebres escritores de arte militar, tales como el general Lloy, Jomini, el marqués de Chambray, Villamartin y otros. Al hablar de estas funestísimas luchas, todos les asignan las mismas causas. Para evitar prolijidad, citaré solamente las palabras del último, por la circunstancia de ser español y de presentar en más breves rasgos el conjunto de dichas causas. Hablando de las guerras civiles, dice: «Cualquiera que sea el origen, historia y naturaleza de un país, siempre hay en su forma política algo de contradictorio al resto del sistema; algo que obedece al principio malo si predomina el bueno. Unas veces es importado de otras naciones; otras residuos de métodos de gobierno ya caducos; otras efecto de la violencia con que fué constituido el vigente; algunas están en el antagonismo de las razas que contribuyeron á la poblacion; muchas en la desarmonía entre leyes y costumbres: de cualquier modo, la cohesion entre todas las partes del sistema no puede ser íntima y constante, mientras exista la causa que determina esta desarmonía.»

Hay quien piensa que muchas de las circunstancias expresadas en este pasaje de Villamartin, y la resistencia de España á conceder á Cuba las reformas políticas que pudieran restablecer la perdida armonía, son la causa de que se prolongue la guerra. Yo tambien lo creí así en algun tiempo, tanto que tenia escrito un extenso ensayo sobre las reformas que, en mi juicio, debian auxiliar en Cuba el esfuerzo de nuestro ejército y sobre el modo de llevarlas á cabo sin perturbaciones y sin perjuicio de legítimos intereses creados á la sombra de las le-

yes; pero el tiempo y un estudio más detenido de la materia, me han hecho comprender que las causas enumeradas por los citados autores no son aplicables á la guerra de Cuba, ni tienen relacion alguna con ella. Para que así fuera, era necesario que se verificasen dos cosas, ó una de ellas por lo ménos: primera, que la desarmonía de la isla de Cuba fuese efecto de que la mayoría de sus habitantes sintiese la necesidad de aquellas reformas y tuviese el empeño de que se llevasen á cabo inmediata y simultáneamente; y segunda, que España se hubiera negado arbitraria y despóticamente á otorgarlas. Ninguna de esas dos cosas ha tenido ni tiene lugar. Voy á probarlo por partes.

Ya dije que el deseo de reformas políticas nunca fué el verdadero móvil de la insurreccion, sino el pretexto de que, por exceso de ingratitud é hipocresía, se valieron sus autores para seducir á los incautos y á los mal avenidos con la paz de la patria y con sus mismos intereses: del mismo modo, añado, si hoy invocan las reformas, no son éstas sino el pretexto de que siguen valiéndose para continuar la guerra; pues necesitan seguir haciendo creer que les mueve un noble deseo y fundados motivos, cuando no tienen otro móvil que su tenaz egoismo: habiendo hecho de la guerra su único modo de vivir, y dependiendo de ella toda su influencia, su renombre y cuanto halaga su vanidad, no perdonan medios ni esfuerzos, por supremos que sean, para prolongarla hasta donde les sea posible. Si tan marcada y generalmente se dejase sentir en Cuba la desarmonía de que habla Villamartin, y la

consiguiente necesidad de reformas políticas, es seguro que las sentirían todas las clases sociales, y con especialidad las más ricas é ilustradas, las cuales las hubieran pedido antes que nadie, ó por lo ménos hubieran secundado con más ardor y más prontitud al que hubiera formulado la petición, y seguirían prestando apoyo al que insistiese en reclamarlas. Precisamente ocurrió y aun ocurre lo contrario. La inmensa mayoría de los habitantes de Cuba no piensa en esas reformas, ó al ménos no tiene el empeño de que se lleven á cabo prematura é inconsideradamente. Un estado de la población y riqueza de los distritos sublevados ó que lo estuvieron en algun tiempo, y otro de los que permanecieron siempre fieles á la patria y á sus familias ofrecerá en este punto una prueba concluyente.

Para que sea más perceptible la fuerza de este argumento debo recordar que cuando se lanzó el grito de Yara estaba dividido el territorio de la Isla en tres departamentos con treinta y dos jurisdicciones: el Oriental, que abarca la parte comprendida entre el Cabo Maisí y la línea quebrada de Gibara á Manzanillo por Holguin y las Tunas; el Central, que desde la misma línea se extiende hacia el Oeste, atravesando el Camagüey y terminando en Cinco Villas, y el Occidental que comprende todo el resto de la Isla hasta el Cabo de San Antonio.

El grito de Yara puso desde luego en armas al departamento Oriental, con las ligeras excepciones de las cabeceras de sus jurisdicciones, que persistieron fieles, y de los muchos españoles que vivieron en el campo y se refugiaron en ellas;

poco despues fué secundado por el Camagüey, pero quedando de nuestra parte Puerto Príncipe, Nuevitas y Santa Cruz; y más tarde tuvo eco en parte del territorio de las Villas. El resto de la Isla, aunque los insurrectos hicieron extraordinarios esfuerzos, siempre fué contrario á la rebelion.

He aquí ahora las jurisdicciones que forman el departamento Oriental y el número de habitantes que tenia cada una, segun el último censo anterior á la insurreccion.

Baracoa	10.800	} TOTAL, 255.919
Bayamo	31.336	
Santiago de Cuba.....	91.251	
Guantánamo	19.421	
Holguin.....	52.123	
Jiguani.....	17.572	
Manzanillo.....	26.493	
Tunas.....	6.823	

Las jurisdicciones de Puerto-Príncipe y Nuevitas, únicas que pueden considerarse como completamente sublevadas en el departamento Central, toda vez que en las restantes tuvo la insurreccion muy escasos elementos, nos dan la poblacion siguiente:

Puerto-Príncipe.....	62.527	} TOTAL 68.903
Nuevitas.....	6.376	

Suponiendo generosamente que la mitad de la poblacion total de otras seis jurisdicciones de las Villas se adhirió á la causa rebelde, cosa que de ningun modo sucedió, tendremos los datos siguientes:

Cienfuegos.....	54.034
Remedios.....	47.247
Sagua la Grande.....	51.986
Santa Clara.....	52.644
Sancti Spiritus.....	45.708
Trinidad.....	37.509

289.128

Mitad de esta suma..... 144.564

Total de habitantes de las jurisdicciones sublevadas..... 469.386

De este número hay que restar el de los habitantes de las cabeceras de dichas jurisdicciones, que, excepto los de Bayamo, permanecieron todos fieles, con la particularidad de ser en cada una los más distinguidos, más ilustrados y que más tenían que perder, pues si bien hubo algunas defecciones, especialmente entre la disipada y frívola juventud, quedan sobradamente compensadas con los habitantes del campo, que jamás transigieron con la insurrección. El número, pues, que hay que deducir, es el siguiente:

Baracoa.....	2.364
Cuba.....	36.491
Guatámamo.....	1.735
Holguin.....	4.954
Jiguani.....	1.347
Manzanillo.....	5.643
Tunas.....	1.840
Nuevitas.....	2.208
Puerto-Príncipe.....	30.585

Total..... 87.167

Por lo tanto, siendo 469.386 el número total de habitantes de las jurisdicciones sublevadas y 87.167 el de los de las cabeceras de las mismas, resulta que aun con las exajeradas concesiones que se hacen en este cálculo, la población máxima que apoyó las aspiraciones de la insurrección, apenas ha llegado á 382.219 almas.

Veamos ahora el número de habitantes de la Isla que han estado siempre y están en favor de la causa de España:

	Habitantes.
Bahía-Honda.....	12.773
Bejucal.....	23.748
Cárdenas.....	50.465
Colon.....	64.217
Guanabacoa.....	26.213
Guanajay.....	39.843
Güines.....	62.462
Habana.....	190.332
Jaruco.....	37.571
Matanzas.....	79.913
Pinar del Rio.....	68.926
San Antonio.....	33.886
San Cristóbal.....	28.977
Santa María del Rosario.....	8.046
Santiago de las Vegas.....	15.850
Isla de Pinos.....	2.087
TOTAL.....	745.309
Mitad de la población de los distritos de las Villas y Sagua.....	144.564
Habitantes de las cabeceras de los dis- tritos sublevados.....	87.167
TOTAL DE LA POBLACION FIEL.....	977.040

RESÚMEN:

Poblacion fiel.....	977.049
Idem sublevada.....	382.219
DIFERENCIA.....	594.821

Por no dar excesiva extension á este artículo, dire en suma, como prueba de que es mucho menor la riqueza de la parte sublevada que la de la parte fiel, que de las 629.886 *caballerias* de tierra de que consta la isla de Cuba, se cultivaban al estallar la revolucion, 54.102, de las cuales 41.493 pertenecen á la parte fiel, y solamente 12.609 á la sublevada; que los distritos leales producen azúcar en cantidad seis veces mayor y en calidad otras tantas veces mejor que los otros; que los productos del territorio leal son tres veces mayores en aguardiente, seis veces en miel, contando la de caña y la de abejas y nivelando la diferencia en sus valores; un cuarto mayor en cera y tres ó cuatro veces mayor en tabaco y café, pues los cafetales del distrito del Guantánamo se han mantenido constante y espontáneamente á favor de España y, aunque la cantidad de tabaco que producen los distritos leales es mucho menor que la de los insurrectos, es tan superior el que se cosecha en aquellos, que su valor en pesos duros les hace exceder al de éstos en dicha proporción. Estos son los productos que se explotan en Cuba y constituyen su verdadera riqueza, pues los demás no son en rigor artículos de comercio general, puesto

que son granos, legumbres, frutas y otros géneros que se consumen allí mismo.

Después de estos datos pregunto: según las reglas de buena lógica, ¿á quién hemos de atender para conocer las verdaderas necesidades y aspiraciones de Cuba, al mayor y más saneado número de habitantes, ó al menor y más desautorizado? ¿Puede ser causa real de la prolongación de la guerra, el que España no haya dado gusto á una minoría relativamente pequeña y compuesta de los menos ilustrados, menos sensatos y que menos tienen que perder, que inconsideradamente, por ambición ú otros fines, se han sublevado contra la mayoría de su patria?

II.

Tampoco se resistió arbitrariamente España á otorgar á Cuba las convenientes reformas políticas, como se dijo para hacer posible la insurrección, y se dice hoy para prolongarla. Semejante calumniosa acusación no salió de labios autorizados; fué lanzada con bastardas miras por unos pocos malos españoles, que alentaron con su ejemplo á los enemigos de la patria, y por rutina ó por ligereza, ha sido después repetida por esa incauta clase de gente que, por su carácter poco reflexivo ó excesivamente crédulo, es fácilmente arrastrada á opuestos partidos.

España ha estado siempre dispuesta á llevar á

cabo todas las reformas que la prudencia aconsejaba estar en armonia con las exigencias de los tiempos y ser compatibles con el estado y necesidades de la isla de Cuba; pero en bien de los mismos cubanos ha procedido en esta materia con gran tino y exquisito tacto, pues de otro modo hubiera perjudicado los intereses de aquellos habitantes por el mismo camino que quería asegurarlos.

Las leyes de España han tendido siempre en su espíritu y en su letra á conceder á Cuba derechos y ventajas en todas las esferas de la vida y de la actividad humana, que igualasen en un todo con los peninsulares á los habitantes de las provincias de Ultramar, y esto de un modo tan constante y progresivo, y en tales proporciones, que hizo decir al historiador mejicano Alaman: «á diferencia del sistema que otras naciones siguieron con sus colonias, España no consideró á las suyas meramente como establecimientos productivos, sinó que las hizo partícipes de cuanto habia en la Metrópoli.» Otro célebre publicista, despues de enumerar las concesiones de España á favor de Cuba, añadia á este propósito: «nuestros Monarcas no trataron nunca á los países españoles de Ultramar sinó como provincias iguales á las demás de la Monarquía, segun lo demuestra la casi absoluta identidad de la legislación y de la organizacion eclesiástica, militar, civil y económica, en que apenas se hallan otras novedades que las que exigian las peculiares condiciones de la poblacion conquistada, y las en que los colocaba la distancia á que se encontraban de la Metrópoli.

»La legislación de Indias con relacion al país conquistado, ó á sus indígenas revela en todas sus páginas el generoso designio de atraer á estos al seno del cristianismo y de la civilización española, dotándolos de la misma libertad y los mismos derechos que disfrutaban los habitantes de Castilla. Y si los esfuerzos de nuestros benéficos Monarcas no pudieron alcanzar siempre á evitar graves abusos, no por eso es ménos cierto que mostraron un empeño altamente honroso en hacer feliz y salvar de toda clase de vejaciones á la población conquistada, que aun por esto vinieron á concederle en alguna parte un Gobierno municipal propio, y consagraron como leyes muchos de sus antiguos usos y costumbres; y por fin, que, en cuanto á las necesidades de que podian tener cabal conocimiento, han empleado para remediarlas un celo tan vivo, que apenas hallará ejemplo en lo demás que pudiera interesar á la mayor gloria y poder de su monarquía.» Y finalmente, el ilustrado escritor D. Vicente García Verdugo decia: «Compárese Cuba con las posesiones inglesas de la India, con las holandesas de Batavia, con las francesas de Conchin-china, y dígase con la mano puesta en el corazon si en alguna de estas posesiones gozan los naturales ni una sombra siquiera de los derechos que tienen los de aquella provincia española.»

Para no ir más léjos de mi propósito, no citaré en este lugar la multitud de medidas protectoras que desde muy antiguo adoptó España en favor de los agricultores cubanos; ni las importantes reformas que en 1713 se hicieron en todos los ramos de

la administracion en Cuba; ni la libertad para comerciar con todos los puertos de la Metrópoli que se le dió en 1764; ni las ventajas que le proporeionó la aplicacion del llamado *Reglamento del comercio libre*, expedido por Cárlos III en 1778; ni las Reales cédulas de 1815 y 1819 en que, con ejemplar liberalidad, se facilitó allí el repartamiento de haciendas, primero en usufructo y despues en propiedad (mercedes por cierto de las cuales proviene en gran parte la riqueza de algunos de los jefes insurrectos); ni los beneficios que darramó sobre aquel país el Real decreto de 23 de Julio de 1817, que abolió los privilegios de la Factoría de tabacos, alzó el estanco en la Isla y declaró libres el cultivo, venta y tráfico de este rico producto; ni los no menores que le proporcionó la Real cédula de 21 de Octubre del mismo año, llamada de *poblacion blanca*, que, con el fin de estimular la emigracion de españoles y extranjeros, los exceptuó por quince años de los más gravosos tributos, se los rebajó considerablemente para los sucesivos, é hizo extensivas estas gracias á los antiguos habitantes que se dedicasen á la roturacion y cultivo de tierras eriales y baldías, concediéndoles otras muchas gracias y exenciones; ni el empuje sorprendente que por los años 1840 y 41 recibió la produccion más rica de la Isla, gracias á la decidida proteccion del Gobierno de la Metrópoli.

Aunque esta larga série de favorables disposiciones prueban claramente la predileccion y el interés con que España miró en todos tiempos á los habitantes de Cuba, y de ellas podria deducir poderosos argumentos en favor de mi tésis, como no se refle-

ren directamente al modo de ser política de la Isla, quiero prevenir este efugio de los adversarios. Citaré por lo mismo hechos que directamente se refieren al modo de ser político y social de Cuba, y entre ellos solamente los que han tenido lugar en época reciente, toda vez que en los de ella podrían fundar los insurrectos sus motivos de queja.

Sea el primero el decreto de 22 de Enero de 1820. En él, considerando (el Rey) que las vastas y poderosas dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la Monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, se sirvió declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de Indias de 21 de Noviembre, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representación nacional é inmediata á su Real Persona, y constituir parte de la Junta central gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados. Después disponía la forma en que habían de ser elegidos por los Ayuntamientos de cada distrito; que se les dieran poderes con expresion de los ramos y objetos de interés que habían de promover, las indemnizaciones que habían de percibir para gastos de viaje, etc., etc. Verdad es que no siempre tuvieron efecto estas disposiciones; pero esto fué debido á las mismas causas que con frecuencia han esterilizado en España sus propias y mejores leyes, á las dificultades que oponía la distancia, ó á otros impenzados obstáculos; pero no á que hubiera intencion, que nunca se ha tenido, de desatender á aquellos habitantes.

Pero el hecho que más desmiente la acusacion de los insurrectos es la informacion que, á consecuencia de varias representaciones de distintos cubanos, y algunos peninsulares, pidiendo reformas políticas prontas é inmediatas, se mandó abrir per Real decreto de 25 de Noviembre de 1865 sobre las bases en que debian fundarse las leyes que habian de regir las Antillas. Para determinar los hechos y aclarar las cuestiones que habian de ser objeto de la informacion, se mandó por dicho Real decreto oir verbalmente ó por escrito á los Gobernadores superiores civiles; á los regentes é intendentes en ejercicio de las islas de Cuba y Puerto-Rico, y á los que anteriormente hubieren desempeñado estos cargos; á todos los senadores naturales de aquellas provincias, ó que hubieren residido en ellas por espacio de cinco años; á 22 comisionados naturales ó vecinos de las poblaciones de dichas islas, elegidos por los Ayuntamientos ó Corporaciones municipales de las mismas, cada una en el número que allí se ordena, y á cualesquiera otras corporaciones ó particulares de las dos islas que el Ministro de Ultramar juzgase oportuno.

A consecuencia de este decreto se reunieron en Madrid los delegados de dichas Islas con las demás personas que debian concurrir á la informacion, é inauguraron las conferencias el dia 30 de Octubre de 1866, bajo la presidencia del Sr. Ministro de Ultramar, entónces el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. No siendo posible seguir aquí todo el curso de las treinta y seis conferencias que se celebraron, ni trasladar los discursos que en ellas se

pronunciaron, me limitaré á decir que, á pesar de que más de un delegado vertió ideas que pusieron bien á las claras, no su deseo de obtener reformas, sino el ódio que profesaba á España, y las cuales, alentando sobre manera á los enemigos de nuestro bien, fueron el gérmen de donde brotó despues la insurreccion, el Gobierno de la Metrópoli demostró entónces grandes y eficaces deseos de llevar á Cuba todas las reformas políticas, económicas, administrativas y sociales que podia desear.

En prueba de ello, trascibiré algunas palabras del discurso que, al cerrar las mencionadas conferencias en Abril de 1867, pronunció el Sr. Ministro de Ultramar. «Puesto que los señores comisionados van á retirarse á aquellas provincias, y al volver á su país han de dar cuenta, aunque amistosa, á sus comitentes de sus actos en el desempeño del encargo con que fueron honrados, debo ser franco y explícito respecto á ciertas cuestiones de un interés capital. Ruego á todos los comisionados que aseguren en el país, que nadie hay más interesado que el Gobierno en resolver una que domina á todas: no hay que embozar ni escamotear la palabra: *la esclavitud*. Los estímulos que á ello impulsan, no son solo los sentimientos de humanidad, razones económicas y el interés del Estado, sino tambien la necesidad de evitar complicaciones exteriores. El Gobierno tiene el deber de hacer algo en este sentido, y sobre esto soy intérprete de sus deseos al manifestarlo. Pero VV. SS. conocen que la resolucion es grave, y de ejecucion difícil: no por eso hay medio de aplazarla; sufriran con ella algunos

intereses; pero la cuestion ha llegado ya á su madurez y no puede abandonarse. Citaré á este propósito las palabras, aunque vulgares, de un grande hombre: «Nunca he visto hacer tortillas sin romper huevos.» Algunos de los que me escuchaban me honran con su amistad; y espero que desde hoy me honren todos: ellos saben que soy franco, y autorizo á todos á que hagan uso de mis palabras.

»Hay una cuestion que pesa gravemente sobre las Antillas; es el estado político: voy á ser tan franco en esta como en la otra. Yo no puedo creer que deje de darse una representacion legislativa á aquellas provincias: hay una grande conveniencia en que no queden por más tiempo sin estar de alguna manera representadas.»

A esta conducta franca y generosa correspondieron los inquietos con la mayor ingratitude. Mientras aquí se estudiaba el medio de dar satisfactoria solución á los problemas que habian sido objeto de las conferencias, muchos comisionados volvieron á Cuba inventando las más absurdas noticias respecto á las disposiciones del Gobierno y, antes de que trascurriese el tiempo necesario para que pudiese obrar, predicaron por todas partes la aversion á la Metrópoli que ardía en su corazón y de que habian dado suficientes muestras en sus discursos, crearon centros de conspiracion y prepararon arteramente la insurreccion.

A pesar de todo, es seguro que si la rebelion no hubiera venido á interrumpir inconsideradamente la marcha emprendida, haciéndola inprocedente,

á estas horas hubiera tenido ya Cuba, sin trastornos ni peligros, las reformas políticas y sociales que habian motivado la informacion.

Aun despues de estar en armas los insurrectos ha demostrado España sus buenas disposiciones, quitándoles una vez más la máscara de humanidad con que pretenden disfrazar sus anti-patrióticos planes. Las últimas leyes que ha promulgado sobre la esclavitud, declarando el vientre libre y la emancipacion de los sexagenarios, deben satisfacer las aspiraciones de todo el que no sea refractario á las leyes de la humanidad y de la lógica, y hubieran satisfecho á los insurrectos, si procediesen de buena fé, pues con ellas terminará á la vuelta de poco tiempo la esclavitud en las Antillas españolas, con la ventaja de que en vez de ser el hecho desastroso para los esclavos, para las Antillas y para legítimos intereses de la civilizacion universal, como lo fué en las posesiones coloniales de los demás países europeos y como lo está siendo, y lo será por muchos años, en los Estados del Sur de la gran federacion americana; España, amaestrada con la experiencia de sus antagonistas, dará al mundo el espectáculo de formar un gran pueblo con los mismos desafines elementos que han puesto en ruinas á los países comarcanos.

Pero ¿á qué he de insistir? Hay una prueba concluyente de que á los insurrectos no les ha animado nunca ni les anima un sincero deseo de obtener para Cuba género alguno de reformas. El general Dulce, competentemente autorizado por el Gobierno de la Nacion, llevó á Cuba toda clase de libertades, y sin

embargo, no por eso los rebeldes depusieron las armas. ¿Habrá aun quien necesite mayores pruebas?

Aquí terminaría este capítulo, si no tuviera que hacerme cargo de otra de las patrañas de que se valen los corifeos de la insurrección para mantener vivo entre los suyos el ódio á España y el ardor necesario para que, á pesar de tanto escarmiento, no depongan unos las armas ni dejen otros de auxiliar la rebelión.

Dicen que la Metrópoli, con irritante exclusivismo, considera como párias á los cubanos, cerrándoles la entrada á las carreras del Estado ó á los empleos *lucrativos* en cada una de ellas, postergándolos en la ordinaria provision de los destinos y dándoles otros motivos de queja. El argumento, como se vé, no es de muy *desinteresado* patriotismo.

Aunque parece imposible que haya quien tenga audacia suficiente para proferir falsedades tan notorias, y más aun que haya quien las crea, bueno será poner las cosas en su lugar, para que no quede en pié ninguna de las razones con que se pretende extraviar la opinion y justificar la prolongacion de la guerra, y para que sepan los alucinados que se abusa de su credulidad con objeto de seguirlos explotando.

Es un hecho público y constante que los cubanos no solo han tenido siempre abiertas todas las carreras del Estado, sínó que las han podido ejercer con ventajas sobre los mismos peninsulares. Mientras que estos, al ir á Cuba, tienen que separarse de sus familias y exponerse á los peligros de la aclimatacion, ellos, sin peligros de ninguna especie, se

incorporan á las suyas y no por eso dejan de recibir su correspondiente ascenso.

Además en todas las carreras del Estado hay establecidas ventajas especiales que favorecen marcadamente á los hijos de Cuba. Por ejemplo: para disfrutar derechos pasivos dobles, ó sea para cobrar real sencillo de plata en vez de real de vellon, se necesita una de estas condiciones: ser hijo de Ultramar; casarse con hija de Ultramar; ó haber servido allí veinte años, siempre que no baje de seis el último periodo. En lo cual, como se vé, salen muy favorecidos los cubanos sobre los hijos de las demás provincias de la Nación.

No es menos inexacto lo que dicen acerca de los empleos *lucrativos*. Gran parte de los mejor retribuidos han sido constantemente y son desempeñados por cubanos. Con el propósito de no citar nombres propios sinó cuando á ello me obligue la necesidad, hablaré en general de esta materia, en que podria herirse fácilmente la susceptibilidad de personas apreciables. El lector que quiera convencerse por sí mismo de la verdad de lo que voy á decir, lo conseguirá fácilmente, consultando la *Guia oficial de Cuba*. Empezaré por los cargos que suponen más confianza, ó que ejercen mayor influencia, en los cuales pudo con más razon la Metrópoli mostrarse exclusivista.

El cargo de capitán general de la Isla, los de comandantes generales de los diferentes departamentos y las tenencias de gobierno son puestos de toda confianza y los han desempeñado con frecuencia hijos de aquel país.

El cargo de rector de la Universidad de la Habana y el magisterio retribuido en las aulas superiores, ha sido igualmente desempeñado por largo espacio de tiempo exclusivamente por cubanos. De los veintisiete profesores que tenia la mencionada Universidad en 1865, eran hijos del país *veinticuatro*,—y por cierto que entre ellos hubo más de cuatro que tuvieron luego el valor de ponerse á declarar contra la tiranía y el exclusivismo de España.—De los trece vocales que en el mismo año componian la junta superior de Instruccion pública, *diez* eran cubanos, y alguno de ellos era además jefe de seccion en el gobierno supremo de la Isla, con *quinientos pesos* de sueldo mensual: en mayor proporcion estaban aun los que componian las juntas locales de los pueblos de toda la Isla.

Lo mismo sucedia y sucede en la magistratura. Apesar de las incompatibilidades sábiamente establecidas por los códigos de España, han tenido y tienen honrosos puestos en las audiencias de Cuba, incluso el de regente, muchos hijos de aquella Antilla: muchos otros han ejercido y ejercen los demás cargos de justicia, y época ha habido en que, con muy contadas excepciones, todas las alcaldías mayores, ó juzgados de primera instancia como aquí se llaman, han estado desempeñados por cubanos, dignamente es verdad, pero ninguno los hubiera desempeñado si, á pesar de estar habilitados por su carrera, se les hubiera aplicado la ley general de la nacion, que incapacita á todo español para desempeñar cargos judiciales en el pueblo de su naturaleza ó en el de su consorte.

No otra cosa ha tenido siempre lugar en la Administración de Hacienda y en los demás ramos del servicio público. El cargo de superintendente general de la Isla y los otros empleos en la Hacienda, desde los más prominentes hasta los más modestos, han estado y están en poder de hijos de Cuba, y esto en tan crecido número, que, para citarlos todos, sería forzoso componer una lista más larga de lo que permiten los límites de este trabajo.

Y en la milicia ¿qué ocurre? ¿No está lleno de cubanos nuestro ejército de Cuba? ¿No está llena la historia de aquella guerra de nombres de esclarecidos soldados de todas gerarquías nacidos en la Isla, que han defendido y defienden los derechos de la patria con una constancia, con una bravura y un entusiasmo, dignos de todo elogio?

Y en cuanto á los motivos de queja, ¿qué fundados motivos de queja puede alegar Cuba contra una Metrópoli que la considera como provincia española; que le dá la sangre de sus hijos y no le pide la de los suyos; que admite á los cubanos á todos los cargos públicos; que le ha dado una intervención directa en sus presupuestos y en todos los ramos de la Administración por medio de un Consejo compuesto de las notabilidades de la Isla?

Pues si esto es así, como es, ¿quién no comprende que no tendrán los insurrectos gran confianza en la justicia de su causa ni en las simpatías del país, cuando, para prolongar la artificial existencia de sus mermadas huestes, tienen que apelar á tan desleal difamación?

En resumen: no pudiendo los insurrectos cifrar

sus esperanzas en el cansancio de España, porque España ha dado pruebas de que no se cansa; ni en la proteccion de potencias extranjeras, porque esto es una ilusion peligrosa; ni en una *anexion* que sobre peligrosa no mejoraria su situacion, y aun consiguiendo en todo caso su independendencia, ésta los sumiria en mayores calamidades y arruinaria a la Isla; no existiendo motivo alguno que, justificando su pertinacia, pueda prometerles nuevos aliados, toda vez que la mayor y mejor parte de la Antilla no piensa como ellos, y la Metrópoli en todos tiempos ha dado á sus hijos de Ultramar inequívocas muestras de solicitud, claro es que la prolongacion de la guerra no tiene justificada causa ni fundamento, siendo tan solo efecto del interés privado de unos pocos ilusos, y que el resultado inevitable de la misma no puede ser otro que, ó deponer ellos voluntariamente las armas y acogerse á la benignidad y clemencia de España, en cuyo caso podrá recibirlos gozosa en su seno perdonándoles sus extravios, ó de no hacerlo voluntariamente, serán en definitiva sometidos por la fuerza y en este caso perderán todo titulo á ser tratados con clemencia y benignidad, y merecerán serlo con el rigor con que una madre, por amante que sea, debe tratar á sus hijos rebeldes, para escarmiento de unos y saludable enseñanza de todos.

CAPITULO IV.

MEJORAS CONVENIENTES PARA QUE SEA ESTABLE

LA PAZ.

Conviene dar á la juventud una educacion verdaderamente nacional y facilitarle los medios de conseguirlo. — Debe utilizarse en bien de Cuba la emigracion de los españoles, cuando es inevitable, y en muchos casos convendria estimularla y protegerla. — Es necesario combatir á toda costa el origen de las enfermedades de la Isla para mejorar, como es posible, sus condiciones higiénicas. — Procúrese igualmente dar á su riqueza el inmenso desarrollo de que es susceptible.

I.

Dejando á quien toca la mision de fijar la época, las circunstancias y la forma en que pueda ser conveniente llevar á Cuba mayores reformas políticas y sociales de las que ya ha obtenido, voy á ocuparme en este capítulo de algunas mejoras que, una vez alcanzada la paz, contribuirán, en mi sentir, á hacerla estable. Terminada la guerra, no se puede abandonar á sí misma aquella sociedad; se debe, por el contrario, cuidar de ella con mayor solicitud y más esmerada atencion.

Para obrar el bien y conjurar toda clase de peligros y perturbaciones, es necesario, ante todo, sefocar el gérmen separatista que allí existe, introduciendo ciertas mejoras que multipliquen los lazos de union entre la Antilla y la Metrópoli y les den mútua confianza. La primera debe ser educar á la juventud para que sea útil y sepa ser española. Los separatistas se apoderaron del corazon é inteligencia de gran parte de los cubanos, extraviándolos desde que empezaban á tener uso de razon. Poco vigilada la enseñanza, la expletaron á su sabor ordenándola á sus fines. La juventud no aprendia la historia pátria, llena más que otra alguna de elocuentes ejemplos y sembrada de hechos heróicos que causaron la admiracion del mundo, ni nuestra geografía ni nada nacional. Casi todo lo que se le enseñaba era americano: la constitucion de los Estados-Unidos, su libertad, su envidiable organizacion, las delicias de su república, encaminándolo todo á inculcar en la juventud el principio de «América para los americanos» y el ódio á España, á la que se procuraba poner en ridículo, calumniándola por todos los medios imaginables.

Con esta preparacion solian los jóvenes continuar su educacion en la Habana, donde no perdian las malas compañías, ni la indolencia propia de aquel clima, y se confirmaban en las adquiridas ideas separatistas, que les hacian soberbios, ingratos y desnaturalizados aun con sus familias. Las más acomodadas entraban en la petulante y perjudicial moda, introducida seguramente con un fin político, de enviar sus hijos á los Estados Unidos;

allí, al calor de aquella febril actividad, adquirían ideas perjudiciales á España, si no las llevaban ya, y despues de haber derrochado un capital, porque el país es muy caro y la vanidad de sus familias ponía en sus manos grandes mesadas; despues de haber vivido una vida disipada sinó licenciosa, que había quebrantado ó consumido su salud, volvían soñadores á su país, predicando en mal español la ignorancia de España y las excelencias de las instituciones americanas, en cuya alabanza no citaban los adelantos de la industria que no conocían, ni la perfeccion de las artes que no habían estudiado, ni nada grande, bueno ni serio; sinó las diversiones, las modas y los juegos, en que se mostraban muy experimentados.

Los frutos de esta educación fueron los que están de esperar: habían aprendido á mal hablar el inglés, olvidando el idioma patrio; habían llenado sus aturdidas cabezas de teorías de otros países que no tienen aplicacion al suyo, por ser diferente su clima, y diferentes las costumbres, la ilustracion, el temperamento y carácter de las razas que lo pueblan; y en cambio ignoraban lo que más les importaba y más conveniente era á sus intereses, á sus familias y á la patria.

Dados estos antecedentes, no es extraño, que honradísimos españoles de sanas ideas, hayan tenido el sentimiento y la vergüenza de ver á sus hijos entre los insurrectos, en recompensa de los desvelos y sacrificios que les había costado su educación. He oído á muchos de los que pocos años antes se vanagloriaban de tenerlos estudiando en los

Estados-Unidos, confesar sonrojados que se les escapaban para incorporarse á los que combatian á sus familias y destruian sus intereses; algunos se vieron en la dura necesidad de pedir fuesen deportados, para evitar mayores vergüenzas y desastres.

Es, pues, de grande importancia y trascendencia suma procurar que la educacion de la juventud sea completamente nacional y darla tales condiciones de extension y solidez que pueda llenar los deseos de los más exigentes, para que no tengan necesidad de acudir á extrañas fuentes. Convendria mucho estimular á los cubanos á que envíen sus hijos á la Península para hacer sus estudios, facilitándoles los medios de realizarlo en condiciones de seguridad y economía, al alcance del mayor número posible de familias.

El Gobierno tiene en su mano poderosísimos medios de realizarlo. Tiene ricas líneas de vapores, á las que dá crecidas subvenciones y con las que hace contratos para que á un precio reducido lleven y traigan á sus empleados y militares. El pasaje en primera, con toda comodidad de cada uno de éstos, le cuesta setenta y siete duros, cantidad casi igual (y aun podría reducirse) á la que en vapores extranjeros cuesta hacer la travesía de la Habana á Nueva-York. Considerando á los jóvenes que vinieran á estudiar á España como á empleados, é incluyéndoles en los contratos con las empresas de vapores, podría pagárseles el viaje ó cobrárseles sólo el precio de contrata por una sola vez de ida y vuelta.

Viniendo los hijos de Cuba á hacer entre nosotros sus estudios, nos conocerían y tomarían el cariño que engendra el trato, principalmente en la juventud; viajando se ilustrarían; harían comparaciones entre uno y otro país; aprenderían á dar al dinero el valor que allí no conocen; el deseo de volver al lado de sus familias ó al de la persona á quien habian jurado fé, les estimularía al estudio; las diferencias de clima y de costumbres les permitirían consagrarse con más asiduidad á las ciencias; y en los ejemplos de nuestra gloriosa historia, en los monumentos que perpetúan nuestra antigua grandeza, en la belleza de nuestro país, en la gracia y donaire de nuestras mujeres encontrarían poderosos motivos de patriotismo, gratas emociones que llevarían siempre impresas en su alma, nuevos lazos de union entre sus familias y las nuestras.

Yo he llegado á querer á la Habana tanto como á Madrid, á Santiago de Cuba y á otras ciudades tanto como á Barcelona, Valencia, Segovia, Zaragoza y Murcia, y casi tanto como á mi país natal. Cada una de esas poblaciones despierta en mi alma un recuerdo que me conmueve poderosamente; cada una me lleva á edades, épocas y lugares en que tuvieron lugar las escenas que forman la tela ya no corta de mi existencia. ¿Quién es el hombre que recuerda con indiferencia las poblaciones en que ha pasado algun período de su vida? Una, porque nos vió nacer y arrulló nuestra cuna; otra, porque nos trae á la memoria el objeto de nuestro primer amor, ó las personas á quien debemos gratitud y cariño; esta porque en ella nos educamos y apren-

dimos á ser hombres de honor; aquella porque viene asociada en nuestra mente con nuestros triunfos ó nuestras debilidades; lo cierto es que todas las poblaciones en que hemos vivido ocupan un lugar preferente en nuestro corazón, y todas hablan á nuestra alma un lenguaje misterioso que nos conmueve solemnemente.

Si los cubanos que pueden seguir una carrera vienen á educarse entre nosotros, vincularán su vida á nuestra vida, y formarán su espíritu en el espíritu nacional; y como, andando el tiempo, han de ser ellos los que eduquen y dirijan á los demás, pues que serán sus padres, sus letrados, sus médicos, sus generales, podrán formar una sociedad verdaderamente española, cuyo corazón, latiendo al compás del nuestro, querrá todo lo que aquí queramos, y abominará lo que abominemos: las desgracias de la patria serán sus desgracias y sus glorias, las glorias con que se honre.

Como en este orden de cosas es tan eficaz el ejemplo, convendría lo diesen los municipios de la Isla, cateando la carrera en la Península á cierto número de jóvenes, como premio á su talento, á sus virtudes ó á especiales servicios de sus familias. Con cuarenta duros al mes, podrian costear á cada uno de ellos una carrera en España: pocos de los que desde nuestras provincias vienen hoy á estudiar á la corte, disponen de una mayor cantidad. Recobrada con la paz la perdida prosperidad de Cuba, lo cual se obtendría á los pocos años, según creen los que conocen la feracidad de aquel suelo y el origen de su riqueza ¿qué ayuntamiento no po-

dria destinar á este objeto 1.500 duros anuales? Para aquellos ricos municipios es dicha cantidad más llevadera que la de 500 duros para los pueblos de 12.000 almas de la Península. Suponiendo que el de la Habana enviase diez jóvenes, cinco cada una de las poblaciones de Matanzas, Santiago de Cuba, Cienfuegos, Cárdenas y Trinidad y tres cada uno de los municipios de las demas jurisdicciones, resultaría un total de 117, que con los que se costeasen los estudios, podría llegar á 250 los jóvenes que tuviésemos constantemente entre nosotros. A la vuelta de veinte años, se hallarían en este caso más de 1.500, cuya ilustracion y cariño recompensarian grandemente el celo y los sacrificios de la patria. Buena prueba es de esto el modo de sentir de los cubanos que han visitado la Península; todos ellos han modificado profundamente sus opiniones, y aun los más reacios, á quienes es todavía simpática la independenciam, están por la evolucion y no por la revolucion, segun el dicho de uno de sus más ilustrados y profundos pensadores.

Los hijos de aquel país que siguieron la carrera de las armas, han prestado constantemente brillantes servicios. Son muchos los jefes y oficiales cubanos, tanto de artillería como de ingenieros, estado mayor y otros cuerpos, que han hecho aquella campaña, y todos absolutamente, sin una excepcion, se han portado y se portan como buenos españoles y decididos militares. Esta marcada diferencia que distingue á estos cubanos de los demás, no consiste en otra cosa que en haberse educado en la Península y haber perdido con ello sus añejas

preocupaciones, si es que las llegaron á adquirir.

Venga, pues, la juventud cubana, y haga sus estudios en Madrid, Barcelona, Valencia, Cádiz ó Sevilla. Tratándonos verá que los españoles no somos, *como se dice allí*, gente atrasada é intratable; aquí encontrará hermanos afables y cariñosos que, hablando su misma lengua, sentirá como ella aiente y con sus buenos oficios le hará llevadera la ausencia de sus familias. Aquí encontrarán ciencia los estudiosos; monumentos grandiosos y ricos modelos que imitar los amantes del arte; genio, inspiracion y poesia los que gusten de la belleza; virtudes, hermosura y amor los que deseen elegir esposa. Venga, sí, la juventud cubana; aquí templaremos nuestras almas al calor de una misma madre; al volver á su provincia con la aptitud y los títulos que les permitan ocupar los primeros puestos entre los suyos y con las virtudes que les granjeen la confianza y las simpatías de todos, se llevarán y nos dejarán gratos recuerdos de una amistad que nunca muere, y si con las vicisitudes de los tiempos la prosperidad sonrís á la patria, cantaremos juntos sus alegrías; si la abate la adversidad, aunaremos nuestras fuerzas para consolarla en su infortunio ó defenderla de sus enemigos.

Tambien convendria fomentar y facilitar á los cubanos el ingreso en las Academias militares. Las familias temen, como es natural, enviar á sus hijos á España para que hagan los estudios preparatorios, pues no tienen ordinariamente persona de confianza que los vigile y aconseje en una edad tan llena de peligros. Este temor ha impedido seguir

carreras militares á muchos jóvenes de talento y gran fortuna, que hubieran podido dar lustre á su familia y honor á su patria, teniendo que contentarse con cualquiera de las civiles que pueden hacer allí, ó con los elementales conocimientos, que necesitan para la administracion de sus intereses.

Todos los cuerpos del ejército tienen en Cuba elementos suficientes para enseñar con provecho las materias de ingreso y examinar con acierto de ellas á los jóvenes aspirantes. En el cuerpo de artillería se ha practicado así con buen resultado por espacio de algunos años: hoy existen muchos oficiales del cuerpo que ingresaron de este modo en la Academia y dan con sus conocimientos y conducta pruebas inequívocas de la utilidad de esta práctica que ha caído en desuso. Lo mismo puede hacerse en las demás carreras militares. Admitidos los jóvenes en las respectivas Academias, ya podrian las familias dejarles venir sin temores ni recelos, confiándoles al cuidado y vigilancia de sus jefes y profesores.

Así lo propuso al Gobierno en el mes de Enero de 1875 el Excmo. Sr. Capitan general de Cuba, manifestando en una bien razonada comunicacion los excelentes servicios que podrian prestar las Academias preparatorias, si se establecieran á la sombra de una disposicion que las autorizara. Para mayor ilustracion de esta materia, transcribí íntegro el citado documento. Dice así:

«Capitanía general de la siempre fiel isla de Cuba.—Estado Mayor.—Seccion primera.—Núm. 18.
—Excmo. Sr.: La Real órden de treinta de Noviem-

bre de 1860 concede el derecho de ser examinados en esta Isla á los jóvenes que, residentes en ella, deseen ingresar en el Colegio de artillería establecido en la Península, cuya Real órden es asimismo aplicable á las demás posesiones de Ultramar. De dicha autorizacion se ha hecho uso en repetidas ocasiones, y son varios los oficiales de esta procedencia que sirven actualmente en el arma de artillería.

»Ahora bien; si por efecto del actual estado de la Isla son pocos los casos en que en estos últimos años se ha ejercitado este derecho, ni por ello ésta ha caducado, ni han dejado de tener su fuerza las consideraciones que se tuvieron presentes al dictar la mencionada disposicion.

»En este concepto, y en la firme persuasion de llenar con bien del ejército y Estado un deber para con las aspiraciones de la juventud residente en esta Isla, me dirijo á V. E. para hacerle presente la conveniencia de que la Real órden ántes citada se amplíe en sus efectos con respecto al ingreso en los demás cuerpos facultativos, toda vez que la facilidad que por la misma se proporciona para la entrada en el Colegio de artillería, no se proporciona para el ingreso en las Academias de ingenieros y estado mayor del ejército y la armada.

»La importancia y trascendencia de este asunto no se ocultará á V. E., puesto que, siendo los cuerpos expresados los que ofrecen más estímulo por su instituto, buen nombre y conocimientos científicos, no dudo que una buena parte de la juventud de la Isla aspiraría al ingreso en ellos, y aun muchos jóvenes de los que, contando con grandes bie-

nes de fortuna, miran con desden las carreras á que hoy pueden dedicarse y deseosos, sin embargo, de instruirse pasan á hacerlo al extranjero, donde desgraciadamente se infiltran de ideas contrarias á la dominacion española, se inclinarian quizás á emprender dichas carreras, que, aun cuando luego no las continuasen, les habrían proporcionado á ellos la ventaja de una instruccion científica sólida, variada y brillante, y al Estado la de haber creado en ellos un espíritu favorable á nuestra nacionalidad.

»Además debe tenerse muy en cuenta que la guerra actual ha traído á esta Isla un gran número de jefes y oficiales, cuyos hijos no tienen hoy otra carrera militar abierta que el ingreso en la Academia de cadetes de infantería y caballería, puesto que los escasos recursos de sus padres no les permiten enviarlos á la Península, para hacer en ella los estudios convenientes para el ingreso en otros cuerpos.

»Se objetará tal vez, Excmo. Señor, que unos podrian hacer aquí los estudios necesarios, y otros, que cuentan con recursos suficientes, pasar á efectuarlo á la Península; pero desgraciadamente no hay aquí en la actualidad para los primeros centros de instruccion que difundan la suma de conocimientos indispensables, ni puede haberlos hoy, faltando estímulo que asegure la concurrencia, y en cuanto á los segundos, no es nunca comparable la inseguridad de los padres, que, desprendiéndose de sus hijos y á costa de sacrificios penosos, los enviasen á la Península á hacer sus estudios, quizás

sin provecho, no es comparable, digo, esta inseguridad con la certidumbre de que efectuados aquí dichos estudios bajo la inmediata vigilancia paterna, los jóvenes que se considerasen aptos por tribunal competente, fuesen desde luego declarados alumnos ó cadetes de los cuerpos á cuyo ingreso aspirasen, y trasladados por cuenta del Estado á la Península, para continuar en ella su carrera en las Academias ó Escuelas respectivas.

»Por todo lo expuesto, y convencido de que las aspiraciones á un porvenir aumentan á medida de las facilidades que se ofrecen para alcanzarlo, y recordando el significativo hecho de que, á pesar del levantamiento casi en masa que ha conmovido esta Antilla, no se ha dado el ejemplo de que un solo oficial hijo de ella haya tomado parte en él, antes bien son muchos los que con distincion combaten bajo nuestra bandera, acudo á V. E. rogándole incline el ánimo del Gobierno de S. M. para que la Real orden de 30 de Noviembre de 1860 se haga extensiva al ingreso en todas las carreras militares. Dios guarde á V. E. muchos años—Habana Enero 1875.—Excmo. Sr.: *José de la Concha*—*Excmo. señor Ministro de la Guerra.*

II.

Hay además otras cosas que pueden contribuir á crear nuevos y fuertes lazos entre Cuba y la Península, haciendo estable la paz y produciendo grandes bienes á los dos países..

La emigracion de los españoles, que sin rumbo fijo ni seguridad de ningun género, se dirigen á distintos puntos en busca del pan de que carecen en sus hogares ó de unas riquezas y bienestar, que la mayor parte de las veces no son otra cosa que falaces sueños de oro, viene siendo para España una sangría, que con mejor direccion pudo dar buenos resultados. Vayan enhorabuena á lejanos países todos los que sientan una pasion honrada de conquistar feliz porvenir para sí ó para sus familias, y aun todo el que en los conflictos de la inexperiencia ó de las pasiones busca un último refugio á su fortuna, á su honra ó á su persona; pero en lugar de dirigirse á países extraños, donde al variar de clima tienen que cambiar de nacionalidad, de costumbres, de leyes, de bandera y muchas veces de idioma, diríjanse á tierra española y allí, entre los suyos, tendrán mayores probalidades de realizar sus propósitos. Allí encontrarán la bandera gloriosa que representa á la madre patria, que, prostrada ó poderosa, es siempre aquella amada patria cuyo cariñoso recuerdo han de evocar, aun sin quererlo, en la vida aventurera de lejanos países, que el amor á la patria es, como se ha dicho de otro amor, fuego que se aviva con la distancia. En ninguna parte encontrarán una lengua tan dulce, tan armoniosa, que les hable tan poderosamente al corazón como la lengua castellana que les arrulló en el regazo de su madre y en la que aprendieron de sus enamorados lábios á pronunciar los más gratos nombres.

Terminada la guerra, debe ocupar preferente-

mente la atención de los gobiernos moderar y normalizar esta emigración, guiándola, cuando sea inevitable, y protegiéndola, con el fin de que pueda servir para colonizar la isla de Cuba. Esto, además de evitar graves inconvenientes y la desgracia de muchos españoles, que, buscando felicidad en lejanos países, suelen encontrar terribles desengaños, contribuiría á extinguir los ódios de la guerra, multiplicaría, como he dicho, los lazos de unión entre España y Cuba y serviría los intereses de los habitantes de ambos países, que son, en definitiva, los intereses de la patria.

Por otra parte, la isla de Cuba, como dije al principio de esta Memoria, es de un suelo feracísimo, capaz de contener una población diez veces mayor de la que hoy tiene. Otorgando ciertas ventajas á los que quisieran marchar allí, pronto podría alcanzar un desarrollo en riqueza y población muy útil á la Isla y á la Metrópoli y obtener las grandes mejoras de que aquel país es susceptible. Para conseguirlo no necesitaríamos los esfuerzos de Carlos III para colonizar la Carolina, ni los que han hecho y aun hacen los americanos para poblar las márgenes del Misisipí y otras naciones sus colonias. Los norte-americanos reclutan en Europa colonos para las suyas y los llevan en las condiciones que quieren ir, con sus padres y con sus hijos, sin excluir á los viejos ni á los niños, les pagan el viaje, les hacen pasar por los puntos de Europa en que pueden ver algo útil y ellos mismos les explican lo que despues pueden aplicar, deteniéndolos para ello algunos dias donde lo

juzgan conveniente. Una vez en la colonia á que van destinados, les distribuyen las casas de madera que anticipadamente han hecho construir en el sitio más conveniente para formar un pueblecito; les dan las tierras y aperos que han de formar la base de su propiedad, y hasta nombran de entre ellos, estudiadas las personas en la travesía, parte de las autoridades locales que los han de gobernar. Con estos cuidados que, aunque parecen muchos, son perfectamente prácticos y practicados, pueblan y enriquecen sus posesiones.

Para poblar y enriquecer á la isla de Cuba no necesitaria España tanto trabajo, ni tendria que buscar colonos en países extraños. Hay repartidos por las repúblicas del Sur muchos miles de españoles, que fueron allí voluntariamente ó engañados con promesas halagüeñas, y hoy viven en la mayor miseria, sin poder volver á la patria por falta de recursos. Todos los días estoy leyendo en los periódicos noticias de este género. En un periódico mejicano de fecha reciente, he leído las siguientes desconsoladoras líneas:

«Llamamos la atención de nuestros compatriotas acerca del miserable estado de una gran parte de los españoles residentes en Méjico. Ya no se trata de compadecer una penosa medianía, sino de aliviar una completa miseria. En el espacio de una semana han acudido á nuestra casa 23 españoles pidiendo limosna. Anteriormente no ha pasado día sin que acudieran uno ó dos. No hay trabajo, no hay colocacion de ninguna clase, tanto para los que vienen, como para los que se han arruinado aquí

despues de haber tenido un pequeño capital. No podríamos socorrer á todos aunque fuéramos ricos. Andando el tiempo, muchos españoles residentes en la república darán el triste espectáculo que no pocos de sus compatriotas dan en Buenos-Aires; tendrán que mendigar el sustento de puerta en puerta, y la salud de hospital en hospital.»

Si el Gobierno se propusiera trasportar á estos desgraciados á la isla de Cuba, cuidando por lo pronto de proporcionarles trabajo, todos irian con gusto: de este modo España ampararia á hijos suyos, que por ignorancia son explotados ó desgraciados en repúblicas americanas de las que no conocian más que el nombre, y ellos constituirian un gran elemento de colonizacion y base de excelentes reservas.

Iguales ventajas podrian concederse á los soldados que, al llevar cierto tiempo de servicio, quisieran permanecer en la Isla. La esperanza de encontrar al licenciarse una colocacion que les asegurase el porvenir, aumentaria indudablemente el número de soldados voluntarios, aminorando el sorteo, y seria para ellos un nuevo y poderoso motivo de entusiasmo y fidelidad á la patria, pues, al defender los intereses de ésta, defenderian los que con el tiempo y honrado trabajo, podrian llegar á ser suyos.

Hay de sobra en la Isla magníficos terrenos que poder distribuir y personas competentes para dirigir las distribuciones y operaciones necesarias. Prueba son de esto último, las innumerables notas y firmas estampadas en el album del Canal de Isa-

bel II, llamado tambien Canal de Vento, en las que distinguidos ingenieros y personajes de todas las naciones del globo dan unánime testimonio de admiracion y aprecio al profundo talento y laboriosidad incansable del ingeniero militar, director de dicho canal. En el mismo ejército hay entendidos oficiales que podrían encargarse de la direccion de muchos de estos trabajos y hasta de enseñar á construir casas de madera, hechas de piezas, las cuales, por armarse y desarmarse fácilmente, permitirian elegir el sitio en que más conviniera fijarlas para formar los pueblos. Ocupadas al principio estas casas por la gente del país, que conoce perfectamente los frutos y la agricultura de aquel clima, pronto se multiplicarian hasta formar ricas poblaciones.

Con esta proteccion y auxilio del Gobierno, llegaría el departamento Oriental á ser tan rico como el otro extremo de la Isla, pues tiene tan buenas condiciones climatológicas y topográficas y grandes elementos que utilizar. En él apenas habrá hoy 150.000 almas repartidas por la costa, cuando lo rico es el interior. En la sierra Maestra podrian obtenerse buenos cafetales y en las vertientes y parte llana, magníficos ingenios y ricas vegas de tabaco. La siguiente relacion de los principales rios que cruzan este departamento, dará una idea exacta de la fertilidad y riqueza que podría alcanzar, si se aprovecharen sus aguas para el riego y para la industria agrícola.

NOMBRES de los rios.	NACIMIENTO.	COSTA en que desemboca.
Cauto. Navega- ble, el mayor de la Isla.....	Sierra Maestra..	Sur: cerca de Manzanillo.
Contramaestre..	Id.	Afuente del Cauto.
Cautillo.....	Id.	Id.
Bayamo.....	Id.	Id.
Jiguani.....	Id.	Id.
Arroyo Guisa...	Id.	Id.
Babatoaba.....	Id.	Id.
Buey.....	Id.	Nodesagua. Cié- naga.
Yara.....	Id.	Costa Sur. Man- zanillo.
Toar.....	Sierra de la Vela.....	Norte.
Sagua.....	Id.	Id.
Arroyo Maca- guanigua.....	Sierra Maestra.	Id.
Mayari.....	Sierra Maestra.	Id.
Arroyo de las Playuelas....		Id.
Arenas.....		Id.
Yariguá.....		Id.
Salado.....		Afuente del Cauto.
Saladillo.....		Id.

Jobabo, que es el límite del departamento y desemboca en la costa Sur.

Hay además otros muchos rios y arroyos tales como el Guá, Jibacoa, Jicotea, Sevilla, Macaca, Bicana, Plata, del Berraco, Jaragua, Jaragüecito, Yateras, Cupey, Yamanigüey, Hatibonico, Yaca-

bo, Jojó etc. etc., que, aunque de menor importancia, acaso lleguen á cuarenta los aprovechables para los fines indicados.

Casi todos estos rios, entre los cuales están los mayores de toda la Isla, son caudalosos y nacen á grande altura. Esto hace posible, y aun fácil, el aprovechamiento de sus aguas, con lo cual se embellecería el departamento y ganaría considerablemente en riqueza y salubridad. Buena prueba son de ello las lindísimas fincas que rodeaban á Santiago de Cuba y Guantánamo: imitadas en Bayamo, Manzanillo, Jiguani, Las Tunas, Mayarí y Holguin, podrian hacer las delicias del departamento que hoy se encuentra en las pésimas condiciones que he descrito. Los grandes saltos de agua que dichos rios ofrecen en su curso permitirian utilizar tambien sus aguas como fuerza motriz, y ahorrarian el empleo de máquinas de vapor en los ingenios que podrian levantarse en esta parte.

Todo esto se facilitaría grandemente con la construccion del ferro-carril Central y el de Manzanillo á Bayamo, cuyos estudios estan practicados, y que estaria sin duda construido hace algunos años, si los que preparaban la *regeneracion de Cuba* no se hubieran opuesto con frívolos pretextos y torcidas intenciones. Abusando de la ciega confianza que en aquellos tiempos tenian las autoridades, lograron quedase sin construir el último de dichos ferro-carriles, cuya falta nos ha costado en la guerra mucha sangre y entorpecimientos, pues nos teníamos que valer de molestos y difíciles convoyes para abastecer á Bayamo y Jiguani.

III.

Tal vez ocurra á alguno la dificultad de que siendo la isla de Cuba un país tan mal sano para los españoles, apenas habria quien quisiera ir por temor de comprometer su vida, aun en la seguridad de encontrar allí su fortuna y la de sus hijos.

Aparte de que hay mucha exageracion en lo que se dice ordinariamente sobre las enfermedades y peligros de aquella Antilla, es seguro que muchos de esos inconvenientes pueden desaparecer por completo y todos atenuarse en gran manera. Sólo el cultivo extinguiria el origen de muchas enfermedades: con él desaparecería el bosque en la parte baja y llana, y sobre todo se cuidarian aquellas inmensas extensiones cubiertas de exuberante vegetacion completamente abandonada, que, especialmente en determinadas épocas del año produce miasmas deletéreos. Hay además rios caudalosos, que no hace mucho eran en parte navegables como el Buey, los cuales, sin comunicacion con el mar, forman grandes lagunas ó ciénagas en que se descomponen los diferentes elementos que arrastraron las aguas y donde la rápida evaporacion eleva y difunde por grandes comarcas vapores nocivos.

Casi todos los rios y arroyos, especialmente los del centro, son de poca pendiente y cenagosos y originan iguales males. Si se canalizáran, ó al menos se dirigiera su curso con aplicacion á la agricultura y á la industria, cosa que seria fácil en el

departamento Oriental por la altura á que aquellos nacen, además de la gran riqueza de que he hecho mencion, producirian grandes ventajas á la higiene y salubridad del país.

Ya que estoy hablando de las mejoras que deben introducirse para hacer estable la paz, no será fuera de propósito indicar una que considero de mucha importancia.

Todos sabemos que el comercio y la industria constituyen lazos muy poderosos que unen á los pueblos modernos, dándoles unidad de miras é intereses. Será, pues, muy conveniente protegerlos entre Cuba y la Península, y facilitarlos con concesiones más latas que las actuales: bien entendido que si nosotros no lo hacemos, lo harán los Estados Unidos, absorbiendo más y más cada día la riqueza de aquel país y haciendo desaparecer gran parte de su industria.

Los Estados-Unidos estudian mucho estas cuestiones, y con el carácter eminentemente práctico que los distingue, han establecido grandes derechos de introduccion para el tabaco elaborado y muy bajos al en rama. De este modo han conseguido que se les envíe casi todo el tabaco en rama hasta el punto que hoy cuentan ya entre New-York, Cayo-Hueso y otros puntos con muchas fábricas que dan trabajo, segun noticias recientes, que considero fidedignas, á 8.000 operarios cubanos. Aprovechando esta circunstancia los laborantes, han conseguido por medio de la Junta cubana, dar colocacion en esas fábricas á muchos de sus emigrados, á los que les imponen una contribucion de

guerra que se eleva hasta un duro semanal por individuo y que les produce 25 ó 30.000 duros mensuales para enviar á los insurrectos armas y municiones, y galvanizar el cadáver de la insurreccion.

Si el hecho es cierto, si esas fábricas dan buen resultado en los Estados-Unidos, deben darlo mejor en la península, donde, si bien es verdad que la industria no está tan adelantada, en cambio es mucho más barata la mano de obra. Además que pocas son las máquinas y la inteligencia industrial que se necesita para la elaboracion del tabaco.

Trasportado en cabotaje á España, fácilmente podríamos crear en nuestro litoral esa manufactura, que sólo con la iniciativa y alguna proteccion del Gobierno miéntras se planteaba, podria llegar á competir con las mejores del mundo.

Otro tanto podria hacerse con la refinacion del azúcar. Oreo que en la mayor parte de los ingenios de Cuba no debia elaborarse más que mascabado, que, traído tambien en cabotaje á nuestro litoral, podria aquí refinarse y competir, como el tabaco, en calidad y buen precio con los mejores azúcares de otros países.

Esto podria hacerse con más razon que con la elaboracion del tabaco, porque si en esta se hace sensible el subido precio de la mano de obra, más sensible ha de hacerse en la del azúcar que exige mayor trabajo, mucho más si se tiene en cuenta lo que se irá encareciendo á medida que se vaya extinguiendo la esclavitud, las pérdidas ocasionadas por la guerra, y el gran capital en máquinas que necesitarian los propietarios, si, terminada la guer-

ra, han de poner en explotación sus destruidos ingenios. Estas refinerías podrían establecerse por sociedades particulares de propietarios de ingenios en Cuba, que anualmente trajesen á ellas sus zafras, bien para explotarlas por sí, bien para arrendarlas, estableciendo de antemano un precio dado por bocoy.

No puedo detenerme á detallar más estas ligeras indicaciones, pues aunque no están desligadas del arte militar, toda vez que son medidas convenientes para quitar recursos y motivos de queja al enemigo, á ligar los dos países y á hacer fácil y duradera la paz, no lo permite la índole especial de este trabajo. Diré solamente una cosa para concluir: Creo que el mejor y más próspero porvenir de Cuba está en su rica agricultura, y que por eso se debe cuidar de que sea más agrícola que industrial, aun en los ramos en que más ligadas están una y otra.

IV.

De lo dicho podrá fácilmente inferirse que no es mi propósito proponer sistema alguno de guerra, ni emitir mi juicio sobre el que más convenga seguir en aquel país y contra aquella clase de enemigos, para que termine la presente iusurreccion; sino indicar simplemente algo de lo que sería bueno hacer para conjurar en lo posible toda futura rebelion. Todo otro propósito sería impropcedente é

inútil, pues las entendidas personas á quienes corresponde saben mejor que yo, mucho más despues de nueve años de experiencia, cuál es el sistema de guerra que mejor responde á la necesidad de conservar al soldado y de destruir con más eficacia y seguridad al enemigo. Aun insistiendo en mi propósito, voy á añadir muy pocas palabras.

Además de la reforma intelectual y moral, muy útil á ambos países, que produciría la educacion esmerada y nacional de la juventud, es necesario que se penetren los cubanos de lo peligrosa que es para ellos, ántes que para nadie, la comunicacion con los elementos filibusteros, para que en lo sucesivo la eviten y nõ presten oidos á sus mentidas protestas de amistad ni á la perfidia con que fingen interesarse por el bien de Cuba. La historia de la presente guerra ofrece á este fin poderosos argumentos que utilizar.

Se debe hacer igualmente un estudio especial en tranquilizar los ánimos y cuidar de que desaparezca toda prevencion que pueda existir entre los españoles de América y de la Península, desplegando, segun convenga, todos los recursos del ingenio, de la energía y de la prudencia, para dar con los medios á propósito para que renazca entre ellos la confianza, para que se amen unos á otros, como hijos que son de una misma madre, y para que olviden lo pasado en todo lo que no sea conducente al bien de todos. Y para que los enemigos de la paz no tengan ni aun pretexto que explotar en daño nuestro, seria muy del caso que la más severa justicia é imparcialidad impere más ostensiblemente

que nunca, si posible fuera, en todos los actos de gobierno y administracion; que se proyecten y lleven á cabo, segun permitan las circunstancias, mejoras materiales que revelen el celo y el cariño de la Metrópoli para con aquellos pueblos, y que se les proporcionen todas las ventajas y goces compatibles con la tranquilidad pública. De este modo es de esperar que se temple la irritacion de los ánimos que todavía pueda existir, y que aún los más contumaces vuelvan á besar con buena voluntad el augusto cetro español, para no volverlo á maldecir, mayormente cuando se persuadan, como se persuadirán, de que sólo á los culpables alcanzará el rigor de la ley, y de que el que sinceramente se acoja á la clemencia de la patria, tendrá asegurada su paz doméstica al amparo de autoridades protectoras.

Las mejoras materiales á que ántes he aludido, tambien podrian ejercer muy provechosa influencia. Ya sé que no es posible reconstruir la Isla en breve tiempo, planteando todas las que propone el señor Echauz, movido de un patriotismo que le honra; pero si no todo lo que este señor desea, algo convendria hacer en este sentido. No hay duda que la tala del bosque y la construccion de numerosos caminos, siempre que se llevaran á cabo dentro de un plan bien concebido y meditado con detenimiento, podrian, en tiempo de paz, facilitar las comunicaciones, mejorar las condiciones sanitarias del país y favorecer la inmigracion y el desarrollo de su riqueza; y en tiempo de guerra, mejorar sus condiciones estratégicas, separando y aislando las fuer-

zas enemigas, imposibilitando su paso de un departamento á otro y facilitando batirlas en detall cuantas veces se lanzasen á la palestra.

Para llevar á cabo estas mejoras, es posible que no hubiera necesidad de imponer sacrificios á la nacion. Que se persuada la opinion pública de que se trata de asegurar la integridad y la honra nacional y áun la felicidad de nuestros hermanos, y esto será bastante; que por repetidas experiencias sabemos de cuánto es capaz entre nosotros el torrente de la opinion cuando se interesa por una causa. Los sabios ilustrarán la cuestion con sus consejos; los influyentes la harán popular con su valimiento; todos tomarán en ella parte con entusiasmo, cada uno en su esfera, y de este modo, en breve tiempo llegará á ser Cuba, á la sombra del pabellon español, todo lo feliz á que puede aspirar, y, unida á la Metrópoli con los fuertes lazos de comunidad de intereses, de gratitud y recíproco amor, vivirá gozosa de ser y llamarse *española*.

CONCLUSION.

«La guerra, ha dicho el célebre filósofo alemán Jorge Guillermo Hegel, es indispensable para el desarrollo moral de la humanidad; vigoriza á las naciones que la paz ha enervado; consolida los Estados; afirma las dinastías; experimenta las razas; da el imperio á los más dignos; comunica á todo el movimiento, la vida y la luz.»

La exactitud de estas profundas afirmaciones del filósofo alemán ha sido una vez más comprobada por la guerra que ha motivado la presente Memoria.

De lo dicho acerca del origen, carácter y vicisitudes de la guerra de Cuba se infiere: que no tuvo causa alguna racional y justa que la motivara, ni la tiene hoy de que se prolongue, y que por lo tanto las pobres gentes que formaron y forman en las filas rebeldes son ciegos instrumentos de los bastardos intereses y de las pasiones de los que los arrastraron; que la guerra, aparte de las innume-

rables víctimas y de los inmensos perjuicios que ha ocasionado, ha demostrado que Cuba no está en condiciones ni tiene voluntad de ser independiente: *ha vigorizado á la nacion que la paz habia enervado*, y buena prueba han sido de ello las dificultades que ha sabido vencer para mantener sus derechos en tan lejana provincia, á pesar de las críticas circunstancias que atravesaba al iniciarse la guerra y despues, y el entusiasmo con que de aquella y de esta parte del mar volaron ejércitos de voluntarios 'para defender á la patria: *ha consolidado el Estado*, porque si, confiado ántes en la proverbial fidelidad de aquellos habitantes, no tomó las necesarias precauciones para evitar todo posible conflicto, aleccionado con la presente experiencia, podrá ajustar á ella su conducta y sus instituciones, para evitarlos en lo sucesivo, estimulando á los buenos, enfrenando á los malos, y procurando que el gobierno y la administracion sean confiados á *los más dignos: ha experimentado realmente las razas*, pues la mayor parte de las que pueblan aquella provincia han dado y están dando un espectáculo que las honra y nuevas pruebas de la justicia con que se ha dado á la isla de Cuba el conocido dictado de SIEMPRE FIEL.

Ha comunicado á todo luz; sí, luz que ha iluminado las inteligencias para que se corrijan muchos errores y se reformen muchas equivocadas creencias. Antes del grito de Yara se creia muy comunmente que España gozaba en Cuba de pocas simpatías, y que el partido separatista contaba con grandes elementos y con hombres de arraigo, de prestigio é

inteligencia, y la guerra en todos sus períodos; los antecedentes, las circunstancias, la conducta y desaciertos de sus autores y continuadores; el número y calidad de los que la secundaron y auxilian; la decidida adhesión de la mayor y mejor parte de los cubanos á la causa de España, han demostrado lo infundado de aquella creencia y justificado á la Metrópoli de las calumnias de sus detractores.

Hubo también ántes de la guerra quien pensaba que había degenerado el carácter español, y el sublime incansable heroísmo del ejército, voluntarios y leales habitantes de la Antilla han dado poderosos motivos para disipar aquel juicio infundado.

No es esto solo; en el afán de calumniar á la Metrópoli y de hacer contra ella propaganda, se decía, también ántes de la guerra, que España se resistía á abolir en Cuba la esclavitud, no llevada de un sentimiento de prudencia, sino por asegurar sus dominios. «El gobierno de la Metrópoli, decía entre otros el Sr. Saco, ha escogido como piedra angular de su política en Cuba la esclavitud de los negros y el tráfico de ellos que tan criminalmente ha protegido. De aquí, continúa, su repugnancia á fomentar la población blanca y su empeño en introducir una nueva raza de Asia ó de América, para más complicar la cuestión.» «Reflexione, decía en otra parte, que así como él se apoya en los esclavos para evitar la independencia, otros pueden también servirse de ellos para conseguirla.» La guerra ha venido á poner de manifiesto lo injusto de esta acusación, pues no España, sino los insurrectos, son los que precipitada y maliciosamente han co-

metido el desatino de servirse de los esclavos lanzándolos á pelear por su ridícula independencia. España ha procedido en esta parte con gran prudencia é hidalguía, procurando por todos los medios alejar á los esclavos de la contienda.

Dará, en fin, á *todo movimiento y vida*, porque de la actual guerra saldrá la Isla regenerada y mejor que era ántes, pues nos aprovecharemos de las enseñanzas de aquella y dispondremos las cosas con verdadero espíritu patriótico.

En suma: la rebelion de Cuba, como dice el ilustrado publicista D. Vicente García Verdugo, constituye indudablemente uno de los hechos que con más severidad calificará la historia, porque ha sido un delito de lesa nacion: hecho que no ha sido digno ni honroso, ni está justificado el tema que ha servido de pretexto para tamaña maldad. Sus autores han faltado: á los deberes de ciudadanos, introduciendo la desmoralizacion y la discordia en la sociedad de que formaban parte; al amor de la patria, sumiéndola en los horrores de una guerra fratricida; á la obediencia á las leyes, conculcándolas con asesinatos, depredaciones y violencias de toda especie; al respeto á las autoridades, desobedeciéndolas, resistiéndolas y calificándolas de una manera indigna: al honor y á la lealtad, faltando á solemnes compromisos, apelando á imposturas para justificar su conducta, y encubriendo las intenciones más depravadas con el manto de patriotismo. Ellos solos serán los responsables de los males sin cuento que la guerra ha ocasionado y de los que todavía pueda ocasionar: 1.º porque si en la admi-

nistracion y en el gobierno de la Antilla hubo defectos, como suponen, y como no serian de extrañar, dadas la limitacion y debilidades humanas, pudieron ellos y debieron hacerlos desaparecer sin salirse de las leyes, sin provocar la ruina de su patria y sin escandalizar al mundo; y 2.º, porque aunque en un principio pudiesen hacerse ilusiones respecto á la solucion de la guerra, bien pronto debieron convencerse de que la de la independenciam es imposible y de que, por lo tanto, no hacian otra cosa que contribuir á la ruina de la patria, dando gusto á sus enemigos, y pelear por divorciarse de la Metrópoli, para caer en todo caso en manos de una raza exclusivista que les trataria con ménos consideracion que les trata España.

¡Que las lecciones de la experiencia sean provechosas para todos! ¡Que los inquietos, que en mala hora concibieron la idea de levantarse contra la patria, vuelvan sobre sí y contemplen su obra de destruccion! Ante ella se penetrarán, si conservan algun sentimiento de humanidad y tienen sana la razon, de cuán injusto es su proceder y cuán irrealizables sus designios. ¡Que los hombres de buena fé que incautos ó crédulos se dejaron arrastrar por falaces promesas, abandonando sus casas y sus familias y trocando la paz doméstica por una vida azarosa y de bandidos, aprendan en los horrores á que han contribuido como instrumentos de ajenas ilusiones, que su bienestar y el de sus hijos consiste en los beneficios de la paz que asegura y desarrolla la riqueza pública y privada, y que la felicidad de su pais está tan íntimamente ligada á la

sombra que le presta el pabellon español, que si ésta le falta caerá irremediabilmente en los horrores de espantosa anarquía! Si errar es propio del hombre, porque es limitado, propio es tambien del hombre cuerdo y de honor, tomar las lecciones de la experiencia y prestar oidos á los consejos saludables para subsanar los errores y apartarse del mal camino. ¡Que todos los cubanos mediten en la guerra, y aprendan en ella quiénes son los enemigos de Cuba, si los que, llamándose sus defensores, no han hecho otra cosa que destruirla, ó los que, á la voz de España, comprometen su vida para defender en aquella las personas y haciendas y para restablecer la paz que sus extraviados hijos le habian arrebatado! ¡Que Dios ilumine á la Metrópoli, para que acierte con los medios de pacificar á la Antilla y para que sepa gobernarla con tan reconocida justicia y tan paternal solicitud, que, desterradas para siempre las rivalidades entre sus hijos, se gloríen todos de ser españoles y estén en todo tiempo dispuestos á derramar su sangre para que Cuba sea SIEMPRE ESPAÑOLA!

INDICE.

	<i>Páginas.</i>
A LOS LECTORES.....	7
PRÓLOGO.....	9

PRIMERA PARTE.

Origen, carácter y vicisitudes de la guerra.

CAPÍTULO PRIMERO.

La isla de Cuba ántes de la guerra.—Su division en dos partes.—Diferente riqueza, cultura y moralidad de cada una de ellas.—Causas verdaderas de la guerra.—Sus efectos, sus hombres..... 13

CAPÍTULO SEGUNDO.

Las verdaderas causas de la rebelion no fueron las que suponen los insurrectos.—Estado de las cosas cuando se dió el grito de Yara: por qué no triunfaron los rebeldes.—La opinion pública se declara contra la insurreccion.—Sólo la conducta de los rebeldes es causa de los horrores de que se quejan.—La honradez, el honor y el bienestar de sus propias familias les imponen el deber de abandonar el campo rebelde..... 33

CAPÍTULO TERCERO.

El cúmulo de circunstancias adversas que embarazan la accion del ejército español, prueba la impotencia y desprestigio de los rebeldes.—Inmoralidad é impericia de los mismos, demostrada por sus expediciones marítimas: desembarco en Punta-brava.—Encuentros y otros hechos de armas que confirman la misma verdad.—Guásimas y Jimaguayú.....

57

CAPÍTULO CUARTO.

DETALLES CURIOSOS.— Los prácticos, sus servicios, sus observaciones.— Los flanqueos: trabajos y molestias que ocasionan: impavidez y hasta alegría con que el soldado español soporta éstas y otras penalidades.— Aventura de las abejas.— Privaciones y sufrimientos de los insurrectos.....

92

SEGUNDA PARTE.

Causas de la prolongacion de la guerra de Cuba y medios de hacer estable la paz.

CAPÍTULO PRIMERO.

¿Por qué se prolonga la guerra de Cuba?—
Los insurrectos no pueden esperar en nuestro cansancio, ni en una intervencion armada de los Estados-Unidos.—Una anexion ofreceria graves peligros y les haría más desgraciados.—La independencia les seria desastrosa y daria por resultado la ruina de la Isla..... 111

CAPÍTULO SEGUNDO.

Nuevas pruebas de la imposibilidad de que Cuba consiga, hoy por hoy, su independencia..... 135

CAPÍTULO TERCERO.

CONTINÚA LA DEMOSTRACION DE QUE NO TIENE RACIONAL FUNDAMENTO LA PROLONGACION DE LA GUERRA DE CUBA.—No es cierto que el deseo de reformas políticas y la resistencia de España á concederlas es la causa de la prolongacion de la guerra.—Poblacion y riqueza de la parte sublevada y de la parte fiel.—España jamás se ha negado en absoluto á conceder las prudentes y justas reformas..... 151

CAPÍTULO CUARTO.

MEJORAS CONVENIENTES PARA QUE SEA ESTABLE LA PAZ.— Conviene dar á la juventud una educacion verdaderamente nacional y facilitarle los medios de conseguirlo. —Debe utilizarse en bien de Cuba la emigracion de los españoles, cuando es inevitable, y en muchos casos convendria estimularla y protegerla. — Es necesario combatir á toda costa el origen de las enfermedades de la Isla para mejorar, como es posible, sus condiciones higiénicas. — Procúrese igualmente dar á su riqueza el inmenso desarrollo de que es susceptible.	173
CONCLUSION	199